

Everaldo  
34 cop.

# CAPITALISMO Y ECONOMÍA MUNDIAL

BASES TEÓRICAS Y ANÁLISIS EMPÍRICO  
PARA LA COMPRENSIÓN DE LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS  
DEL SIGLO XXI

XABIER ARRIZABALO MONTORO

Instituto Marxista de Economía-(IME)

en coedición con

Universidad de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS)  
Universidad de Concepción (UdeC)\*

\* Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología y Antropología

*A Marisa, Iratxe, Edurne y Marifé  
Nire aitaren oroigarri*

Primera edición: febrero de 2014

Capitalismo y economía mundial

© Xabier Arrizabalo Montoro

© Instituto Marxista de Economía (IME)

Maquetación: Luis Redondo Contreras

ISBN: 978-84-616-8745-9

Depósito Legal: M-6800-2014

Imprime: Roal (28031 Madrid)

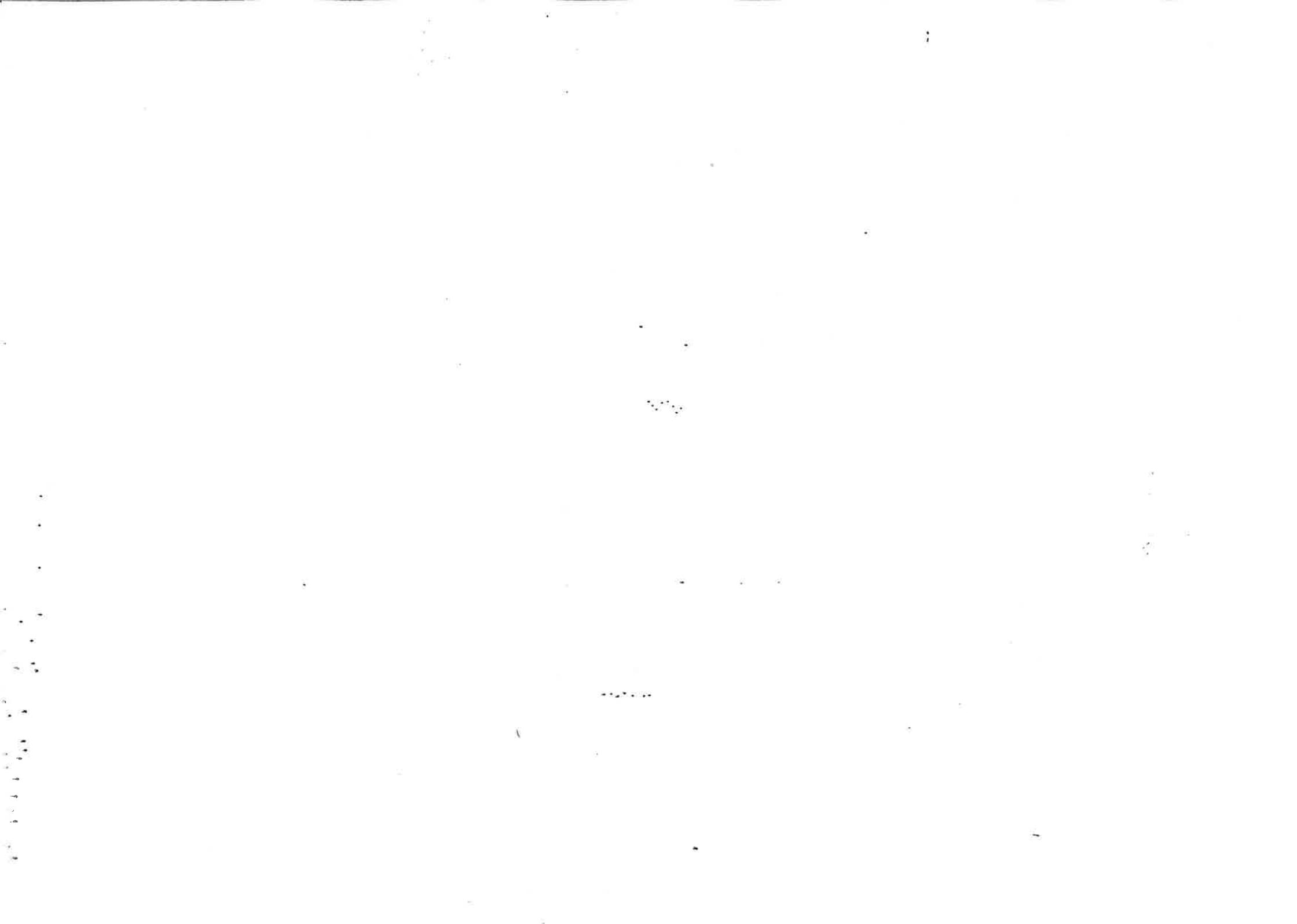
Impreso en España - *Printed in Spain*

## CAPÍTULO 7

### Posguerra, recuperación y crisis (1945-1970): ¿edad dorada del capitalismo o huida hacia delante?

El período iniciado en el tránsito del siglo XIX al XX, caracterizado como el estadio imperialista del capitalismo, conduce en sus primeros decenios a la Primera Guerra Mundial, la crisis del 29 y la Segunda Guerra Mundial, además de numerosos estallidos revolucionarios y, en general, una gran conflictividad social. El año 1945 constituye un punto de inflexión a partir del cual se abre un lapso de veinticinco años muy particular: señalado por muchos como la prueba de que en el capitalismo se pueden resolver los problemas de la humanidad, porque pueden desarrollarse las fuerzas productivas gracias a las posibilidades que aportan la ciencia y la técnica, su estudio riguroso, facilitado por la mayor perspectiva de que se dispone hoy, permite contrastar lo contrario: el período 1945-1970 tiene un carácter excepcional y, más aún, supone en realidad una oportunidad perdida para lograr una salida verdaderamente positiva para la humanidad.

Este hecho se aprecia especialmente en las economías europeas más avanzadas. En ellas, la existencia cierta de una serie de conquistas democráticas y obreras es identificada a menudo como la muestra de las posibilidades de nuevos desarrollos capitalistas progresivos. Para esta identificación la expresión fetiche es "Estado del bienestar". Sin embargo, el alcance de ese bienestar es muy limitado, por su encuadramiento en el orden capitalista, constitutivamente basado en la explotación. Es decir, se trata de un bienestar relativo respecto a las posibilidades materiales absolutas, ya que ha de ser compatibilizado con las exigencias de la rentabilidad. O mejor dicho, este "bienestar" se encuentra subordinado, necesariamente, a estas exigencias. Y además es un bienestar acotado en el tiempo, pues finalmente incluso esas conquistas limitadas se revelarán como fardos para la rentabilidad, cuando se agota el impulso de la destrucción de la guerra y otros medios artificiales de crecimiento. que exige el proceso



de acumulación. Alternativamente, la humanidad podría haber dispuesto plenamente de todas las posibilidades que aportaban hipotéticamente los avances científicos y técnicos, bajo la premisa de un hipotético orden no basado en la propiedad privada de los medios de producción, orientación a la que las direcciones de las principales corrientes del movimiento obrero, abriendo el paso a la llamada "edad de oro" del capitalismo que, en realidad, es solamente una huida hacia delante cuyas consecuencias se padecen hoy notoriamente<sup>1</sup>.

### 1. El punto de partida de la Segunda Guerra Mundial: hegemonía estadounidense y colaboración de la URSS estalinista para la reconstrucción capitalista

Cincuenta millones de muertos a escala mundial, de los que veinte millones sólo en la URSS (10% de la población). En Yugoslavia, la guerra de liberación ha provocado 1,5 millones de muertos. Seis millones de alemanes y tres millones de japoneses han desaparecido; Hiroshima y Nagasaki, dos ciudades japonesas son el teatro de experimentación de las primeras bombas atómicas, y contabilizan 60.000 y 40.000 muertos en algunos minutos bajo el fuego nuclear (incluso sin hablar de las consecuencias que persisten hasta nuestros días). Dresde (Alemania) es borrada del mapa (135.000 muertos), tras catorce horas de bombardeos ininterrumpidos por la aviación anglo-americana el 13 de febrero de 1945. Se evalúa asimismo en treinta millones el número de personas "desplazadas" debido a la "recomposición de Europa" (Gauthier, 2009: 45).

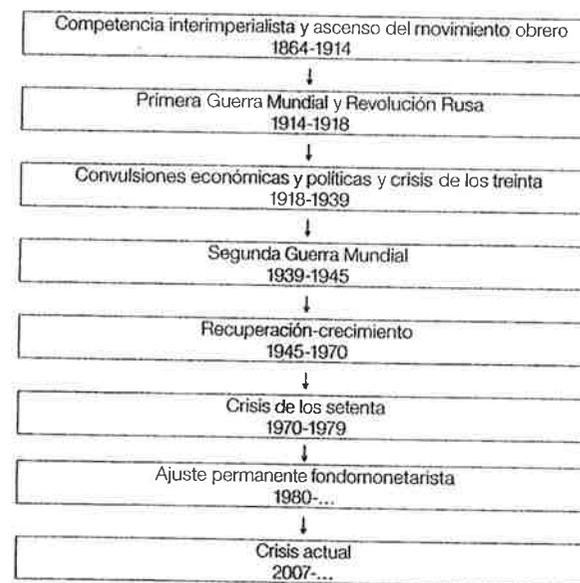
Éste es el balance de la Segunda Guerra Mundial: la mayor devastación conocida. Las contradicciones capitalistas, cada vez más agudas, y la feroz pugna competitiva que provocan entre las distintas burguesías, con el respaldo de sus respectivos aparatos estatales, habían desembocado en esta guerra imperialista. La guerra resuelve la cuestión de la hegemonía en favor de Estados Unidos, pero, obviamente, no puede dejar atrás esas contradicciones, consustanciales a la acumulación capitalista. Durante los siguientes lustros, tendrá lugar un período de recuperación que, debido a la insostenibilidad de los factores en que se apoya, no será sino la "huida hacia delante" mencionada, como expondremos *in extenso* en los siguientes epígrafes.

Por todo ello la Segunda Guerra Mundial constituye un importante punto de inflexión. De hecho, todavía hoy, casi siete decenios después de su finalización, se mantiene la posición hegemónica de Estados Unidos y su plasmación institucional en torno, sobre todo, al papel del FMI en la economía mundial, por más que dicha hegemonía sea la de un "gigante con pies de barro". Gigante por su tutela sobre el resto de países, que no disminuye, sino que se hace más intensa (como muestra hoy la imposición del ajuste en Europa, a través de la dirección del FMI de la llamada *troika* que, formalmente, comparte con la UE y el

1. En las elecciones generales de 1959, el que fuera Primer Ministro del Reino Unido entre 1957 y 1963, el conservador Harold Macmillan, pronuncia la sentencia: afirmó "jamás os ha ido tan bien" (citada en Hobsbawm, Eric (1994); *La Historia del Siglo XX*, Grijalbo Mondadori, Madrid, 1998, pág. 260). Es interesante como expresión de la posición del capital entonces, acerca de las concesiones que se ha visto obligado a hacer. Pero vista a la luz de la situación actual, debe ser completada añadiendo: "pero no os acotumbréis, porque en el marco del capitalismo, más tarde o más temprano, dejará de irnos tan bien".

BCE). Pero con pies de barro, en tanto presenta una gran debilidad y creciente; no por que otra potencia le esté cuestionando su posición hegemónica, sino por la propia debilidad del proceso de acumulación capitalista a escala mundial que en gran medida, de una forma u otra, obedece a las pautas que impulsa el capital financiero estadounidense.

Los últimos cien años de la economía mundial, el período imperialista, responden a la siguiente secuencia (expuesta en orden cronológico inverso): a mediados-finales de la primera década del siglo XXI estalla a una grave crisis, la actual, en la que desemboca el período previo que, desde los primeros ochenta, se caracteriza por la imposición prácticamente universal de las políticas fondomonetaristas de ajuste. Estas políticas son la respuesta que el capital dominante impuso desde entonces ante la crisis que había estallado en los primeros setenta. Crisis que había puesto fin, a su vez, al período excepcional de recuperación/crecimiento que se extendió durante buena parte de los años cincuenta y sesenta. Esta crisis supuso por tanto el inevitable brusco despertar de aquel sueño, que había sido inaugurado gracias a las bases sentadas por la Segunda Guerra Mundial que, en todo caso, eran unas bases literalmente excepcionales. Por su parte, a esta guerra se había llegado como resultado de las dificultades económicas y políticas que, no resueltas en la Primera Guerra Mundial, habían desembocado en la "crisis del 29" y, en general, en una explosividad social que aspiraba a mirarse en el espejo de la revolución rusa, y ante las que el capital recurrió a todos los medios para la supervivencia del orden burgués (incluido el fascismo). Esta guerra de 1914-1918 procedía a su vez, esencialmente, de la agudización de la competencia interimperialista desde finales del siglo XIX, en un contexto caracterizado además por la creciente fortaleza del movimiento obrero. De manera muy esquemática y por tanto simplificada tratándose de un período tan extenso, puede sintetizarse en la siguiente secuencia:



En resumen, este estadio imperialista que se extiende históricamente a lo largo de los últimos cien años es, efectivamente, un período de crisis, guerras y revoluciones. Pero no se trata de fenómenos meramente cíclicos, sino que se encuadran en el marco de una tendencia de fondo, que es la agudización de las contradicciones del capitalismo. Esta tendencia al agravamiento de la situación amplía la distancia entre las posibilidades de desarrollo de la humanidad y su logro efectivo, cada vez más restringido, como se observa en la magnitud de la crisis actual y la brutalidad de la respuesta que trata de darse ante ella, en términos de retroceso en las condiciones de vida de la mayoría de la población, y especialmente en los países relativamente más avanzados como los europeos o Estados Unidos. El trasfondo de todo esto no es más que los límites históricos del capitalismo.

En la segunda mitad de este estadio imperialista hay dos aspectos especialmente relevantes. En primer lugar, que el período que arranca en 1945 dista radicalmente de constituir una supuesta "edad dorada". Pese a la entronización de Estados Unidos como potencia dominante única, que le permite imponer un marco de relativa estabilidad; pese al impulso de la guerra; pese a la colaboración de las direcciones de las principales corrientes del movimiento obrero y muy especialmente del estalinismo que controla la URSS... pese a todo ello, sólo el recurso masivo al crédito y la economía de armamento, así como otros factores igualmente limitados (como la propia relativa estabilidad monetaria internacional), harán posible que el proceso de reconstrucción se alargue en un crecimiento que, sin embargo y de forma inexorable, acabará sino mostrando las inevitables limitaciones del capitalismo en su estadio imperialista. De hecho, este crecimiento ya declina desde mediados de los sesenta y desaparece drásticamente en los primeros setenta, con el estallido de la crisis.

Y en segundo lugar, que el período que sigue a la crisis de los setenta no se puede caracterizar como una etapa de crecimiento. Definirlo en función del criterio de ritmo de acumulación (que nos permite caracterizar los setenta o la actualidad como crisis), sólo conduce a hablar de irregularidades, vaivenes, inestabilidad, asimetrías, etc. Basta que impongamos los requisitos de que haya un aumento de la producción generalizado, al menos en las economías avanzadas, y sostenido en el tiempo, más allá de pequeños lapsos de unos muy pocos años, para rechazar la posibilidad de identificarlo como un período de crecimiento o expansión. De modo que la forma más precisa de caracterizar los cuatro decenios que se extienden entre la crisis de los setenta y la crisis actual no puede basarse en el ritmo de acumulación sino, precisamente, en la respuesta que se da a la dificultad de sostenerlo: el ajuste permanente fondomonetarista.

En definitiva, ambos aspectos son especialmente relevantes porque ponen de relieve que es el proceso de crecimiento amplio, sostenido y generalizado de buena parte de los cincuenta y sesenta lo que supone una excepción en el capitalismo, y no las crisis, cuya presencia y magnitud no dejan de acrecentarse.

En el terreno económico, la hegemonía estadounidense se plasmó institucionalmente en los acuerdos impuestos en la Conferencia de Bretton Woods de julio de 1944, con la instauración de un sistema monetario internacional subordinado al dólar, mediante el patrón dólar-oro, y un entramado intergubernamental tutelado por EE.UU.: el FMI y su *alter ego*, el Banco Mundial, organismos que siempre han estado bajo control estadounidense.

Antes de explicar el contenido de Bretton Woods, conferencia que tiene lugar antes incluso de la finalización de la guerra, aunque ésta ya se encuentre decantada, conviene

precisar una cuestión crucial para situarla en su relación con otras conferencias que se celebran inmediatamente después, y en particular las de Yalta y Potsdam, decisivas asimismo para el establecimiento de un nuevo orden mundial. Se trata del trasfondo económico de la guerra: las dificultades crecientes para el desarrollo de la acumulación capitalista, dificultades vinculadas a lo que teóricamente formulamos en el tercer capítulo como ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia.

Estas dificultades se expresan en una explicitación cada vez mayor del antagonismo entre la clase capitalista y la clase trabajadora. El capital necesita un aumento constante del grado de explotación de los trabajadores. Necesita más plusvalía para mantener la rentabilidad, ante la creciente mecanización y ante el peso igualmente creciente del capital empleado en actividades circulatorias, tanto comerciales como financieras (el peso relativo de éstas aumenta por el desvío de capitales que les llega, debido a las dificultades de rentabilización en las actividades productivas). La clase obrera, por el contrario, se resiste al empeoramiento relativo de sus condiciones de vida ("relativo" en un doble sentido: en relación con las condiciones de vida de la burguesía y en relación con las posibilidades productivas que ofrece el desarrollo científico y técnico, así como la mayor cualificación de los trabajadores). Sobre este trasfondo de lucha de clases, que incluye el hecho de enorme trascendencia histórica que es la expropiación del capital en Rusia tras la Revolución de 1917, se intensifica cada vez más la pugna competitiva entre capitales, que acaba desembocando en la guerra entre las potencias imperialistas.

Una vez que la guerra ha zanjado esta cuestión, entronizando a Estados Unidos como nueva potencia dominante, única, se tratan de establecer las condiciones para la reconstrucción posbélica o, mejor dicho, para una determinada reconstrucción posbélica. Pero la lucha de clases no sólo permanece, sino que se ha agudizado en el contexto de la guerra y, sobre todo, de su resolución. De hecho, en buena parte del territorio, sobre todo europeo, la clase trabajadora ha sido el espinazo de los movimientos partisanos y de resistencia, decisivos para la derrota y expulsión de los ejércitos ocupantes fascistas. Y por eso mismo sale fortalecida de la guerra. Además, hay que considerar el papel igualmente decisivo de la Unión Soviética en la guerra. La URSS, bajo el poder estalinista, expresa la contradicción que se define en la fórmula "Estado obrero degenerado": es un Estado obrero en tanto el capital fue expropiado y se mantiene dicha expropiación, pero es conducido por una orientación (el "socialismo en un solo país") que degenera dicho Estado obrero porque se lo expropiapolíticamente a los trabajadores. Se califica así al Estado obrero de degenerado porque esta orientación es contraria a toda perspectiva real de transición al socialismo que, en la era de la economía mundial, no puede lograrse a la escala de una sola nación (y menos aún si se trata de una nación económicamente atrasada). Sin embargo, contradictoriamente, la burocracia estalinista necesita mantener la expropiación de la que parasita sus privilegios como casta.

La conclusión al respecto es que sólo considerando el papel de la URSS en este período pueden comprenderse los acuerdos de posguerra, que plasman el restablecimiento del orden burgués bajo la hegemonía estadounidense. Por eso, además del entramado internacional firmado en Bretton Woods, las conferencias de Yalta y Potsdam jalonan igualmente el inicio de una nueva fase en la "huida hacia delante" que, al fin y al cabo, define el contenido esencial de la noción de imperialismo.

### 1.1. La hegemonía estadounidense y el sistema monetario internacional de Bretton Woods

La vieja pugna imperialista, que se arrastraba desde finales del siglo XIX y que no había quedado resuelta con la Primera Guerra Mundial, se zanja con la segunda: "durante el conflicto mundial y antes incluso de su entrada en guerra, Estados Unidos fijó las reglas mundiales" (Gauthier, 2009: 50)<sup>2</sup>.

En efecto, Estados Unidos sale de la guerra como potencia dominante. Baste mencionar al respecto que, entre 1938 y 1944, el PIB de EE.UU. aumentó a más del doble del inicial (un 114,4%). Mientras, Alemania vio cómo en 1946 su PIB se reducía a un tercio del de 1944 (-66,3%) y Japón que el suyo se reducía a menos de la mitad entre 1943 y 1945 (-52,2%). Al igual que el francés entre 1939 y 1944 (-53,1%). En resumen, el PIB estadounidense pasó de representar en 1939 un 79,9% del PIB conjunto de Alemania, Francia, Japón y Reino Unido, a suponer un 192,3% de él en 1945<sup>3</sup>. Asimismo EE.UU. disponía de dos tercios de las reservas mundiales de oro: 24.300 millones de dólares de un total de 36.900 (Maddison; 1992: 213).

Estados Unidos, como potencia hegemónica, va a dirigir de una forma u otra el entramado de conferencias, reuniones y declaraciones que tienen lugar ya durante la guerra y que, institucionalmente, confluirán en la constitución de la Organización de Naciones Unidas en octubre de 1945<sup>4</sup>. En 1941, la Declaración del Palacio de St. James en Londres, acordada por catorce gobiernos (sin presencia formal de EE.UU.; ni de la URSS), el 12 de junio; la Carta del Atlántico de EE.UU. y Reino Unido el 14 de agosto y la Conferencia de Moscú del 28 de septiembre al 1 de octubre, con representantes de EE.UU., Reino Unido y URSS. En 1942, la Declaración de Naciones Unidas firmada el 1 de enero por EE.UU., Reino Unido, URSS y China, y ratificada el día siguiente por otros 22 gobiernos. En 1943, la Conferencia de Casablanca del 14 al 24 de enero, con la presencia de EE.UU. (Roosevelt), Reino Unido (Churchill) y Francia (De Gaulle y Giraud), tras no aceptar Stalin la invitación a participar en ella; la Declaración de Moscú de EE.UU., Reino Unido, URSS y China el 30 de octubre; la Conferencia de El Cairo del 22 al 26 de noviembre, con EE.UU., Reino Unido y China; y la Conferencia de Teherán con su Declaración final del 1 de diciembre con EE.UU., Reino Unido y URSS, representados por sus máximos dirigentes, Roosevelt, Churchill y Stalin (antecedente del *modus operandi* que se impondría en las decisivas conferencias de Yalta y Potsdam en 1945).

En 1944, del 1 al 22 de julio, tuvo lugar la Conferencia de Bretton Woods, en la que participó la URSS, apoyando el plan estadounidense aunque finalmente no suscribe lo acordado cuando se firma el 27 de septiembre de 1945; y en septiembre-octubre la Conferencia de Dumbarton Oaks, Washington, con la presencia de nuevo de EE.UU., Reino Unido, URSS y China (hubo otras reuniones entre EE.UU. y Reino Unido, representados por Roosevelt y Churchill: en Washington del 20 al 25 de junio de 1942 y del 14 al 24 de mayo de 1943; en Quebec del 17 al 24 de agosto de 1943 y del 12 al 16 de septiembre de 1944).

2. Sin embargo, la denominación del período como "pax americana" resulta farragosa, no ya por el adjetivo, dado que es exclusivamente estadounidense ("gringa"), sino también por el sustantivo, habida cuenta de la existencia de múltiples guerras, incluidas la de Corea (1950-1953) y la de Vietnam (1960-1969), así como del gasto armamentista. Además, claro está, del permanente trasfondo de guerra de clases, que se va explicitando de manera creciente, especialmente desde mediados de los años sesenta.

3. Fuente: Maddison (<http://www.ggd.net>).

4. Puede consultarse la versión oficial de Naciones Unidas en [http://www.un.org/es/aboutun/history/charter\\_history.shtml](http://www.un.org/es/aboutun/history/charter_history.shtml).

En 1945 se intensificó el entramado de negociaciones y acuerdos, de modo que, además de la Conferencia de S. Francisco en la que el 24 de octubre se constituyó la ONU, y de la Conferencia de París del 9 de noviembre al 21 de diciembre, para fijar las reparaciones de guerra a Alemania, se celebraron las dos conferencias más relevantes para los años venideros, aparte de la de Bretton Woods. Son las ya mencionadas Conferencia de Yalta (del 4 al 11 de febrero) y Conferencia de Potsdam (del 17 de julio al 2 de agosto), de enorme relevancia para el período inmediatamente posterior y cuyas consecuencias se extienden por decenios.

En ambas conferencias participaron directamente los máximos responsables de las tres potencias. La nueva potencia capitalista hegemónica, EE.UU., representada en Yalta por Roosevelt y en Potsdam, tras su muerte el 12 de abril, por Truman. La potencia no capitalista, URSS, representada por Stalin. Y la anterior potencia capitalista principal, ya en franco declive, Reino Unido, representada por Churchill en Yalta y en la primera parte de la conferencia de Potsdam, hasta que, tras la derrota electoral del Partido Conservador, el 27 de julio le sustituye el nuevo Primer Ministro, laborista, Atlee (quien desde 1940 había sido miembro del gobierno de concentración nacional presidido por Churchill, del que había llegado a ser vicepresidente). Un hecho realmente simbólico fue que la culminación de ese entramado de acuerdos fuera firmada por un representante directo de la burguesía (Truman), uno de la socialdemocracia (Atlee) y uno del estalinismo (el propio Stalin).

En el ámbito de las relaciones internacionales es habitual referirse a este entramado de acuerdos, así como a las instituciones a que da lugar, como el esquema de "cooperación de la posguerra". En este caso, hablar de "cooperación" es una fórmula puramente eufemística que elude el hecho clave de que Estados Unidos es la única potencia que, por su estatus hegemónico, está en condiciones de imponer el orden internacional (de hecho, en eso consiste precisamente la hegemonía)<sup>5</sup>. Este orden tendrá un punto de apoyo, potente aunque con fecha de caducidad, en el sistema monetario internacional establecido en Bretton Woods en 1944 (que incluye no sólo unas reglas sino también las instituciones para su imposición). Y otro importante punto de apoyo será la ya mencionada colaboración del régimen estalinista de la Unión Soviética, como se explica detalladamente en el siguiente subapartado.

Por otra parte, tal y como ha sido expuesto en el tercer capítulo, las cuestiones monetarias son muy importantes en una economía de mercado como es la capitalista, porque es a través de ellas cómo finalmente se verifica el proceso económico completo, que ha de incluir el intercambio; es decir, la validación social de los trabajos privados. Por ello, las cuestiones monetarias no son autónomas de la ley del valor sino, al contrario, un elemento integrante de cómo se materializa ésta. Cuando ya no se trata del plano nacional, sino de las relaciones internacionales, las cuestiones monetarias son además, como asimismo se ha explicado en el cuarto capítulo, un elemento más, pero muy importante, de la pugna interimperialista, de las desiguales relaciones que se establecen entre las diferentes burguesías nacionales a través de sus respectivos Estados<sup>6</sup>.

5. Lichtenstein y Baer (1986, 26) hablan de un "ficticio marco de cooperación".

6. Ése y no otro es el punto de partida del euro: un mecanismo de subordinación de las economías europeas a los dictados del capital financiero dominante, de origen principalmente estadounidense, que impone un antidemocrático disciplinamiento de la política económica, cuya orientación es la desvalorización creciente del valor de la fuerza de trabajo (véase Arrizabalo, 2012).

En Bretton Woods se presentan dos grandes propuestas para organizar el sistema monetario internacional de posguerra, que habían sido elaboradas y discutidas previamente. En diciembre de 1941, antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, Henry Morgenthau, secretario del Tesoro, había encargado a Harry Dexter White lo que en abril de 1942, tras varias revisiones que contaron con la colaboración de Alvin Hansen y Luther Gullick, fue presentado como *Propuesta para un Fondo de Estabilización de Naciones Unidas y asociadas* y un *Banco de las Naciones Unidas* para la reconstrucción y el desarrollo”, conocida como Plan White<sup>7</sup>. Por otra parte, Keynes plantea la *Propuesta para una Unión Internacional de Compensación (clearing) Internacional*, generalmente conocida como Plan Keynes, que ya había sido presentado en 1943 ante la Cámara de los Comunes británica.

Existió una tercera propuesta, el Plan Williams, presentada en la primavera de 1943 por John H. Williams (Vicepresidente de la Reserva Federal y profesor de la Universidad de Harvard, de quien fue próximo el fundador de la CEPAL, Raúl Prebisch). Entre las especificidades de esta propuesta, de acuerdo al enfoque de la “divisa clave”, se encontraban una transición más gradual al nuevo orden, aplazando la creación de un fondo y dando un mayor peso a otras “monedas clave” como la libra (en la línea del acuerdo tripartito previo que había establecido EE.UU. con Reino Unido y Francia). Finalmente en Bretton Woods no llegó a considerarse siquiera como alternativa<sup>8</sup>.

En el Plan Keynes se proponía la creación de una moneda internacional, el “bancor”, cuyo valor se determinara en oro y con unos tipos de cambio fijos. Dicha moneda sería gestionada por una autoridad supranacional, tutelada por Estados Unidos y Reino Unido y con competencias similares a las que tienen los bancos centrales en cada país (emitir moneda, recibir depósitos, etc.), incluida la de autorizar los cambios de paridad. Cada país tendría una cuenta en esta nueva moneda y la autoridad monetaria desempeñaría el papel de cámara de compensación. De manera que el saldo deficitario (o superavitario) de la balanza por cuenta corriente de un país se anotaría como un débito (o crédito), obligando a los países a abonar un interés, tanto por los saldos deficitarios como por los superavitarios, reconociéndose así por tanto la responsabilidad conjunta. El déficit o superávit tendría una cota máxima a partir de la cual el país se vería obligado a aplicar un ajuste; por ejemplo, devaluando (o revaluando).

Se trataba, por tanto, de establecer un mecanismo de equilibrio internacional, al que también se instaría con el control del movimiento internacional de capitales, los precios y las reservas de materias primas. Para poner en marcha este plan, Keynes proponía, asimismo, dotar un fondo en el que la contribución de cada país se estableciera de acuerdo a su peso en el comercio mundial. Sólo la aportación de Estados Unidos la estimaba en 25.000 millones de dólares, el 10% de su producto<sup>9</sup>. Otros autores hablan de 26.000 millones de dólares en total (Liechtenzstejn y Baer, 1986, 26).

7. En agosto de 1948, White se vio obligado a justificar y a defender su reputación ante el “Comité de Actividades Antiestadounidenses”. Tras un ataque al corazón al finalizar su testimonio, tres días sufrió otro ataque y falleció. Se le ha atribuido pasar información oficial secreta a la Unión Soviética.

8. Véanse: Brenta, Noemí (2008); *El rol del FMI en el financiamiento externo de la Argentina y su influencia sobre la política económica entre 1956 y 2006*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 2 tomos. Y también Asso, Pier Francesco y Fiorito, Luca (2004); “A Scholar in Action in Interwar America. John H. Williams’ contributions to trade theory and international monetary reform”, *Quaderni*, Università degli Studi di Siena, Dipartimento di Economia Politica, n° 430, julio.

9. Lelart, Michel (1996): *El sistema monetario internacional*, Acento, Madrid, pág. 24

Por el contrario, en el Plan White se proponía instituir al dólar como moneda de referencia internacional, especialmente a través de su convertibilidad: por una parte, con el oro a una tasa fija y, por otra parte, con las demás monedas nacionales, también con una paridad fija. De manera que todas las demás monedas tuvieran un tipo de cambio fijo respecto al oro, pero no directamente sino a través del dólar. El mecanismo de ajuste sería sólo obligatorio para los países en situación de déficit que giraran (tomaran prestado) contra sus reservas en dicho fondo.

No se proponía la creación de una autoridad emisora supranacional, sino un fondo común de reservas para apoyar la estabilidad de los tipos de cambio (fondo con una dotación inicial de 5.000 millones de dólares, en él que la participación de cada país sería proporcional a su PIB). Y también un banco para promover la reconstrucción posbélica. Entre las condiciones para participar en estas instituciones se incluían las de no imponer límites a las transacciones internacionales, no modificar el tipo de cambio de su moneda sin autorización del fondo, salvo levemente y con comunicación previa, así como subordinar la política económica a ciertas pautas determinadas por el propio fondo.

Ambas propuestas reflejaban claramente los intereses de cada una de las que entonces eran las dos principales potencias capitalistas, Estados Unidos y Reino Unido:

mientras Gran Bretaña y en general los países europeos procuraban estabilizar sus desastrosas balanzas de pagos a la vez que evitar una aguda depresión económica interna, Estados Unidos pretendía consolidar su poderío económico-financiero, sin desmedro de compatibilizar ese propósito con su asistencia a la reconstrucción europea (Lichtenzstejn y Baer, 1986: 26).

Pero no eran dos potencias de igual peso y el Plan Keynes no sólo era contrario a los intereses estadounidenses, sino también a la lógica capitalista misma, por pretender “decretar” la estabilidad internacional como si la competencia no existiese, o fuese susceptible de regularse conforme a una suerte de “pacto de caballeros”. Al final, lógicamente, Estados Unidos impuso su posición, de manera que el Plan White sirvió de base para la Conferencia de Bretton Woods, tal y como se había establecido ya en las reuniones previas culminadas en la Conferencia de Atlantic City de junio, que había reunido a dieciséis países<sup>10</sup>.

Sin embargo, oficialmente para el FMI no hay conflicto alguno entre ambos planes, que se elaboran poco menos que por casualidad y pueden combinarse de forma armónica:

Cuando en diciembre de 1941, Estados Unidos entró en la guerra en respuesta al bombardeo de Pearl Harbour, Henry Morgenthau Jr., Secretario del Tesoro, puso a White al frente de la política económica y financiera internacional y le pidió que elaborara un plan para restablecer el sistema una vez terminada la guerra. Casualmente, White ya tenía preparado un plan para crear un fondo de estabilización internacional, y dos meses

10. La dependencia de Reino Unido respecto a Estados Unidos era enorme: “en agosto de 1945 los fondos del acuerdo de Préstamo y Arriendo se suspendieron precipitadamente (...), dejando con escasas reservas a la economía británica, a la que se ofreció un préstamo grande (de los 6 mil millones de dólares que pretendía Keynes se bajó a 3,75 mil millones, en el acuerdo firmado el 6 de diciembre de 1945 (...)) El préstamo estadounidense a Gran Bretaña fue sumamente blando: pagadero en 50 cuotas anuales a partir del 31 de diciembre de 1951, diferibles en ciertas condiciones, con un interés del 2% anual (US Code, sec. 2861, *British Loan, 1945*)” (Brenta, 2008:88).

después presentó el primer proyecto. En la otra orilla del Atlántico, Keynes también estaba elaborando un plan para establecer una unión internacional de compensación, que estaría coadministrada por el Reino Unido y Estados Unidos como "Estados fundadores". Aunque evidentemente este era un plan menos multilateral que el de White y estaba basado en el sistema británico de sobregiros, en lugar del complicado sistema de canje de monedas propuesto por White, en lo esencial el plan de Keynes era similar al de White. Tras otros dos años de debates y negociaciones, los dos planes se combinarían y materializarían en el proyecto de carta orgánica del FMI<sup>11</sup>.

Los acuerdos de la Conferencia de Bretton Woods pueden resumirse así<sup>12</sup>:

1. Crear el Fondo Monetario Internacional, un fondo de reservas de 8.800 millones de dólares (25% en oro y 75% en divisas nacionales), con los objetivos declarados de "fomentar la cooperación monetaria internacional", "facilitar la expansión y el crecimiento equilibrado del comercio internacional", "fomentar la estabilidad cambiaria", "coadyuvar a establecer un sistema multilateral de pagos", "infundir confianza a los países miembros poniendo a su disposición temporalmente y con las garantías adecuadas los recursos generales del Fondo" (Estatutos del FMI, Convenio consultivo, artículo 1º).
2. Asignar las cuotas de acuerdo al siguiente reparto: EE.UU., 2.740 millones de dólares (31,25% del total); Reino Unido, 1.300 (14,77%); URSS, 1.200 (13,64%); China, 550 (6,25%); Francia, 450 (5,11%), etcétera<sup>13</sup>. Este reparto es literalmente decisivo, porque

11. El autor de este documento [Boughton, James (2004); "Diez acontecimientos que modelaron el FMI", *Suplemento del Boletín del FMI (El FMI en Foco)*, vol. 33, septiembre, pág. 6; <http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/spa/2004/093004s.pdf>] es presentado, literalmente, como "historiador oficial del Fondo" (ibidem: 10). Sin embargo, no es sólo la disparata idílica visión mencionada que, partiendo de la espontaneidad ("casualmente"), permite armonizar todo. También recurre a la ocultación para afirmar que "Polonia abandonó el Fondo en 1950 y, cuatro años más tarde, Checoslovaquia se vio también forzada a retirarse" (ibidem: 6), sin decir por tanto que fue el propio FMI quien expulsó a Checoslovaquia. Realmente produce vergüenza ajena dicho suplemento en su conjunto, por el panegírico que el Director Gerente del FMI entonces, Rodrigo Rato, se auto-regala en dicho texto: en la página 4 se dice de él que tiene una "triumfal trayectoria política de más de 20 años", que "como Ministro de Economía, De Rato fue el artífice de un gran progreso económico en España (...)" (frase atribuida a John Snow, Secretario del Tesoro de Estados Unidos entre 2003 y 2006, nombrado por George W. Bush), y que "ha sido el mejor Ministro de Economía de la historia contemporánea española" (frase de Gregorio Izquierdo, Director del Servicio de Estudios del Instituto de Estudios Económicos, organización promovida por empresas y organizaciones patronales, atribuida a fuentes de Associated Press; Izquierdo fue nombrado director del Instituto Nacional de Estadística por el nuevo gobierno del partido del Rato en diciembre de 2011). Rato fue el principal responsable directo de la política económica española entre 1996 y 2004, período en el que se incubaron las bases de un "modelo" que, sobre la base de un aumento de la explotación del trabajo (pérdida de un 5% de participación salarial en la renta), preparó el terreno para el hundimiento desde 2008. Aún tiene otra gran perla en su currículum: la gestión de la entidad financiera Caja Madrid desde enero de 2010, incorporada a Bankia en diciembre de ese mismo año, y cuya presidencia abandonó en mayo de 2012 con un agujero estimado en más de 20.000 millones de euros.

12. Se reproduce aquí, casi literalmente, lo expuesto en Arizabalo (1997: 30-33).

13. La fórmula utilizada para el cálculo de la cuota fue la siguiente: el 2% de la renta nacional de 1940, más el 5% de las reservas de oro y dólares a 1 de julio de 1943, más el 10% de la variación más fuerte de las exportaciones entre 1934 y 1938, más el 10% de la media anual de las importaciones en el mismo período. Y la fórmula para el cálculo de votos por país es de 250 votos más uno extra por cada 100.000 dólares de cuota (Letart; 1996, 31). Finalmente la URSS no firmó los acuerdos, de modo que el fondo se limitó a 7.600 millones de dólares y las participaciones relativas de EE.UU. y Reino Unido se elevaron respectivamente al 36% y 17% del total. Si el régimen estalinista de la URSS hubiera firmado, la convertibilidad del rublo habría significado que la ley del valor se habría impuesto allí de una forma implacable e inmediata. Sin embargo, a pesar de que finalmente no firmara, simplemente el hecho de haber participado en la conferencia convocada con el objetivo de restablecer el orden capitalista mundial, apoyando además el Plan White, ya da una idea clara del grado de compromiso de Stalin con dicho orden (véase De Blas, 1994: 396).

el poder de voto en el FMI depende directamente de él. Además, para adoptar determinadas decisiones siempre ha existido un procedimiento de mayorías cualificadas, que finalmente ha quedado simplificado en el 70%. Pero para cuestiones como la aprobación de aumentos de cuotas, asignaciones de Derechos Especiales de Giro, composición del Consejo, etc., hay una mayoría aún más exigente, que se acaba elevando del 80 al 85% (de modo que Estados Unidos mantendrá su poder de veto incluso cuando su porcentaje de voto caiga por debajo del 20%). Además, esta mayoría afecta a un número creciente de decisiones (de sólo 9 a más de 50)<sup>14</sup>.

3. Instituir el dólar estadounidense como medio de pago internacional junto al oro. La Reserva Federal garantiza la convertibilidad dólar-oro al precio de 35 dólares la onza. Al acabar la guerra Estados Unidos podía garantizar la convertibilidad, ya que disponía de dos tercios de las reservas mundiales de oro; de ahí la famosa expresión *as good as gold* ("tan bueno como el oro"). Asimismo, se impone la libre convertibilidad entre monedas para garantizar la plena movilidad de capitales, restringiéndola formalmente a los capitales de carácter especulativo.
4. Establecer una paridad fija en relación al dólar, y por tanto al oro, para el resto de monedas nacionales, con un margen de fluctuación del  $\pm 1\%$ . Ante el riesgo de que la paridad fuera a salir de esta banda, la autoridad monetaria del país habría de intervenir comprando o vendiendo divisas para impedirlo. Si esto no fuera suficiente, el país tendría que informar al FMI para devaluar (o revaluar) su moneda hasta un 10% y, si iba a hacerlo en una proporción mayor, necesitaría autorización de él.
5. Asignar una función financiera al FMI, además de las monetarias, de modo que pueda conceder recursos a los países en función de la cuota que hayan aportado, para que alivien sus desequilibrios en la balanza de pagos. Concretamente pueden acceder a préstamos equivalentes al 125% de su cuota. Desde 1952, este 125% se divide en cinco tramos de 25%. Un primer tramo ("tramo oro" o "tramo reserva") incondicional y otros cuatro con condicionalidad creciente. Posteriormente se ampliarán los tramos de crédito con nuevas figuras como las del "financiamiento ampliado", "financiamiento compensatorio", "financiamiento de reservas reguladoras" y "financiamiento suplementario", de manera que en 1981 el monto total al que pueden recurrir los países alcanza el 600% de su cuota.
6. Crear asimismo el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), más conocido como Banco Mundial (BM). Su objetivo declarado es la "ayuda a la reconstrucción y fomento de los territorios de los países miembros, facilitando la inversión de capital" (Estatutos, Convenio consultivo, artículo I). Posteriormente se irán creando otras instituciones

14. "Originalmente se exigían mayorías cualificadas, distintas de la mayoría simple, para 9 categorías de decisiones y se establecían hasta cinco tipos distintos de mayoría. Tras la primera enmienda al Convenio se exigía mayoría cualificada para 21 categorías de decisiones y se añadía un nuevo tipo de mayoría. La segunda enmienda elevó a 53 las categorías de decisiones sujetas a mayoría cualificada, pero redujo las mayorías cualificadas a dos tipos: el 70% y el 85% (...). La tercera enmienda, que ha entrado en vigor en noviembre de 1992, mantiene ambas mayorías, aunque añade nuevos supuestos para su aplicación". Tomado de Pigrau Solé, Antonio (1995); "Las políticas del FMI y del Banco Mundial y los Derechos de los Pueblos", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 29-30, CIDOB, Barcelona, pág. 171. Este autor cita, a su vez, a Gold, J. (1972); *Voting and Decisions in the International Monetary Fund—An Essay on the Law and Practice of the Fund*, IMF, Washington y a Gold, J. (1977); "Voting Majorities in the Fund—Effects of Second Amendment of the Articles", *Pamphlet Series*, nº 20, IMF, Washington. Véase también Van Houtven, Leo (2002); "Cómo se gobierna el FMI (Toma de decisiones, control institucional, transparencia y rendición de cuentas)", *Serie de Folletos*, 53-S, FMI, Washington.

financieras que conformarán el Grupo del Banco Mundial junto al BIRF (también conocido como Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, BIRD). Se trata de la Corporación Financiera Internacional (CFI), la Asociación Internacional de Fomento (AIF), el Instituto de Desarrollo Económico (IDE), el Comité Internacional de Arreglos de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), la Corporación de Inversiones Privadas en Ultramar (CIPU) y el Organismo Multilateral de Garantía de Inversiones (OMGI)<sup>15</sup>.

Finalmente, no se adopta ninguna resolución en relación a la posible regulación del comercio internacional. En la Conferencia de la Habana de 1947 se acuerda la creación de la Organización Internacional del Comercio, como tercer pilar del orden económico internacional de posguerra junto al FMI y al BM, pero no será una realidad hasta 47 años después, cuando en 1994 se constituya en Marrakech la Organización Mundial del Comercio (OMC). Mientras tanto, hay un proceso de negociación comercial, a lo largo de sucesivas rondas, en el marco del Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT)<sup>16</sup>.

En definitiva, el principal resultado de la Conferencia de Bretton Woods, cuyos acuerdos entran en vigor en diciembre de 1945, es la materialización de la hegemonía de EE.UU. a través del establecimiento del dólar como moneda internacional junto al oro, así como de su control del FMI y el BM<sup>17</sup>. La importancia del FMI deriva de que bajo la forma de su competencia para supervisar la estabilidad monetaria, en la práctica tendrá capacidad, de una forma u otra, para tutelar las políticas económicas nacionales:

el sistema monetario internacional se reorganizó en Bretton Woods en base al poder económico, financiero y político de Estados Unidos, extendiendo internacionalmente la hegemonía de su moneda y sus políticas. En este sentido, puede afirmarse que el FMI y el Banco Mundial —más que reguladores del sistema de relaciones internacionales— fueron inicialmente forjados como instrumentos de esa dominación estadounidense. La gran diferencia con el pasado inglés es que esa hegemonía logró legitimarse en instituciones y mecanismos multilaterales que se definieron, se proclamaron y hasta hoy se proyectan como de cooperación internacional (Lichtensztejn y Baer, 1986: 31).

La convertibilidad dólar-oro hará que, *de facto*, el banco central estadounidense, la Reserva Federal, actúe como banco emisor internacional: multiplicando su papel-moneda a voluntad,

15. El Banco Mundial tendrá un papel muy limitado en la reconstrucción de posguerra, porque es directamente EE.UU. quien asume la responsabilidad, a través del Plan Marshall en Europa y del Plan Dodge en Japón (también conocido como Plan MacArthur, era sobre todo un programa de estabilidad, al que después se acompañarán fondos). El BM reorientará su actividad hacia las economías subdesarrolladas y alcanzará más relevancia desde los años ochenta, por su papel en la imposición mundial de las políticas de ajuste.

16. Las principales potencias, y especialmente Estados Unidos, preferían entonces controlar determinadas claves del comercio internacional a través de un marco de sucesivas negociaciones "de baja intensidad", que creando una institución *ad hoc*, que hubiera podido suponer compromisos recíprocos mayores. A diferencia del período reciente, cuando se establece la OMC y se imponen "acuerdos de libre comercio", como instrumentos para el desmantelamiento de las regulaciones nacionales, cuestionando así la soberanía y la democracia.

17. "El Convenio entró en vigor el 27 de diciembre de 1945, ratificado por veintinueve gobiernos, que acumularon el capital mínimo requerido para comenzar a funcionar. Muy pronto se agregaron otros países que llevaron a treinta y cinco el número de miembros, representando 83,22% de las cuotas de los presentes en la Conferencia. Comenzó así una nueva etapa del sistema monetario internacional: la era de Bretton Woods" (Brenta, 2008: 92).

puede disponer casi ilimitadamente de recursos, tiene "una mina de oro gratuita" (Gill, 1983: 301). Además, este efecto se verá incrementado a través de su inflación interna, como una suerte de "derecho de señoreaje internacional" (el señoreaje es la facultad estatal de obtener ingresos gracias a su capacidad de emitir moneda). En este caso, el ingreso estadounidense procede del "efecto inflación", que hace perder poder de compra a los poseedores de su moneda en el exterior. Sin embargo, posteriormente, a principios de los sesenta, cuando Japón y algunas economías europeas comienzan a ser competitivas, el dólar sobrevalorado será desventajoso para EE.UU., porque le mermará competitividad al encarecer sus exportaciones.

Es muy importante señalar que, si bien es cierto que el entramado impuesto en Bretton Woods efectivamente aportó un elemento de estabilidad a las relaciones monetarias internacionales y, con ello, al proceso de acumulación a escala mundial, no lo es menos que se trataba solamente de eso: un elemento de estabilidad, pero estabilidad sólo relativa y con fecha de caducidad. De hecho, ni siquiera su puesta en marcha estuvo exenta de problemas serios. La convertibilidad de las principales monedas no se logra hasta 1958, catorce años después de los acuerdos de Bretton Woods (de hecho, se habían seguido produciendo devaluaciones, expresamente condenadas por el FMI, como en los casos del franco francés en 1948, un 78%, o de la libra esterlina en 1949, un 30%).

Hasta la declaración oficial de entierro del sistema, pronunciada por Nixon el 15 de agosto de 1971, hubo numerosos episodios de crisis, ante los que las respuestas no eran, ni podían ser, más que parches, debido a que la idea misma de un sistema monetario internacional estable choca inevitablemente con la competencia interimperialista que caracteriza la economía capitalista mundial. La posición de EE.UU. tras la guerra le permitía imponer al dólar como base de la liquidez internacional, pero eso, contradictoriamente, suponía una fuente de debilitamiento del dólar:

la amplia circulación externa del dólar, para saciar la demanda por liquidez internacional, era, sin embargo, incompatible con la regla de convertibilidad en oro establecida en Bretton Woods (...) contradicción (...) conocida como Dilema de Triffin (Baer, 1994: 39-40).

Efectivamente, para asegurar la convertibilidad Estados Unidos sólo debería emitir dólares en proporción a sus reservas en oro. Es decir, necesitaría obtener superávit por cuenta corriente para recibir dólares y retirar así liquidez de la economía mundial; justo lo contrario a la función (auto)asignada de expandir la liquidez internacional. Comoquiera que antes de nada se trataba de impulsar la liquidez para estimular el proceso de acumulación, la convertibilidad dólar-oro va a ser imposible de mantener:

en la composición de las reservas monetarias mundiales entre 1949 y 1971 (...) la parte del oro disminuye a la mitad (de 74% a 33%), al igual que la de la libra (de 15% a 6%), mientras que la del dólar se multiplica por 4 (de 7% a 26%) e incluso por 6 (de 7% a 40%) si se incluye la parte de los eurodólares (Gill; 1983, 298-299).

Hay que tener en cuenta el dato mencionado anteriormente, de que la financiación para la reconstrucción es aportada fundamentalmente por EE.UU., dejando en un segundo plano la actividad de los nuevos organismos en este terreno. Por ejemplo, para la reconstrucción europea:

mientras el Banco Mundial prestó menos de 800 millones de dólares hasta 1954, los créditos y donaciones norteamericanos amparados en el Plan Marshall alcanzaron la cifra de 46.800 millones de dólares (de la cual un 26% fue ayuda militar) (Baer y Lichtensztein; 1986, 126)<sup>18</sup>.

El objetivo está directamente relacionado con las grandes empresas estadounidenses:

(...) Durante la vigencia del Plan Marshall, Washington aportó un total de 12.817 millones de dólares a la reconstrucción europea, casi todos en formas de donaciones a fondo perdido. Con ellos, los países de la OCEC adquirieron en Estados Unidos materias primas por 3.500 millones, petróleo por 1.600, trigo por 1.700, o maquinaria y productos metalúrgicos por 1.000 millones. La cuarta parte de las ayudas, sin embargo, se destinó a la adquisición de material de guerra del que los norteamericanos acumulaban enormes stocks<sup>19</sup>.

Por tanto, unos 11.000 millones de dólares, más del 85% del total, fueron finalmente a parar a manos de ese segmento internacionalizado del capital estadounidense.

## 1.2. La colaboración estalinista para la restauración del orden capitalista: Yalta y Potsdam

La dominación estadounidense trata de resolver, al menos temporalmente, algunos problemas importantes para la acumulación capitalista. Especialmente a través de la imposición de un orden monetario mundial que reduce buena parte de la incertidumbre en el comercio internacional. Pero esto no es suficiente. La devastación social provocada por la guerra ha generado un caldo de cultivo propicio para el reagrupamiento del movimiento obrero. La clase obrera no es una construcción ideológica, sino la condición y el resultado de la acumulación capitalista que, ineludiblemente, se basa en la explotación de los trabajadores. Su organización como movimiento obrero expresa su interés común. Espoleada por ese caldo de cultivo, la clase obrera, pese a todos los ataques y todas las traiciones de sus dirigentes, se moviliza. De hecho, en buena parte de Europa ha sido el eje de los movimientos partisanos que han derrotado a los ejércitos de ocupación nazifascista. Esto ha llevado a que parte del territorio esté bajo su control, dando lugar a situaciones similares a las de "doble poder" características de las revoluciones<sup>20</sup>. En ese contexto, el reto para el capital es cómo desactivar la explosividad social, cómo contener el empuje de la clase obrera, desmovilizándola para poder subordinarla al nuevo orden imperialista.

Desde las vísperas de la Primera Guerra Mundial, las direcciones de los partidos y sindicatos socialdemócratas ya se habían orientado por cerrar filas con sus burguesías respectivas (la "Unión Sagrada", asociada simbólicamente con la fecha del 4 de agosto de 1914, como se ha explicado en el primer apartado de este capítulo, por el voto favorable a los créditos de guerra de los diputados del partido obrero alemán). Y la dirección de la otra corriente de

18. Se considera finalizado el Plan Marshall en 1951. Por eso la cantidad mencionada es mayor que la que se recoge en este mismo capítulo en varias ocasiones y con distintas fuentes.

19. Gil Pecharrromán, "Historia de la Integración Europea", Editorial UNED, 2011, pág. 31.

20. Un detalle simbólico pero significativo de esta situación de "doble poder" se muestra en el caso italiano, en la emisión de carnés de identidad por la organización partisana (por ejemplo, en Ferrara los emite el Comitato Provinciale di Liberazione Nazionale, integrado en la Associazione Nazionale Partigiani d'Italia).

masas del movimiento obrero, los partidos y sindicatos estalinistas, se va a orientar asimismo por la "paz social", a partir de las directrices impuestas desde Moscú, que se encuadran en los acuerdos de Yalta y Potsdam (su influencia había aumentado gracias al papel decisivo de la URSS, a pesar de todo, en la Segunda Guerra Mundial).

En diciembre de 1943, tras una reunión preparatoria celebrada en octubre en Moscú, tiene lugar la conferencia de Teherán, que reúne por vez primera a los máximos dirigentes de los "tres grandes", Roosevelt por EE.UU., Churchill por Reino Unido y Stalin por la URSS. En esta conferencia, como se ha dicho, se prepara el terreno para lo que serán las dos grandes conferencias en las que se establecerá el orden de la posguerra: Yalta y Potsdam.

Lejos de ser un "reparto del mundo", como se escribe a menudo, estas conferencias estuvieron marcadas sobre todo por la voluntad de preservar el equilibrio mundial (aunque, en este cuadro general, hubiera reparto de territorios). Disolviendo el Comintern (la Internacional Comunista), aceptando reemplazar la SDN [Sociedad de Naciones] por las Naciones Unidas, Stalin expresaba su voluntad de no cuestionar el orden mundial, buscaba el statu quo. Esto no significa que la burocracia de la URSS no buscara obtener, por todos los medios, contrapartidas. Para el imperialismo americano, el acuerdo con la burocracia del Kremlin aparecía como necesario para la reconstrucción de Europa bajo su égida (...) (Gauthier, 2009: 51)<sup>21</sup>.

La oleada revolucionaria ayuda a la finalización de la guerra pero, a la vez, es una amenaza al orden burgués. El hundimiento de los regímenes nazifascistas y sus cómplices, así como la debilidad de los demás regímenes burgueses, abre un gran espacio a la revolución, de forma análoga en muchos planos a como había ocurrido al finalizar la Primera Guerra Mundial. Esta oleada será la base sobre la que se asiente la expropiación del capital en los países de la Europa del este y, por su parte, un lugar muy importante para la clase obrera y sus organizaciones, con importantes conquistas arrancadas al capital, en los países de Europa occidental. Pero en ninguna de las potencias europeas la clase trabajadora toma el poder. La oleada revolucionaria no es completamente aplastada, pero las burguesías respectivas sí logran contenerla. ¿Cómo ha sido posible esta contención? Ninguna explicación satisfactoria al respecto puede darse sin considerar, como un factor principal, la colaboración de la burocracia estalinista que conduce los destinos de la URSS.

Puede resultar compleja la comprensión de la actuación de esta burocracia, habida cuenta de su lugar anómalo en el tablero mundial: como se ha explicado en el capítulo anterior, la burocracia, usurpando la revolución de 1917, parasita las conquistas económicas derivadas de la expropiación del capital. Pero al mismo tiempo, políticamente se orienta en contra de toda perspectiva de revolución mundial que pueda amenazar su posición y que sin embargo es la única vía para que la revolución rusa perviva). Es decir: necesita la supervivencia de esa revolución de la que parasita pero, al mismo tiempo, también necesita cortar las alas, lo que amenaza su futuro.

De hecho, el origen del ascenso de la burocracia en la URSS está ligado directamente a la derrota de la revolución alemana tras la Primera Guerra Mundial y su probable onda expansiva revolucionaria:

21. Stalin afirmaba su deseo de "un mundo estable, pacífico, si no para siempre, al menos por mucho tiempo" (citado en Gill, 1983: 75).

Es en estas condiciones de intensa destrucción de fuerzas productivas de la URSS, de debilitamiento del proletariado y de su vanguardia al término de siete años de guerra imperialista (1914-1918) y de guerra civil (1918-1921), de aislamiento de la URSS provocado por el reflujo y la derrota de la revolución en los otros países de Europa, en las que se desarrolla y refuerza una burocracia que ha expropiado políticamente al proletariado, liquidado su partido, el Partido bolchevique basado en el centralismo democrático, para hacer de él un aparato autoritario y despótico, ha destruido sus soviets, es decir los órganos propios del poder del proletariado. Esta casta parasitaria y privilegiada, cuya existencia depende de las conquistas revolucionarias del proletariado, no tiene ella misma ninguna raíz en las relaciones de propiedad de los medios de producción surgidos de la expropiación del capital. Su poder y sus privilegios sólo le vienen de su partido, de su monopolio político y del aparato coercitivo con ayuda del cual ejerce una represión violenta contra toda intento de expresión democrática y de organización autónoma que amenacen directamente este poder (Gill, 1983: 74).

Y por eso la burocracia identifica toda perspectiva revolucionaria como una amenaza:

Su monopolio político, como los privilegios que se desprenden de él, están amenazados por la revolución proletaria, en donde sea que estalle en el mundo. Puesto que la lucha de clases es una e indivisible. Los golpes dados por el proletariado, en Europa o en otras partes del mundo, constituyen una amenaza para el poder de la burocracia en la medida en que ellos provocan el riesgo de estimular a las masas soviéticas, de llevarlas a levantarse contra la burocracia y retomar el poder que ella las ha usurpado. La lucha de clases es una e indivisible. El movimiento del proletariado mundial constituye una unidad orgánica, aunque diferenciada. Lo mismo ocurre con la reacción mundial, ésta, conjunta, del imperialismo y de la burocracia. Es por defender sus propios intereses, que están así ligados *de facto* a los del imperialismo, por lo que la burocracia se opone por todas partes a la revolución proletaria, a la revolución de los consejos obreros que instituyen el único verdadero poder de las masas (Gill, 1983: 74)<sup>22</sup>.

Sólo a partir de esta consideración se puede entender cabalmente el entramado surgido de Yalta y Potsdam, que se materializará en dos formas de reconstrucción europea, separadas por el "telón de acero", como mecanismo para impedir la revolución y cuya expresión más clara será la partición de Alemania en dos Estados.

### 1.3. La reconstrucción de Europa occidental dirigida por Estados Unidos: el Plan del General Marshall

Tras la guerra, la principal necesidad es la reconstrucción europea. Es una necesidad económica, para reanudar el proceso de acumulación fuente de la ganancia, pero también es una

22. En 1943 Stalin disuelve la Internacional Comunista porque "para tranquilizar al imperialismo es necesario acabar con la idea misma de la Internacional, borrar toda referencia a la revolución mundial" (Gill, 1983: 75). La forma simbólica que toma es variada, como se ha expuesto en el apartado anterior, e incluye, elemento simbólico donde los haya, sustituir La Internacional como himno de la URSS por un nuevo himno de carácter expresamente nacional.

necesidad política, para desactivar la explosividad social. El marco en el que se lleva finalmente a cabo la reconstrucción se define por la hegemonía estadounidense y la colaboración estalinista, tal y como se ha plasmado en las conferencias de Yalta y Potsdam.

La necesidad económica se expresa en el hecho de que "en 1946, 42% de sus exportaciones [de EE.UU.] han tomado el camino de Europa occidental, contra 2% al resto del continente" (Gauthier, 2009: 60). Al estadounidense William Clayton, Secretario de Estado para asuntos económicos, se le atribuye la siguiente frase: "precisamos de grandes mercados por todo el mundo, donde comprar y vender". Además, la dominación estadounidense no se materializa solamente en el campo directamente económico, sino también en planos que la refuerzan, como especialmente el militar, pero también en otros como el científico e incluso el cultural<sup>23</sup>. Y la necesidad política se muestra en que la restauración del orden capitalista no está exenta de dificultades, por la mencionada oleada revolucionaria. Esta oleada es fecunda en algunos casos y fallida en otros.

Ejemplo de los primeros es el caso de Yugoslavia...

Pese a los acuerdos de Yalta, pese a Stalin, la movilización de todas las nacionalidades en Yugoslavia obligó al Partido Comunista yugoslavo de Tito a anular las órdenes del Kremlin. Se llevaron a cabo el desmantelamiento del Estado monárquico y la expropiación del capital (Gauthier, 2009: 51).

...pero fallida en Grecia donde, de acuerdo a lo acordado en Yalta y Potsdam, el gobierno de la URSS da su visto bueno a la liquidación de las organizaciones que habían dirigido la resistencia<sup>24</sup>:

En Grecia en revancha, los "partisanos" griegos dirigidos por el PC no podrán triunfar: abandonados por Stalin, serán aplastados por la armada, apoyada por Estados Unidos a quien, oficialmente, Gran Bretaña ha pasado el relevo. El imperialismo americano no acepta que nuevos sectores de la economía mundial escapen al capital (ibídem: 51).

Con carácter general, las burguesías, para desactivar la explosividad social, tendrán que pagar el precio de importantes concesiones democráticas y obreras, especialmente con la forma de salario indirecto como la seguridad social. Un ejemplo muy significativo es el de Francia:

El hundimiento del régimen de Pétain, es el estallido del Estado burgués. Alta

23. Desde 1930 hasta 1950 el número de investigadores en EE.UU. pasa de 15.000 a 400.000 (Gauthier, 2009: 65). En cuanto al plano cultural, "durante la firma entre Léon Blum y el Secretario de Estado americano Bymes de un acuerdo de ayuda económica de Estados Unidos, una cláusula estipula la instauración de una cuota mínima de proyección de películas americanas en las salas" (Gauthier, 2009: 50). El objetivo era doble: económicamente, dar más salida a su producción, en este caso cinematográfica; políticamente, apoyar la batalla ideológica por el "american way of life" frente a la potente tradición organizativa de la clase obrera en Europa occidental.

24. "Churchill notó que las misiones británicas en Atenas fueron ampliamente y fuertemente criticadas por la prensa norteamericana, por el Departamento de Estado estadounidense, y también por The Times y por The Manchester Guardian, pero añadió: 'Stalin, no obstante, se ciñó estricta y lealmente a nuestro acuerdo de octubre, y durante todas las largas semanas de combate contra los comunistas en las calles de Atenas, ni una sola palabra de reproche fue publicada en Pravda o en Izvestia'; en Churchill, W. (1954); *Second World War*, volumen 6, Londres, 1954, pág. 255; tomado de Broué, Pierre (1985); "Trotsky y los trotskistas frente a la Segunda Guerra Mundial"; *Cahiers Léon Trotsky* n° 23, nota 29 (disponible en castellano en [http://www.marxists.org/espanol/broue/1985/trotsky\\_trotskistas\\_y\\_la\\_2a\\_guerra\\_mundial.htm](http://www.marxists.org/espanol/broue/1985/trotsky_trotskistas_y_la_2a_guerra_mundial.htm)). Véase De Blas, 1994: 391-400.

administración, policía, justicia, armada —fundamentos de un Estado— han colaborado activamente con los nazis, como la mayor parte de los patrones. Por otro lado, los obreros, los campesinos y la juventud, organizados en comités, tienen en sus manos las armas con las cuales han combatido, y no entienden que las cosas vuelvan a ser “como antes” (ibídem: 52).

Pero las direcciones de las corrientes dominantes del movimiento obrero se emplean a fondo para restaurar el orden burgués:

El Consejo Nacional de la Resistencia que, bajo la égida de De Gaulle, reúne desde el PCF hasta la derecha, busca limitar este desmantelamiento del Estado: una minoría de altos funcionarios serán condenados a fin de preservar lo esencial (como el siniestro Papon, que pudo hacer toda su carrera tranquilamente); incluso ante la colaboración traidora de los hermanos Renault, su empresa será nacionalizada, concesión que la burguesía juzga entonces necesaria para el mantenimiento del régimen de la propiedad privada (ibídem).

Y en particular la dirección del Partido Comunista, cuyo papel es decisivo:

La dirección del PCF, con el prestigio que tiene al salir de la resistencia y con la imagen de la URSS, “patria del socialismo” victorioso, va a poner todo su peso para “restablecer la legalidad republicana” y desarmar las milicias obreras, no sin conflicto (incluso hasta la exclusión de ciertos cuadros del PCF héroes de la resistencia, como en la región del Limousin). Es también a iniciativa de la dirección estalinista, para integrar y tapar dévoyer el rechazo popular de la policía, que se constituyan Compañías Republicanas de Seguridad (CRS), presentadas como la nueva policía republicana antifascista, y en las filas de las cuales serán inmediatamente integrados los hombres (incluidos los del PCF) del maquis (ibídem).

La forma de contener la movilización será la proclamación de una IV República:

La III República está muerta; contra la aspiración a una “república social”, los dirigentes del PCF y también los de la SFIO [Sección Francesa de la Internacional Obrera, antecedente del PSF], en estrecha colaboración con el Movimiento Republicano Popular (MRP) gaullista, van a desviar al movimiento de masas canalizándolo al terreno del parlamentarismo burgués, y convocar el 21 de octubre de 1945 una Asamblea constituyente a fin de instaurar una IV República, es decir de la República burguesa (ibídem).

Sin embargo, la clase obrera se expresa también electoralmente, y de una forma masiva:

A pesar de esta voluntad, el resultado de las elecciones trastoca el tablero de ajedrez político: los partidos burgueses tradicionales, incluidos los radicales, son laminados; el MRP, con 23,9% de los votos, alcanza bastante menos de lo que esperaba con la figura de De Gaulle, mientras que la SFIO logra el 23,4%, y el PCF el 26,2%. La población trabajadora ha votado masivamente por sus partidos que, con 142 y 160 diputados, tienen la mayoría absoluta en la Constituyente. Incluso en este cuadro deformado, la clase obrera

ha expresado por su voto de clase que no quiere el restablecimiento del orden capitalista. Pero el gobierno provisional constituido con el PS, el PCF y el MRP pone a De Gaulle a su cabeza. Es la línea de los “frentes nacionales”, preconizada por Stalin para la acción de los partidos comunistas. Es un gobierno de crisis, puesto que está sometido por el empuje revolucionario de las masas, pero también porque esta situación invalida el objetivo de De Gaulle, expuesto desde 1946 en su discurso de Bayeux: acabar con la III República y el régimen de partidos; para esto, negar el papel del Parlamento a fin de instaurar un Estado-fuerte que controle a los sindicatos (...) (ibídem: 52-53).

Las organizaciones obreras, creadas para defender los intereses de los trabajadores, tienen una importancia cuantitativa y cualitativa tal que todo está a su alcance: nada puede salir adelante sin ellas, ni bueno ni malo.

La burguesía francesa en crisis quiere a toda costa el orden, imposible sin el PCF y la SFIO. Estos últimos, con el MRP, van a instaurar contra el proyecto de De Gaulle, imposible de aplicar bajo pena de una confrontación directa con las masas, un régimen plenamente parlamentario (la IV República), adoptado por referéndum (...). Consecuencia de esta sumisión, el PCF y el PS registran un retroceso en las elecciones de junio de 1946; el MRP se convierte entonces en el primer partido. Con la IV República, el Estado burgués ha sido restaurado (ibídem: 53).

La contención de la explosividad se logra finalmente, al mencionado precio de concesiones democráticas y obreras:

La revolución ha sido contenida, pero al precio de la nacionalización de la energía (gas, energía, minería) y de los transportes (mientras la SNCF es pública desde 1937, todas las compañías de aviación deben entrar entonces en Air France). Nacionalización igualmente de 34 sociedades de seguros, de cuatro holdings bancarios, de un cierto número de empresas. Revolución contenida, en fin, al precio de la creación de la seguridad social, que se funda no sobre el principio del aseguramiento, sino sobre el de la solidaridad obrera, es decir *de facto* un reconocimiento de la existencia de clases antagonistas (ibídem)<sup>25</sup>.

En definitiva, desde el punto de vista de la clase capitalista estas concesiones obedecen al temor de que el movimiento de masas desemboque, como tras la Primera Guerra Mundial, en procesos revolucionarios (dicho coloquialmente, “la burguesía prefiere perder una batalla a arriesgarse a perder la guerra”). Las concesiones tienen lugar en un contexto en el que el capital, gracias a la destrucción económica y social de la guerra, dispone de un margen considerable para la acumulación rentable. Es decir, por una parte el capital “tiene que”

25. El máximo dirigente del PCF, Maurice Thorez, recién regresado de la URSS, declara que “la huelga es el arma de los trusts”, para preservar el gobierno de “unión nacional” que busca limitar los salarios (Gauthier, 2009: 53) y reivindica “la batalla de la producción” para comprometer a los trabajadores con las empresas. En un discurso en Ivry el 30 de noviembre de 1944 afirma la consigna “un solo Estado, una sola policía, un solo ejército”, que reitera ante el Comité Central en su reunión del 21, 22 y 23 de enero de 1945, apoyando la disolución de las organizaciones del movimiento de la resistencia frente a la ocupación nazi.

ceder para aliviar la explosividad pero, por otra parte, "puede" hacerlo merced a ese margen. Veinticinco años después, completamente agotado éste, todas las concesiones se revelarán como una carga, un pesado fardo que obstaculiza la acumulación y del que, por tanto, hay que deshacerse (la toma de conciencia del capital al respecto se expresa con claridad en el tránsito de la década de los setenta a la de los ochenta, con las figuras de Thatcher y Reagan... y todos los demás)<sup>26</sup>.

Por su parte, ¿qué valoración puede hacerse desde el punto de vista de la clase trabajadora? Aparentemente, podría pensarse que a pesar de las renunciaciones, gracias a esas conquistas logró una mejora considerable de sus condiciones de vida. Sin embargo, hay dos razones muy poderosas que invalidan ese planteamiento. En primer lugar, que lo único que se consiguió fue limitar la explotación, cuando se vislumbraba la posibilidad real de abolirla. De nuevo el caso de Francia ejemplifica bien la situación:

(...) Tillon, dirigente comunista de la Resistencia y Thorez, que había permanecido exiliado en Moscú, llegaron a participar en el gobierno: "los comunistas tenían una posición casi indestructible en muchas partes de Francia y, posiblemente, pudieron haberse alzado con el poder de haberlo querido así, en aquellos primeros y confusos meses de anarquía por todas partes. Pero la alianza con los occidentales, firmada en plena guerra, seguía aún en vigor, y Moscú no los alentó en sus anhelos revolucionarios". En Italia también el líder comunista Palmiro Togliatti participaba en el gobierno: "en mayo de 1945, y en junio, elementos de la Resistencia o comunistas tuvieron una auténtica oportunidad para hacerse con el poder. El control efectivo, después de todo, estaba en muchos sitios en manos de los campesinos, o milicias locales que habían sido organizadas bajo la dirección comunista o del ala izquierda... [algunas] factorías del norte de Italia (...) fueron tomadas por los obreros, quienes se encargaron de su gobierno mediante consejos de trabajadores". Una vez estabilizada la situación a lo largo de 1947, los comunistas fueron excluidos de los gobiernos de coalición tanto en Francia como en Italia. También hubo participación comunista "en los primeros Gobiernos de la posguerra en Bélgica, Dinamarca y la mayoría de los 'Länder' de Alemania (...)": En una reciente entrevista, el intelectual italiano Umberto Eco señalaba: "y por una circunstancia histórica muy curiosa, desde el pacto constitucional, firmado implícitamente por Togliatti, la llamada izquierda 'soviética' revolucionaria se ha convenido en un baluarte del Estado"<sup>27</sup>.

Y en segundo lugar, que esa limitación de la explotación, como se comprobó después, sólo podía ser temporal; únicamente podría mantenerse hasta que las contradicciones de la acumulación capitalista, tras las que subyace la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia, volvieran a expresarse llevando al capital a exigir la liquidación de las conquistas obreras e incluso democráticas. La orientación de los partidos socialdemócratas y estalinistas fue, en definitiva, timorata y miope. Pero no por casualidad o negligencia, sino por sus compromisos nacionales e internacionales con el orden burgués.

26. Para el caso de la enseñanza, que es un buen ejemplo, véase Éliard (2002).

27. De Blas (1994: 396). Las primeras cuatro citas las toma este autor de Laqueur, Walker (1985), *Europa después de Hitler*, 2 volúmenes, Sarpe, Madrid, vol. 1, págs. 78, 84, 87 y 62. La última, la de Eco, de *El País*, 4 de marzo de 1994.

En este período, estos compromisos se concretan en la subordinación a la potencia dominante, Estados Unidos, cuya hegemonía se plasmará en Europa a través del Plan Marshall<sup>28</sup>; el programa a través del cual EE.UU. teledirigirá una determinada reconstrucción europea. El propio Marshall caracteriza el contexto europeo...

la situación mundial es muy grave (...). Al considerar los requisitos para la rehabilitación de Europa, se estimó correctamente la pérdida física de la vida, la visible destrucción de ciudades, fábricas, minas y ferrocarriles se estimó correctamente, pero se ha hecho evidente en los últimos meses que esta destrucción visible era probablemente menos grave que la dislocación de toda la estructura de la economía europea (...). La maquinaria se encuentra en mal estado o es totalmente obsoleta. Bajo el arbitrario y destructivo régimen nazi, prácticamente toda posible empresa fue dedicada a la maquinaria bélica alemana. Las antiguas relaciones comerciales, instituciones privadas, bancos, compañías de seguros y compañías navieras desaparecieron debido a la pérdida del capital, absorción a través de la nacionalización, o por la simple destrucción. En muchos países, la confianza en la moneda local ha sido severamente sacudida. La descomposición de la estructura de negocios de Europa durante la guerra fue total (...) la rehabilitación de la estructura económica de Europa evidentemente requerirá mucho más tiempo y mayor esfuerzo del que se había previsto<sup>29</sup>.

...revelando una devastación que supone situaciones incluso de hambre...

El granjero siempre ha producido los alimentos para intercambiarlos con el habitante de la ciudad por otros artículos de primera necesidad. Esta división del trabajo es la base de la civilización moderna. En la actualidad está amenazada por la descomposición. Las industrias de pueblos y ciudades no están produciendo bienes adecuados para intercambiar con los agricultores productores de alimentos. Las materias primas y los combustibles son escasos. La maquinaria (...) falta o está desgastada. El agricultor o campesino no puede encontrar a la venta los productos que desea comprar. Así que la venta de su producción agrícola por dinero que no puede utilizar le parece una operación improductiva. Él, por consiguiente, ha dejado de cultivar muchos campos y está usándolos como pasto. Le da más granos al ganado y encuentra para él y su familia una amplia oferta de alimentos, sin embargo él puede estar corto de ropa y otros artículos ordinarios de la civilización. Mientras tanto, a la gente de las ciudades le falta comida y combustible, y en algunos lugares se acercan a los niveles de hambre. Por tanto, los gobiernos se ven obligados a usar su moneda extranjera y los créditos para procurarse estos artículos de primera necesidad en el extranjero. Este proceso agota los fondos que se necesitan con urgencia para la reconstrucción (ibidem).

...la amenaza que esto supone y las implicaciones para Estados Unidos...

28. El plan toma el nombre, de George Catlett Marshall, Jefe de Estado Mayor estadounidense durante la guerra y posterior Secretario de Estado. En el año 1953 recibió el Premio Nobel de la Paz.

29. Discurso de Marshall en la Universidad de Harvard el 5 de junio de 1947 (tomado de la web de la OCDE: [http://www.oecd.org/document/10/0,3746,en\\_2649\\_201185\\_1876938\\_1\\_1\\_1\\_1,00.html](http://www.oecd.org/document/10/0,3746,en_2649_201185_1876938_1_1_1_1,00.html)).



a acelerar la liberalización del comercio y también para dar a la OECE el poder de organizar las economías europeas o de racionalizarlas. Por tanto, los ministros francés e italiano, Petsche y Pella, modificaron el plan Stikker. La idea de un Banco Europeo de Inversiones (BEI), que se establecerá al mismo tiempo que el Mercado Común, estaba en el centro de estos proyectos (ibídem).

Tras antecedentes como el Tratado de Dunkerque (1947) y el Tratado de Bruselas (1948), el 4 de abril de 1949 se constituye la OTAN, es decir, el instrumento para "poner los ejércitos europeos bajo control americano, con su llave, el establecimiento de bases americanas permanente en Europa" (Gauthier, 2009: 57). De hecho, la máxima autoridad militar de la OTAN en Europa, el *Supreme Allied Commander Europe* (SACEUR, "Comandante Supremo de los Aliados en Europa"), siempre ha sido estadounidense<sup>34</sup>.

La OECE actuará conjuntamente con la OTAN, con la participación de algunos destacados "europeístas" como Monnet<sup>35</sup>. Aunque ésta, la organización abiertamente militar, adquirirá un protagonismo creciente:

La OECE comenzó a declinar después de 1952 como resultado del inesperado fin del Plan Marshall y de un cambio de orientación en favor de la OTAN. (...) El debate comenzó con la elección de la OTAN en lugar de la OECE como vehículo de la ayuda económica. La amenaza militar había dado la idea a los atlantistas de utilizar la OECE y sus comités, sus equipos de expertos y sus estadísticas, para promover el rearme de la alianza controlando mientras los difíciles problemas de la inflación y la asignación de las materias primas. En nombre de la eficiencia de rearme, los británicos tomaron una posición a favor de la Comisión Económica de la OTAN con la esperanza de desposeer a la OECE. Se alcanzó un compromiso en septiembre de 1951, en la Conferencia de la

OTAN celebrada en Ottawa, con el establecimiento de una comisión especial (Monnet, Harriman, Plowden) que fue encargada de estudiar la cuestión del desarrollo económico de los países de la OTAN, teniendo en cuenta las posibilidades económicas de cada miembro. Se decidió que la OECE trataría por su parte de las cuestiones económicas europeas, incluidas las relativas a la OTAN (ibídem).

Y finalmente comenzará la institucionalización de la llamada "integración europea", siempre bajo los auspicios de Estados Unidos:

A finales de 1957, se creó una Agencia Europea de Energía Nuclear bajo los auspicios de la OECE. Su primer acto fue la firma de un acuerdo que establecía controles de seguridad sobre la energía nuclear. Ese mismo año, la OECE sirvió de marco para las negociaciones destinadas a determinar las condiciones para el establecimiento de un espacio europeo de libre comercio, para reunir el Mercado Común de los Seis y los demás miembros de la OECE en una base multilateral. Peter Thorneycroft fue el responsable de la coordinación. Después de los Tratados de Roma (CEE y Euratom), el 25 de marzo de 1957, en octubre se creó un comité ministerial intergubernamental por el Consejo de la Organización, presidido por Reginald Maudling, para continuar las negociaciones (ibídem).

Ahora bien, de igual modo que la asunción de la posición hegemónica por parte estadounidense significa simplemente que "Estados Unidos asumió el conjunto de las contradicciones del sistema capitalista" (Gill, 1983: 79), los "procesos de integración" expresan asimismo el contenido y alcance de dichas contradicciones:

Los diversos intentos de reagrupamiento, crónicamente seguidos por violentas crisis que amenazan su existencia, son a la vez la manifestación de la fuerza irresistible que empuja a superar las fronteras nacionales, convertidas en un anacronismo en la época en la que, desde hace mucho tiempo, las fuerzas productivas han devenido un sistema mundial, y la demostración de la imposibilidad de lograrlo en el cuadro de la propiedad privada de los medios de producción y de las rivalidades entre potencias que se derivan de él (Gill, 1983: 81)<sup>36</sup>.

34. Integrada originalmente por Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal y Reino Unido. En 1952 se incorporan Grecia y Turquía y, tras la RFA en 1955, hasta 1999 en que empiezan a integrarse países del Este (Chequia, Hungría y Polonia entonces, Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumanía en 2004 y finalmente Albania y Croacia en 2009) no se producirán más entradas, salvo la de España en 1982 (generó tanto rechazo que el PSOE asumió el compromiso de salida; su líder Felipe González, ya presidente del gobierno, traicionó ese compromiso pero la presión popular ganó la reivindicación de convocatoria de un referéndum; celebrado el 12 de marzo de 1986 con una pregunta ambigua y falaz, y bajo una presión muy fuerte del imperialismo en contra del "no", finalmente triunfó el "sí" con un 52,5% de votos frente a un 39,8%. Por su parte, Francia había salido del mando militar integrado en 1966.

35. Las biografías de los principales impulsores del "proceso de integración europea" son muy elocuentes. Por ejemplo la condición de banquero y hombre de confianza de Roosevelt de Jean Monnet, quien también trabajó para Chang Kai-shek (Beevor, Anthony y Cooper, Artemis, 1994; *París después de la liberación: 1944-1949*, Crítica, Madrid, 2003: 7, 25 y 187-188). O la condición de miembro del primer gobierno de Pétain de Robert Schuman; quien, como parlamentario, votó a favor de la concesión de plenos poderes al mariscal y, como ministro de exteriores francés, firmó en 1949 los acuerdos de la primera sesión del Consejo de la OTAN (curiosamente, en la actualidad el Vaticano tiene abierto un proceso para su "beatificación"). U otros inspiradores como el francés Aristide Briand, que en 1906 abandonó el partido socialista para ocupar un cargo de ministro; el belga Paul-Henri Spaak, secretario general de la OTAN desde 1957 o el holandés Max Kohnstamm, creador junto con Monnet del "Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa" en 1956, es decir, justo un año antes de la firma del Tratado de Roma. Gardner, Richard N. (1997); "La idea de Marshall y su Significado Actual", *El País*, 5 de junio. Véase asimismo la explicación de Chomsky sobre el sentido económico del Plan Marshall, como "base para las modernas compañías transnacionales" y "para compensar la fuga de capitales de Europa a Estados Unidos"; en Chomsky, Noam (1999); "El paraguas del poderío estadounidense (La Declaración Universal de Derechos Humanos y las contradicciones de la política norteamericana)", en *Actos de agresión*, Crítica, Barcelona, 2000, págs. 48 y 49.

36. El debate acerca de la "unificación europea" no puede plantearse de forma genérica, sino atendiendo a las bases concretas sobre las que se asiente. De igual modo que, por ejemplo, el debate sobre la política comercial no puede resumirse en la fórmula "apertura frente a proteccionismo", sino en torno a qué tipo de apertura (como se ha expuesto en el apartado anterior, los bolcheviques defendían una forma de "apertura", pero en el marco del monopolio estatal del comercio exterior; de hecho, el propio Lenin decía, justo antes de la Conferencia de Génova de 1922, que iban como comerciantes, no como comunistas; véase la nota 22 del capítulo quinto). Desde una perspectiva de clase, Trotsky lo plantea en los siguientes términos: "La unificación europea es para Europa una cuestión de vida o muerte (...) el cumplimiento de esta tarea corresponde, en todo caso, no a los gobiernos actuales, sino a las masas populares conducidas por el proletariado" (Trotsky (1940); *Sur la Deuxième Guerre mondiale*, Seuil, París, 1974, pág. 134; tomado de Gill, 1983: 81). Ya en 1940, se podía anticipar lo que iba a significar la hegemonía estadounidense: "A esto hay que añadir que es improbable una victoria aliada sin la asistencia norteamericana, y esta vez Estados Unidos exigirá por su ayuda un precio mucho mayor que en la última guerra. La Europa envilecida y exhausta, el objetivo de la filantropía de Herbert Hoover, se transformará en el deudor en bancarota de su salvador transoceánico". Así como, en consecuencia, el tipo de organismos que podría constituir: "La promesa de los aliados de crear esta vez una federación europea democrática es la más grosera de todas las mentiras pacifistas. El estado no es una abstracción sino el instrumento del capitalismo monopolista. En tanto no se expropié a los trusts y bancos en beneficio del pueblo, la lucha entre los estados es tan inevitable como la lucha entre

El gobierno de la Unión Soviética finalmente denunciará el plan estadounidense para la reconstrucción de Europa, identificándolo como una amenaza a la URSS y contrario a los acuerdos firmados. La URSS y los países de Europa no se acogerán al plan (aunque Checoslovaquia sobre todo, y también Polonia, sí mostraron interés, Stalin les impuso no participar en él, llegando a formular un Plan Mólotov de ayuda para la reconstrucción de los países del este<sup>37</sup>). Este rechazo obedece a que el plan imponía unas condiciones de subordinación tales que, *de facto*, aceptarlo habría acabado suponiendo la liquidación del régimen soviético. Por tanto, desde su perspectiva la alternativa era:

responder alineando las relaciones de producción de los países de la Europa del este con las de la URSS, acabar la expropiación de los medios de producción, nacionalizar toda la infraestructura industrial y bancaria, instaurar el monopolio estatal del comercio exterior. En diciembre de 1947, Bulgaria se convierte en una "democracia popular", al igual que Rumanía y Checoslovaquia en 1948, y Hungría en 1949. A lo largo de este mismo año ve la luz la República Democrática de Alemania (Gill, 1983: 80).

En septiembre de 1947, en la localidad polaca de Szklarska Poreba se crea la *Kominform* (Oficina de Información Comunista), como sucedáneo sustituto de la *Komintern* (Internacional Comunista)<sup>38</sup>. Y tras el antecedente del Plan Mólotov, en 1949 estas "democracias populares" constituyen el Consejo de Ayuda Mutua Económica, CAME (más conocido como COMECON, siglas adaptadas de su nombre en inglés, *Council for Mutual Economic Assistance*). En sus estatutos se declara formalmente el objetivo de una "división internacional socialista del trabajo" (preámbulo y artículo 1b), desconociendo interesadamente la existencia de una economía mundial, en la que tanto hincapié habían hecho los principales teóricos del partido bolchevique antes y después de 1917. Y en 1955 se constituye asimismo la alianza militar Pacto de Varsovia<sup>39</sup>.

los mismos trusts. La renuncia voluntaria por parte del estado más fuerte a las ventajas que le proporciona su fuerza es una utopía tan ridícula como la división voluntaria del capital entre los trusts. En tanto se mantenga la propiedad capitalista, una "federación" democrática no sería más que una mala repetición de la Liga de las Naciones, con todos sus vicios y sin ninguna de sus antiguas ilusiones". IV Internacional (1940); "Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial" (Manifiesto de Alarma), *Conferencia de Emergencia*, Nueva York, 19-26 de mayo.

37. Viacheslav Mólotov era el ministro de Exteriores entre 1939 y 1949 (y de nuevo entre 1953 y 1956). Como tal, había negociado con el alemán Von Ribbentrop el acuerdo Hitler-Stalin firmado en 1939. En 1949 fue sustituido por Andréi Vyshinski, un menchevique que, como responsable político, había firmado la orden de detención de Lenin tras la revolución de febrero de 1917. Después ingresó en el partido bolchevique, en 1920, y fue Fiscal Jefe en los procesos de Moscú en 1936 y 1938, además de finalmente ministro de Exteriores entre 1949 y 1953.

38. La nueva teoría pasa a ser la de los "dos campos". En su discurso en la sesión inaugural el día 22, el dirigente estalinista Andréi Jdanov lo plantea expresamente: "la finalidad que se plantea la nueva corriente expansionista de Estados Unidos es el establecimiento de la dominación universal del expansionismo americano. Esta nueva corriente apunta a la consolidación de la situación de monopolio de Estados Unidos sobre los mercados internacionales (...) A medida que nos vamos alejando del final de la contienda, más netamente aparecen señaladas las dos principales direcciones de la política internacional de la posguerra, correspondientes a la distribución de las fuerzas políticas en dos campos opuestos: el campo imperialista y antidemocrático, de una parte, y el campo antiimperialista y democrático, de otra" (tomado de CESEDEN (2004); "El vínculo transatlántico", *Monografías del CESEDEN*, 72, julio). El texto completo puede verse en <http://www.historiasiglo20.org/4EXT1/informejdanov.htm>.

39. CAME, los estados fundadores en enero de 1949 fueron la URSS, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, RDA, Polonia, Rumanía, aunque en seguida se incorporaron Albania (febrero de 1949) y la RDA (1950). Más tarde entraron también Mongolia (1962), Cuba (1972) y Vietnam (1978). Yugoslavia era un Estado asociado (desde 1964) y había también Estados observadores.

En términos políticos, en los países occidentales los partidos estalinistas abandonan su orientación de "paz social" sobre la base de "frentes nacionales" (contradictoriamente, estos partidos, y sobre todo el francés y el italiano, son recriminados desde Moscú por una política que había sido dictada... ¡desde Moscú!). Encaran así una orientación aparentemente combativa que, sin embargo, se dispondrá en todo momento contra el frente único obrero, actuando más bien como una correa de transmisión de la presión de la burocracia estalinista sobre los gobiernos europeos, de cara a preservar sus posiciones.

Hemos dejado deliberadamente para el final la mención a la cuestión de Alemania, porque encarna mejor que cualquier otra la contradictoria situación del período, tanto simbólicamente como por el significado de la clase trabajadora alemana en Europa y, por extensión, a escala mundial<sup>40</sup>. En la Conferencia de Quebec, el 15 de septiembre de 1944 Roosevelt y Churchill firman el memorándum que recoge el Plan Morgenthau. En él, tras alegar el riesgo de rearme alemán y centrando la cuestión en las cuencas del Ruhr y el Sarre, no sólo proponen el desmembramiento de Alemania (apoyado por dirigentes como Jean Monnet) y que este país financie la reconstrucción europea, sino que también rechazan, directamente, su reindustrialización, apuntando a su conversión en un economía primaria:

También hay que recordar que los alemanes han devastado gran parte de las industrias de Rusia y de otros aliados vecinos, y es únicamente de acuerdo con la justicia que estos países perjudicados tendrían derecho a retirar la maquinaria que ellos requieran de cara a reparar las pérdidas que han sufrido. Por consiguiente, las industrias a que se refiere en el Ruhr y en el Sarre deberían ser necesariamente inutilizadas y cerradas. Este programa para la eliminación de las industrias de guerra en el Ruhr y en el Sarre, espera convertir a Alemania en un país de carácter principalmente agrícola y ganadero<sup>41</sup>.

Esta orientación se consolida en las conferencias de 1945. Concretamente en la de Yalta, por ejemplo, se establece que:

El Reino Unido, los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas detentarán la autoridad suprema en lo concerniente a Alemania. En el ejercicio de esta autoridad tomarán las medidas que estimen pertinentes para la paz futura y la seguridad, comprendiendo el desarme completo, la desmilitarización y el desmembramiento de Alemania (...) Se ha convenido que una zona de Alemania, que ocuparán las fuerzas francesas, será atribuida a Francia. Esta zona será tomada de las zonas inglesa

40. En el contexto de la resistencia francesa ante la ocupación nazi, el PCF defendía una consigna nacionalista: "à chacun son Boche". Es decir, que cada francés matara al menos un boche (soldado alemán). Así, su periódico, *L'Humanité*, el 22 de agosto de 1944 escribía en portada la consigna "muerte a los alemanes". Por contra, el Partido Obrero Independiente, sección francesa de la IV Internacional, vinculaba la lucha contra el fascismo alemán a la lucha contra el capitalismo mundial. De modo que planteaba que tras cada soldado alemán había un trabajador alemán y llegó a publicar un periódico en alemán dirigido a ellos, *Arbeiter und Soldat* ("Trabajador y soldado"), como suplemento a su periódico *La Vérité*, que se había relanzado desde agosto de 1940 (sin embargo, el órgano del PCF sólo había apoyado la lucha contra los nazis desde junio de 1941, cuando Hitler rompía el acuerdo con Stalin conocido como Pacto Mólotov-Von Ribbentrop).

41. El texto completo se encuentra en [www.worldfuturefund.org/Documents/Morg.htm](http://www.worldfuturefund.org/Documents/Morg.htm).

y americana, y su extensión será fijada por ingleses y americanos tras consulta con el Gobierno Provisional francés<sup>42</sup>.

Finalmente, razones tanto políticas como económicas llevarán a que EE.UU. decida no aplicar dicho plan y proceda a "ayudar" a Europa, porque "las semillas de los regímenes totalitarios son alimentadas por la miseria y las privaciones", es decir, por el temor a la explosividad social. Sin embargo, el desmembramiento de Alemania será un hecho durante más de cuatro décadas. En efecto, su partición en cuatro zonas, tutelada cada una de ellas por una de las cuatro potencias (Estados Unidos, Francia, Reino Unido y la URSS), está en el origen de un proceso que finalmente desembocará, en 1949, en la creación de dos Estados alemanes: la República Democrática Alemana en el territorio controlado por la URSS y la República Federal Alemana, agrupando las zonas bajo dominio estadounidense, francés y británico<sup>43</sup>.

Esta partición expresa los dos bloques apuntados en Yalta y Potsdam, resultado de la conjunción de dos factores. Por una parte, la restauración del orden capitalista en Europa occidental y Japón, bajo la tutela de EE.UU., plasmándose así la desintegración de los viejos imperios coloniales (británico y francés en particular), sustituidos por el nuevo imperio estadounidense. Por otra parte, los procesos revolucionarios en los países de la Europa del este, pero con su encuadramiento final de subordinación a la Unión Soviética estalinista. La relación entre ambos bloques integra aspectos de colaboración, pero también de conflicto, vinculados ambos tanto al trasfondo de las contradicciones de la economía mundial capitalista como al estatus de la URSS en tanto que "Estado obrero degenerado". La presentación de esta relación bajo la denominación de "guerra fría" esconde su origen y desarrollo, conectados a la mencionada colaboración de la URSS estalinista con las potencias imperialistas, para la entronización del nuevo orden imperialista bajo la égida de EE.UU.<sup>44</sup>.

42. Tomado de [www.historiasiglo20.org/TEXT/yalta-alemania.htm](http://www.historiasiglo20.org/TEXT/yalta-alemania.htm). "¡Es cierto que [en 1943] una de las hipótesis americanas es que no haya restablecimiento de un Estado en Alemania ni en Francia", Gauthier (2009: 50).

43. El 10 de marzo de 1952, la URSS envió una nota diplomática, conocida como "Nota de Stalin" o "Nota de marzo", en la que al menos formalmente se defendía de la reunificación de Alemania en un Estado único, neutral. No hubo ninguna receptividad en el lado occidental, ya decantado hacia la incorporación de la RFA a la OTAN, lo que efectivamente tuvo lugar el 6 de mayo de 1955 (y en respuesta a lo cual se constituyó el 14 de mayo el Pacto de Varsovia). Véase Haltetorn, Helga (2005); "El ingreso de Alemania en la OTAN: hace 50 años", *Revista de la OTAN*, verano. Previamente, en el Acuerdo de Londres suscrito el 27 de febrero de 1953, los principales acreedores habían establecido una quita de todos los tramos de la deuda externa alemana, de entre el 50% y el 75%, además de una moratoria y otras ventajas, incluida la limitación al 5% de los ingresos por exportaciones que podía alcanzar el pago del servicio de la deuda. Y el máximo que llegó a alcanzarse fue el 4,2%, en 1959. Suárez Buitrón, Paula (2003); *Deuda externa: juego de intereses (lecciones del Acuerdo de Londres de 1953)*, ediciones Abya-Yala, Quito, pág. 15. La deuda quedó saldada definitivamente, de forma oficial, el 3 de octubre de 2010, vigésimo aniversario de la reunificación (Público, 3 de octubre de 2010).

44. En 1946 Churchill habla del "telón de acero": "Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental (...), todas estas famosas ciudades y sus poblaciones y los países en torno a ellas se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética, y todos están sometidos, de una manera u otra, no sólo a la influencia soviética, sino a una altísima y, en muchos casos, creciente medida de control por parte de Moscú" (Discurso en el Westminster College, Fulton, Missouri, 5 de marzo). En 1947 Truman habla por vez primera del "mundo libre" al plantear que Estados Unidos debe "apoyar a los pueblos libres que están resistiendo intentos de agresión de minorías armadas o presión exterior" (Discurso ante el Congreso, 12 de marzo). Y también en 1947, por parte de la URSS Jdanov explicita la pugna con EE.UU. de la forma ya mencionada (Discurso en la sesión inaugural de la Koninform, Szklarska Poreba, Polonia, 22 de septiembre). El término "guerra fría" se atribuye habitualmente a Bernard Baruch, financiero estadounidense y asesor presidencial, quien lo utilizó en 1947 (Discurso en Carolina del Sur, 16 de abril).

La mencionada desintegración de los viejos imperios coloniales resuelve el desajuste, ya previo a la guerra, entre la potencia económica de Reino Unido y Francia y su extensión colonial. Sin embargo,

el acceso a la "independencia" de las antiguas colonias o protectorados no significa la emancipación completa de estos países frente al imperialismo (...) [sino] nuevos tipos de vínculos, neocoloniales, que continúan para asegurar al imperialismo, incluso desestabilizado y desequilibrado, el acceso a los mercados y a los recursos que eran en el punto de partida la razón misma de la expansión colonial (Gill, 1983: 82-83)<sup>45</sup>.

#### 1.4. Europa del Este: expropiación, nacionalización y subordinación final a la URSS

Durante la guerra, en los países de Europa del este se van desarrollando amplias movilizaciones sociales por la liberación, favorecidos por el avance del ejército soviético y la descomposición del régimen nazi. Esto ocurre tanto en los países con regímenes colaboracionistas (Bulgaria, Hungría y Rumanía), como en aquellos otros simplemente ocupados (Polonia, Albania, Checoslovaquia y Yugoslavia; aunque en algunos de estos casos había habido regímenes pro-nazis en parte de sus territorios, como Eslovaquia en un caso y Croacia así como Serbia y Montenegro en el otro) (De Blas, 1994: 391). Un elemento común en todos los países es la recomposición y ascenso de las organizaciones obreras, en un contexto general de desprestigio de buena parte de los partidos burgueses, contaminados por su colaboración con la ocupación nazifascista. Estas organizaciones canalizarán las reivindicaciones de profundas transformaciones sociales y económicas.

Como consecuencia de todo ello se va a abrir un proceso general de carácter revolucionario, que realizará la expropiación de los latifundistas y el reparto de tierras entre los campesinos pobres, así como la nacionalización de numerosas empresas, en muchos casos abandonadas por sus antiguos propietarios, y que habían sido ocupadas espontáneamente por los propios trabajadores (...) Es significativo que en los documentos programáticos de los frentes políticos dirigidos por los partidos comunistas entre 1944 y 1945 no se contemplara ningún programa nacionalizador (...) Inicialmente, durante el primer año de la Liberación, sólo fueron incautadas las firmas anteriormente propiedad de alemanes (...). Parece que la actitud de los obreros, sobre todo de las regiones más industrializadas, fue determinante para el inicio de las nacionalizaciones. Dicho proceso fue más lento allí donde ejército soviético ejerció el control directo sobre importantes sectores industriales, considerados como 'botín de guerra', tal fue el caso de los países 'ex enemigos' (...). (De Blas, 1994: 391-392).

Fue difundido por el periodista Walter Lippmann, con el que dio título a su libro también de 1947. Pero ya en 1945 George Orwell había utilizado la expresión en un texto titulado "You and the Atomic Bomb", publicado en *Tribune* (19 de octubre). A la idea de un enfrentamiento real y frontal se adherieron muchas corrientes, incluso en torno a ella se produce el abandono de las posiciones trotskistas por un sector de la propia dirección de la IV Internacional (encabezado por Michel Pablo), al sustituir la lucha de clases como principal conflicto, por la "lucha entre bloques" (véase Gauthier, 2009: 61).

45. Véase, en general, el apartado completo "La desintegración de los imperios coloniales" (Gill, 1983: 82-89).

La aplicación de planes económicos para la reconstrucción permitió que la producción remontara y, con ello, ir abordando esas reivindicaciones:

a lo largo de 1948, el nivel de producción de preguerra fue superado en la mayoría de países, en particular en la industria, aunque la agricultura continuó atrasada. Esta rápida recuperación se tradujo también en importantes conquistas sociales para la población: ampliación y mejora de la enseñanza y sanidad públicas, con una importante caída del nivel de analfabetismo y de la mortalidad infantil; incremento notable del empleo y del número de beneficiarios de la seguridad social; reducción de la diferencia entre el nivel ingresos y consumo per cápita del conjunto de los activos potenciales (incluidos los parados); mejora del nivel de renta de los campesinos, etc., aunque el nivel de consumo de la población creció a un ritmo menor a causa del retraso de la agricultura y del hecho de que el crecimiento mayor se concentró en las industrias de bienes de producción (De Blas, 1994: 392).

Pero la situación se encaminaba hacia procesos abiertamente revolucionarios, no controlados:

incluso en el caso de ocupación militar, Stalin se opone a la toma del poder durante todo el tiempo en que perdure una seria agitación en el país en cuestión (...) No ordena la 'acción directa' más que allí donde sus emuladores operan en plena apatía general de las 'masas'. A partir del momento en que éstas comienzan a moverse con sinceridad, los estalinistas reciben la consigna de establecer una coalición con sus adversarios (...) El objetivo es volver a sujetar a las masas revolucionarias cuya vanguardia pretenden ser los estalinistas. Una vez domesticadas, serán utilizadas al día siguiente para desembarazarse de los aliados del momento: la 'revolución nacional democrática' se verá entonces completada, proclamándose el comienzo de la 'edificación del socialismo'<sup>46</sup>.

Ante ello, la URSS estalinista intervendrá, aboliendo las libertades democráticas y sustituyendo la organización independiente de la clase trabajadora por partidos y sindicatos "de Estado"<sup>47</sup>. Se trata de constreñir esos procesos revolucionarios para encuadrar la situación en el marco establecido en Yalta y Potsdam, para lo que se impondrán regímenes títeres de Moscú. Entre los primeros efectos se encuentra uno muy relevante, de carácter económico:

la presencia soviética en los Estados del este de Europa, conduce a un verdadero pillaje: "reparaciones" de guerra, desmantelamiento de las fábricas hacia la URSS, pillaje de las materias primas y producciones agrícolas<sup>48</sup>.

46. De Blas (1994: 394), tomado de Broué (1963: 596), quien a su vez cita al historiador británico Paul Barton.

47. "La represión se cebaría con especial saña contra muchos cuadros comunistas que dirigieran la resistencia desde la clandestinidad y los dirigentes socialistas y socialdemócratas que se opusieron a la absorción de sus organizaciones por los partidos comunistas estalinistas". (De Blas: 1994: 394).

48. "En 1946, el 64% de la producción húngara parte como pagos de guerra hacia la URSS" (Gauthier, 2009: 57). "Algunos autores evalúan entre un quinto y un tercio del PNB de los primeros ocho años de posguerra (...) En el caso húngaro los pagos a la URSS en concepto de reparaciones de guerra ascendían a 300 millones de dólares, lo que equivalía a la mitad del PNB de preguerra, a esta cifra habría que añadir los gastos generados por el mantenimiento de las tropas de ocupación del Ejército Rojo (...) EE.UU. tampoco reintegró las propiedades que el ejército alemán había sacado de Hungría y que suponían una elevada cifra". De Blas (1994:

inmediatamente se aplicará el "mecanismo económico estalinista" (MEE) aplicado en la URSS desde finales de los años veinte, de una forma totalmente mimética<sup>49</sup>. La nacionalización de sectores clave de la industria y las finanzas, la planificación económica y el monopolio del comercio exterior van a permitir, a pesar de las distorsiones con que se aplican, que países relativamente atrasados se industrialicen, de forma igualmente análoga a la experiencia soviética previa. Son los casos, en general, de Polonia, Hungría y, sobre todo, Bulgaria y Rumanía (otros países, como Checoslovaquia o la República Democrática de Alemania, procedían de un punto de partida distinto, porque ya habían conocido un cierto grado de industrialización).

Pero el problema es el tipo de industrialización, pues en todos los países del bloque se lleva a cabo "en paralelo", es decir, de forma similar y, por tanto, no complementaria. La ausencia de especialización provocaría a su vez que la producción tuviera una calidad deficiente, así como que, especialmente en algunos países, se generaran distorsiones por sus grandes necesidades de materias primas y energía (aportadas por la URSS), así como por su reducido tamaño, contradictorio con la opción de volcarse en la industria pesada (De Blas, 1994: 400). En definitiva, se van a ir conformando unas economías industrializadas o relativamente industrializadas, pero muy poco competitivas. Sin embargo, estas economías necesitan otros insumos, lo que las llevará a recurrir, cada vez más, al mercado mundial. Pero por todo lo expuesto, esta apertura al exterior se hará de una forma muy vulnerable, tal y como se explica con detalle en el segundo apartado del último capítulo de este libro.

Aunque en adelante la URSS ya no esté completamente aislada como en los años veinte, la subordinación en el contexto mundial permanece. Máxime considerando que se trata de una:

región caracterizada globalmente por un retraso económico considerable con respecto a los países capitalistas desarrollados. Los países de Europa del Este (sin la RDA, pero con Yugoslavia) representaban, antes de la guerra, solamente el 8% del equipamiento y de la producción industrial europea, y la mayoría de su población dependía todavía de la agricultura, a excepción de la RDA y de Checoslovaquia (...) En 1950, el valor añadido por habitante en los países de Europa oriental no representaba nada más que el 45% del de las economías desarrolladas (...), y la productividad del trabajo en la industria en la URSS -polo dominante del 'campo socialista'- era alrededor del 30% de la de los Estados

395), basado en Brus, Włodzimierz (1986); *Histoire économique de l'Europe de l'Est (1945-1985)*, La Découverte, París (pág. 22); en Crosnier, Marie-Agnès y Tompa, Michel (1986); "Monographies. Hongrie", *Le Courrier des pays de l'Est*, nº 309-310-311, París, agosto-septiembre-octubre (pág. 39); y en Szerencsés, Károly (1991); *Magyarország története a II. világháború után (1945-1975) [Historia de Hungría después de la II Guerra Mundial]*, ed. IKVA, Budapest (pág. 56).

49. "El mimetismo llegaría hasta sus extremos más irracionales, incluida la colectivización forzosa, que, además de la correspondiente oleada de terror, provocó la destrucción masiva de fuerzas productivas en el campo, haciendo su aparición el hambre y favoreciéndose también una situación de 'autoaislamiento económico' (aunque esta vez ya no sería nacional, sino de 'bloque'). Las cartillas de racionamiento, que en Polonia y Hungría habían desaparecido en 1948-49, tuvieron que ser de nuevo restablecidas en los años '50. En Checoslovaquia, donde no se habían llegado a eliminar, se tuvo que ampliar la lista de bienes racionados" (BRUS; 1985, pág. 25, tomada de De Blas (1994: 394). "Sobre estas bases de desorden económico y caos social, generadas por el estalinismo, se realizará la industrialización acelerada, que conducirá a la implantación de una serie de estructuras económicas 'paralelas' en el terreno industrial, no complementarias entre sí, marcadas todas ellas por una relación bilateral con la URSS (que luego será la base del funcionamiento del CAME). El mecanismo de intercambio, basado en un sistema cercano al trueque ('clearing'), será un claro exponente, desde el punto de vista monetario, de la ausencia de una integración económica regional que no era deseada desde Moscú" (De Blas, 1994: 393; citando a Brus, Włodzimierz (1986); *Histoire économique de l'Europe de l'Est (1945-1985)*, La Découverte, París, 1986, pág. 25).

Unidos (...). El mismo año, la parte de los países del Este en la producción industrial mundial era del 17%, mientras que la de los países capitalistas desarrollados era del 75%. Comparando el volumen de la producción (cantidades físicas) de ciertos productos industriales importantes en el 'campo socialista' con la de los países que constituyeron un poco más tarde la OCDE, encontramos que en el año 1948 la producción de sosa cáustica era el 15,4% de la producción de los 'países-OCDE'. El porcentaje era del 21,1% para carbón de coque [metalúrgico], el 18,8% para el hierro colado y las aleaciones ferrosas, 19,4% para el acero bruto (...) el 10% para los vehículos industriales, el 16,2% para la producción de energía eléctrica. En cualquier caso, solamente la producción de Estados Unidos era superior a la de todos los países del Este en conjunto, incluyendo la URSS (...)<sup>50</sup>.

Dicho de otro modo: pese a contar con el bagaje industrial de Checoslovaquia y la RDA, así como con el desarrollo experimentado en la URSS gracias a la expropiación del capital y la planificación económica (aunque se hubieran conducido deformadamente en el marco del MEE), pese a todo ello estos países no van a poder competir económicamente con las potencias capitalistas, Estados Unidos en primer lugar y Reino Unido, Francia, la República Federal de Alemania y Japón a continuación (potencias que han podido reconstituirse como tales gracias a la colaboración de la URSS estalinista, sobre todo las europeas, pero indirectamente todas).

Incluso allí donde la dirección de la resistencia había estado en manos de organizaciones comunistas de obediencia estalinista, se producirá también la reconstrucción de la economía capitalista y su Estado, en unos casos con la colaboración de éstas (Italia y Francia...), en cuyo caso la burguesía se vio obligada a hacer importantes concesiones al movimiento obrero (particularmente los sistemas de seguridad social) en otros casos la reconstrucción de la economía capitalista y su Estado pasará por la liquidación de las organizaciones que habían dirigido la resistencia, que se realizó con el visto bueno de los dirigentes moscovitas (Grecia)<sup>51</sup>.

En resumen, la clave del período que se inicia radica en que la dirección estalinista renuncia a levantar una posición política independiente, apoyada en las mencionadas posibilidades económicas, aunque limitadas, y, sobre todo, en su gran influencia política y sindical en organizaciones de Europa occidental y el mundo entero (especialmente en países donde su peso era decisivo, como Francia o Italia). En el terreno económico esto se expresa en el hecho de que en el seno del bloque de países bajo su dominación, se carezca de una organización que permita un desarrollo acorde a las posibilidades.

En efecto, se podría haber impulsado una auténtica integración económica supranacional, basada en el potencial soviético y en la experiencia industrial de Alemania oriental y Checoslovaquia. Además, se podrían haber conducido de otra manera las relaciones económicas con las potencias capitalistas, cuyos boicoteos siempre podrían haber sido atemperados por

50. Rizopoulos, Giorgios A. (1987), "Plan et politique industrielle en Hongrie, face aux contraintes de l'environnement international", *Thèse de doctorat*, Paris XIII, Villeteneuse. París, págs. 126-127; tomado de De Blas (1994: 395).

51. Véanse De Blas (1994: 396-397) y Laqueur, Walter (1985); *Europa después de Hitler*, 2 vols., Sarpe, Madrid.

la presión del movimiento obrero bajo su influencia<sup>52</sup>. Efectivamente, otro marco de relaciones económicas extrabloque habría podido constituir una palanca para el acceso a avances tecnológicos, etc. (como se apunta en la ya comentada posición de Lenin ante la Conferencia de Génova de 1922)<sup>53</sup>.

Sin embargo, la orientación de Stalin ya desde la victoria de Stalingrado, que marca un giro en la Segunda Guerra Mundial, se había decantado inequívocamente hacia el pacto con las potencias capitalistas en el terreno político, disolviendo incluso la Internacional Comunista el 16 de mayo de 1943<sup>54</sup>. Pero en el terreno económico mantuvo la bandera de la autarquía, justo lo contrario de la tradición bolchevique que expresa la frase de Lenin.

En estas economías del este europeo, además de la subordinación a los intereses de Moscú, se establecen unos intereses específicos de las respectivas burocracias nacionales resultado de las correspondientes purgas<sup>55</sup>. Estas burocracias requieren una base económica sobre la que levantar su poder político y los privilegios asociados a él (lo que en términos económicos supone destinar una parte del excedente a consumo improductivo). Y esa base se concreta en la orientación autárquica, defendida en la noción de "socialismo en un solo país", que se transmuta a una suerte de "socialismo en un solo bloque", con su correspondiente "división internacional socialista del trabajo", lo que llevará a la teorización de "dos mercados, el mercado capitalista y el mercado socialista, ambos de carácter mundial!" (De Blas, 1994: 399)<sup>56</sup>.

52. Por ejemplo, el Comité Coordinador para el Control Multilateral de las Exportaciones Estratégicas (COCOM), "creado en 1949 y que en 1952 estableció la prohibición de exportar al Este productos que pudieran ser utilizados en la fabricación de armamento o que incorporaran una tecnología puntera, así como algunos otros tipos de materiales escasos. Dicha prohibición afectaba aproximadamente a la mitad de las mercancías que participaban en el comercio internacional"; Lavigne, Marie (1979); *Les relations économiques Est-Ouest*, PUF, París (pág. 68); Rizopoulos (1987: 138); tomados de De Blas (1994: 398). No obstante, la competencia entre capitales limita las posibilidades de boicoteo, habida cuenta de que más allá del interés político del capital como clase (el boicoteo a la experiencia soviética), están los intereses económicos de cada capital particular (hacer negocio con quien sea, la URSS incluida).

53. "Entre 1920-1930, la Unión Soviética autorizó 125 concesiones y alrededor de 93 empresas mixtas... Para ciertas industrias, ramas y productos, el papel del capital extranjero era sustancial. Así, por ejemplo, su parte en la extracción de cobre alcanzaba alrededor del 10% en 1925-1928, 20-60% en la plata y el plomo y alrededor del 3% en la metalurgia no ferrosa... En el curso de los años treinta, marcados por una centralización creciente de la economía soviética y la transformación del clima político interno, tanto las concesiones como las empresas mixtas han sido liquidadas progresivamente. El favor de las autoridades se dirigió hacia los proyectos de asistencia técnica y la entrega de fábricas llave en mano. En 1939 no quedaban en actividad más que seis concesiones y empresas mixtas. La última concesión --para la explotación de cables submarinos-- ha finalizado en 1946"; Monkiewicz, Jan y Lebkowski, Maciej (1987); "Les entreprises a participation étrangère installées dans les pays socialistes. Étude Comparative", *Revue d'études comparatives Est-Ouest*, n° 1, París, marzo (pág. 89-90). Tomado de De Blas (1994: 398).

54. "La prensa americana no oculta su alborozo: Triunfo diplomático de un alcance muy superior al de las victorias de Stalingrado y del cabo de Bon! (...) ¡El mundo respira, la vieja locura de Trotsky ha sido abandonada! El sueño de Marx ha concluido! El Chicago Times saludó la decisión en estos términos: 'Stalin ha matado a los devoradores de la fe marxista. Ha ejecutado a los bolcheviques cuyo reino era el mundo y que aspiraban a la revolución universal!' El New York Times, con más realismo, enumera las condiciones que contribuirán a hacer del resultado final algo más interesante (...)" (Broué, 1963: 571-572).

55. "En el este de Europa, en tres años el 25% de los efectivos de los PC son tocados [por las purgas]. Son eliminados también los secretarios generales de los PC: Kostov (Bulgaria), Gomulka (Polonia), Slansky (Checoslovaquia), y muchos otros dirigentes", Gauthier (2009: 58).

56. Stalin lo formuló en "Los problemas económicos del socialismo en la URSS" y la argumentación oficial apelará a planteamientos tan simplistas como los cambios en la composición del comercio exterior de estos países, que "se caracterizaba por la disminución relativa de la parte de los Estados capitalistas y el incremento de la correspondiente a los países del socialismo. Así, el peso relativo de aquéllas se redujo del 88%, en 1937, al 35% en 1951, mientras que la parte del intercambio comercial recíproco de los actuales países socialistas de Europa se acrecentó del 11,7% al 65%, durante el mismo período" (Sanakóev, S. (Sia); El sistema socialista mundial, Progreso, Moscú; tomado de De Blas (1994: 399).

### 1.5. Colaboración y conflicto en el marco de la llamada "guerra fría"

Para explicar cabalmente la situación mundial del período es necesario considerar todos los aspectos que subyacen en un contexto tan convulso, que sin embargo suele simplificarse con la simplista fórmula de "guerra fría". Una expresión de ese contexto de la llamada "guerra fría" es la forma en que Checoslovaquia se convierte en el último país que, en la inmediata posguerra, acaba encuadrándose en el bloque estalinista. Fue tras los acontecimientos conocidos habitualmente bajo el nombre de "golpe de Praga". Desde los cambios policiales del 21 de febrero de 1948 y la convocatoria de la huelga general del 25, la situación culmina con la proclamación del gobierno Gottwald el 12 de mayo de 1949 (Checoslovaquia había sido traicionada por las potencias capitalistas justo diez años antes, en los Acuerdos de Munich del 30 de septiembre de 1938, que había dado vía libre a la ocupación por Hitler de una parte del país). Aunque el hecho más elocuente de dicho contexto de "guerra fría" es el bloqueo que, fallidamente, trata de imponer Stalin a Berlín occidental durante casi un año (entre el 24 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949), en respuesta a la unificación de las otras tres zonas de ocupación (la británica, la estadounidense y la francesa) y el establecimiento del Deutschemark allí.

Si por parte de la URSS estalinista existe esa contradicción ya mencionada, que se refleja en pretender competir con Estados Unidos y, sin embargo, establecer formas de colaboración, por parte de EE.UU. no hay ambigüedad alguna:

El mantenimiento del orden capitalista mundial exige para Estados Unidos, no solamente deshacer el movimiento de las masas y los pueblos, sino también ir hasta el final de esta ofensiva que cuestiona la existencia del Estado obrero soviético fundado en la expropiación del capital, existencia contradictoria, cualquiera que sea la política de la burocracia, con el sistema capitalista (Gauthier, 2009: 57).

Pero, a la vez, las dificultades para mantener su orden, le plantea la necesidad de la colaboración:

Si bien el imperialismo americano no ha renunciado a su objetivo fundamental (derribar las relaciones sociales en la URSS), debido a la situación mundial abierta tras la guerra, él no puede pretender desempeñar solo el papel de gendarme del mundo. De cara a preservar el orden mundial, debe apoyarse más aún en el Kremlin. Tal es lo que está en juego en el acuerdo entre el Kremlin y la Casa Blanca frente a la lucha de clases. Puesto que ésta no se pliega a los acuerdos entre la URSS y los Estados Unidos (ibídem: 70).

En los años siguientes tendrán lugar otros hechos relevantes, que se añaden al cuadro mencionado: por ejemplo, la unificación de prácticamente todo el territorio chino gracias a la revolución. En 1945 existen dos Chinas: por una parte, la controlada por el Kuomintang (partido nacionalista chino de Chiang Kai-shek), que es reconocida por la ONU y ayudada por EE.UU. Por otra parte, la controlada por el PC chino de Mao Zedong, presionada por Stalin para el reconocimiento del Kuomintang. Pero sobre el trasfondo de la lucha de clases, la guerrilla comunista despliega una ofensiva que el 1 de octubre de 1949 desemboca en la proclamación de la República Popular de China:

independientemente de la naturaleza burocrática de la dirección maoísta y del Estado que nace, es una expresión de la oleada revolucionaria mundial que ve a los pueblos, como el pueblo chino, querer establecer su soberanía (ibídem: 59)<sup>57</sup>.

En 1949-1950 el Kuomintang establecerá un Estado no democrático en la isla de Taiwán, con el apoyo de Estados Unidos.

Por otro lado, en los distintos países de Europa del este habrá numerosos episodios de movilizaciones y estallidos sociales, que tienen el denominador común de rechazar el estalinismo desde posiciones de defensa de las conquistas de la clase trabajadora. En 1953 se levanta un potente movimiento huelguístico en Berlín este, que acaba convirtiéndose en un auténtico estallido revolucionario los días 16 y 17 de junio. Previamente, entre el 31 de mayo y el 1 de junio, se ha producido una gran revuelta en la ciudad checoslovaca de Pilsen. Y apenas un mes después, en julio, tiene lugar el levantamiento del campo de concentración del Gulag en Vorkutá (URSS), que durará hasta el 1 de agosto<sup>58</sup>. En junio de 1956 tienen lugar las revueltas obreras de Poznan (Polonia), relanzadas en otras ciudades como Bydgoszcz en noviembre y en Szczecin en diciembre. Son precedente a su vez de la revolución húngara de los consejos obreros de 1956, que se extiende desde el 23 de octubre hasta el 10 de noviembre y cuyo contenido de clase resulta inequívoco: "las plataformas de los consejos obreros afirman su apego al socialismo y su aversión a la burocracia estaliniana" (Gauthier, 2009: 64). Año en el que también hay grandes huelgas en la URSS: en Moscú, Leningrado, la región de los Urales y del Dombass. En los años sesenta, setenta y ochenta hay muchos otros levantamientos, entre los que destacan la Primavera de Praga en 1968 y las huelgas de 1980-1981 en Gdansk, impulsadas por el sindicato independiente Solidaridad (De Blas, 1994: 404 y 452).

Pero también del lado capitalista hay muestras de la imposibilidad de un orden imperialista equilibrado y estable. Entre ellas destacan las conflictivas situaciones en Palestina, Corea o Vietnam. La gravedad de la situación en el territorio palestino se extiende hasta la actualidad: se trata de la ocupación y desmantelamiento de Palestina, "donde se constituye un Estado cabeza de puente americano en la región" (Gauthier, 2009: 56). En efecto, el 14 de mayo de 1948 se proclama el Estado de Israel, tras la cesión del viejo imperialismo británico dominante en la región, que tenía un mandato sobre Palestina desde 1918. El nuevo Estado es inmediatamente reconocido por EE.UU. y la URSS. La victoria sionista en la guerra que se desencadena tras esta proclamación, llevará a la expulsión de cientos de miles de palestinos. Francia y Reino Unido intentan utilizar a Israel contra Egipto, haciendo que le ataque el 29 de octubre de 1956. Esto ocurre en el contexto de la nacionalización del Canal de Suez, de enorme importancia geoestratégica, anunciada por el coronel Nasser el 26 de julio de 1956, tras su llegada al poder en 1954 encabezando un grupo de jóvenes oficiales nacionalistas. Pero EE.UU. impone que se detenga la operación. Otros hechos que muestran el deterioro de los imperialismos en declive, concretamente el francés, tienen lugar en el Magreb. En particular

57. "La toma del poder por el PC chino en 1949 no condujo con todo a la toma del poder por el proletariado. Se pone en marcha un régimen burocrático, que desde el principio exterminó los consejos obreros que están formándose. En un primer momento, el objetivo de Mao no es la expropiación del capital sino la constitución de un Estado de 'democracia nueva', que deja un amplio lugar a la burguesía. No es hasta 1952, en el marco de la guerra de Corea, que la burocracia empujada por las masas chinas es forzada a ir más allá de su proyecto inicial y proceder a la expropiación del capital" (Gill: 1983: 82).

58. Gulag es un aerónimo en ruso de la Dirección General de Campos de Trabajo (Glavnoie Upravlenie ispravitelno-trudovoj Lageréi i kolonij).

la guerra de liberación nacional argelina, desde 1954, que tras no pocos acontecimientos de gravedad culmina en su independencia, establecida el 18 de marzo de 1962 en los Acuerdos de Evian y proclamada el 5 de julio de 1962<sup>59</sup>. Independencia que se suma a las de Marruecos y Túnez, logradas en 1956. Respecto al declive británico, el hecho más importante es la independencia de India, proceso que culmina el 15 de julio de 1947 con su partición en dos nuevos Estados: India (de mayoría hindú) y Pakistán (de mayoría musulmana).

Destaca asimismo la explosiva situación en Corea, que desemboca en una guerra que provoca más de dos millones de muertos. Tras el hundimiento japonés y la revolución china, Corea se divide en dos zonas separadas por el paralelo 38: en el sur un régimen proestadounidense y en el norte el prosoviético de Kim-il.Sung. Después de muchas escaramuzas, el 25 de junio de 1950 las tropas del norte atraviesan el paralelo 38 y avanzan hacia el sur; EE.UU. bombardea el norte y envía tropas respaldadas por la ONU (con la ausencia de la URSS en el Consejo de Seguridad), que avanzan hasta tomar Pyongyang el 19 de octubre. El 16 de octubre China envía también tropas y hace retroceder a las estadounidenses, alcanzando a tomar Seul el 4 de enero de 1951. La situación militar se estanca y finalmente se firma un armisticio en julio de 1953.

El caso de Vietnam es igualmente sangrante. Tras la proclamación de la República Democrática de Vietnam el 2 de septiembre de 1945 en Hanoi, y tras su posterior reocupación por las tropas francesas en septiembre, poco después, el 6 de marzo de 1946, imponen al dirigente del PC Ho Chi Minh la firma de un acuerdo que establece a Vietnam como un Estado libre, pero miembro de la Unión Francesa. Mas sólo doce días después, el 18, el ejército francés entra en Hanoi y después bombardea territorio vietnamita, provocando miles de muertos. Ho Chi Minh desencadena la guerrilla y comienza la primera parte de la guerra de Indochina o Vietnam. Hasta 1954 en que se culmina la derrota francesa con la firma de un acuerdo que divide el país en dos. EE.UU. ocupa el lugar de Francia, apoyando un gobierno títere en el sur. La situación acabará desembocando, en 1964, en el inicio de la segunda parte de la guerra de Vietnam, que no finalizará hasta la toma de Saigón el 30 de abril de 1975 y la unificación del país en la República Socialista de Vietnam, proclamada el 2 de julio de 1976. El conflicto se extendió también a otros países como Camboya y Laos y supuso una grave derrota de Estados Unidos, con un terrible balance: entre cuatro y seis millones de muertos. No sólo hubo brutalidad imperialista, sino también de distintas expresiones ultraestalinistas como la de Pol Pot en Camboya.

Otro ejemplo destacado es el caso cubano. La posición inicial de Fidel Castro, que luchaba contra la dictadura de Batista apoyada por Estados Unidos, era más bien nacionalista. Pero tras el triunfo de la revolución con su entrada en La Habana el 1 de enero de 1959, la situación desemboca en un punto de no retorno: no hay término medio. Por una parte, el empuje de las masas que quieren alcanzar sus aspiraciones democráticas; por otra parte, la violenta presión de EE.UU. Finalmente Castro gira hacia la URSS y el PC cubano, ajeno al movimiento castrista, al que incluso había denunciado, acabará siendo la base del nuevo poder, que derivará en una nueva expresión burocrática. Y Cuba será el escenario de

59. Entre esos acontecimientos se incluye el "golpe de Estado frío" de De Gaulle en 1958, que da lugar a una suerte de bonapartismo bastardo, porque fracasa el intento de acabar con el parlamentarismo y el régimen de partidos, así como fracasa también la pretensión de encuadramiento corporatista de los sindicatos, etc. Véase Gauthier (2009: 67-69).

un gravísimo episodio: el 14 de abril de 1961, con J.F. Kennedy como presidente, la CIA impulsa un intento de invasión en la Bahía de Cochinos, que es rechazado. Y el año siguiente se desencadena la "crisis de los misiles", tras la amenaza estadounidense de recurrir al uso de la fuerza contra Cuba (Declaración del Congreso del 3 de octubre de 1962): el 14 de octubre aviones estadounidenses detectan misiles soviéticos en la isla, el 22 Kennedy anuncia que están listos para la guerra y, finalmente, Jruschov hace retirarlos el día 28.

El trasfondo de todas estas expresiones de que las costuras del orden imperialista son inevitablemente débiles, no es otro que las contradicciones del modo capitalista de producción llegado a su estadio imperialista. Incluso en EE.UU., donde obviamente (como en cualquier sociedad capitalista) también hay presión social: *"la supresión de las ventajas salariales concedidas durante el esfuerzo de guerra, provoca en los mismísimos Estados Unidos, una oleada huelguista (100 millones de horas de huelga) en 1946"* (Gauthier, 2009: 56). Y donde entre 1950 y 1956 se desarrolla la llamada "caza de brujas" del senador McCarthy y el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso que, a partir de una sistemática campaña de persecución a través de acusaciones y delaciones, sin importar su veracidad, acabó adquiriendo un poder considerable; poder que aplicó subvirtiendo pautas democráticas tan elementales como la presunción de inocencia y que afectó especialmente a muchas personalidades de la administración, la ciencia y la cultura, provocando su expulsión de sus ámbitos de trabajo. La persecución política a toda expresión de "disidencia" muestra la magnitud de las contradicciones incluso en el propio corazón del imperio<sup>60</sup>.

## 2. La economía posbélica (1945-1970): ¿"edad dorada" o "huida hacia delante"?<sup>61</sup>

En el período 1945-1970 tiene lugar una notable recuperación económica, materializada en un crecimiento generalizado al conjunto de las economías desarrolladas, aunque con importantes diferencias entre ellas, y sostenido durante varios lustros, aunque también con importantes diferencias entre ellos. Al amparo de esta recuperación y este crecimiento, el período ha sido utilizado como supuesto referente de la capacidad de la economía capitalista para impulsar nuevos desarrollos de las fuerzas productivas y, en definitiva, se menciona como presunta prueba de que bajo el capitalismo se pueden resolver los problemas de la humanidad.

En este sentido, la idea de que este período supone la edad dorada (aunque esta expresión ya se hubiera mencionado para el lapso 1870-1914); se plantea para reivindicar la posibilidad siempre abierta de su reedición. Sin embargo, simplemente considerando su ubicación histórica ya se aprecia su carácter excepcional. En efecto, este período sigue de forma inmediata a la Segunda Guerra Mundial (colofón a su vez de la convulsa situación previa) y antecede, también de un modo inmediato, a la grave crisis de los setenta. Pero ampliando la mirada se observa que antes de la guerra tampoco había habido un extenso período de crecimiento, sino unos años muy convulsos, los treinta e incluso los veinte que, de hecho, empalman con la Primera Guerra Mundial. Y después de 1970 no se ha

60. La identificación de la "caza de brujas" con la figura de McCarthy, a la que se presenta incluso como enfermedad, pretende esconder el hecho de que se trata de una actividad del aparato de Estado.

61. Todo este apartado se basa en Arrizabalo (1997: 49-73).

producido ningún proceso de crecimiento realmente amplio y duradero, constatándose así la inviabilidad de que en el capitalismo se lleve a cabo ya una recuperación generalizada y sostenida del proceso de acumulación. En resumen, sólo con considerar la trayectoria general de la acumulación capitalista a escala mundial, ya se pone de relieve el carácter excepcional del período 1945-1970.

En definitiva, la recuperación y crecimiento de este período no obedece a un comportamiento cíclico que, como decíamos, supuestamente mantendría siempre abierta la posibilidad de nuevos despliegues de la acumulación. Se trata, como argumentaremos *in extenso* a continuación, de una huida hacia delante plausible gracias a cuatro tipos de factores, todos y cada uno de ellos verdaderamente excepcionales: a) la estabilidad social y política que se logra gracias a las concesiones que pueden hacer las burguesías y a la colaboración de las dos principales corrientes del movimiento obrero (socialdemocracia y estalinismo) para contener todo riesgo de explosión revolucionaria; b) la estabilidad monetaria internacional impuesta por la indiscutible posición dominante de Estados Unidos (del capital financiero estadounidense); c) las condiciones excepcionales de la posguerra (entre otras, enormes posibilidades de negocio en la reconstrucción y tasa de plusvalía muy elevada), y d) los medios artificiales de crecimiento (sobreexpansión del crédito y economía de armamento).

De hecho, la forma más sencilla de explicar la crisis de los setenta y el período histórico que abre es fijándose simplemente en los fundamentos últimos de la recuperación y el crecimiento del período 1945-1970. Para decirlo gráficamente, estos fundamentos tienen fecha de caducidad, ya que, volviendo a los cuatro factores, el conflicto entre capital y trabajo es incontenible de forma permanente; Estados Unidos es el único gigante pero cada vez lo será más con pies de barro; las condiciones de la posguerra eran eso, excepcionales y su efecto se difumina y acaba desapareciendo; finalmente, los medios de crecimiento artificiales sólo son un parche cuya condición acaba revelándose necesariamente, a medida que las contradicciones de fondo se expresan.

O dicho de otra forma: lo excepcional no son las crisis, que no dejan de estallar y cada vez con más intensidad; lo excepcional fue este período, sólo explicable por la concurrencia de esos factores tan singulares.

### 2.1. Ni "treinta" ni "gloriosos"<sup>62</sup>

Como ya se ha apuntado, el período posterior a la Segunda Guerra Mundial se presenta a menudo como idílico, hasta el punto de calificarlo como "edad dorada del capitalismo" o "treinta gloriosos" o "largo boom". Con ello se le pretende hacer pasar como la prueba de que el capitalismo puede desembarazarse de sus contradicciones y así poner en marcha nuevos procesos de desarrollo de las fuerzas productivas. Pero esta posibilidad no solamente se sostiene desde las visiones más abiertamente apoloéticas, que presentan el período con esos grandilocuentes calificativos. También otros autores y corrientes que se reclaman de un enfoque crítico, plantean formulaciones que se adhieren *de facto* a la idea de que puede haber nuevos

62. La expresión "treinta gloriosos" se extiende con la obra de Jean Fourastié *Les Trente Glorieuses ou la révolution invisible de 1946 à 1975*, publicada en 1979. Fourastié había tenido responsabilidades directas en la gestión económica durante dicho período, pues fue colaborador de Monnet, trabajó en la OEEC, la CECA y la ONU y fue también editor de *Le Figaro*.

redespliegues capitalistas, que impulsen efectivamente las fuerzas productivas. Por ejemplo, el "capitalismo monopolista de Estado" de Boccara o el "neocapitalismo" de Mandel<sup>63</sup>.

En los dos primeros capítulos se ha explicado algo obvio que en ningún caso puede ser dejado de lado, a saber, que la comprensión rigurosa de los procesos sociales exige ir más allá de las apariencias. Por eso mismo el significado del período 1945-1970 no puede explicarse simplemente con los datos de crecimiento de la producción, ni tampoco considerando únicamente sus determinantes inmediatos o la forma en que se materializa dicho crecimiento.

Por tanto, son muy limitadas las explicaciones que, por ejemplo, asignan el factor decisivo para la caracterización del período a la organización "fordista" del trabajo y el patrón de consumo de masas asociado a ella. Este patrón se identifica con la idea de que el trabajador que fabricara un coche debía tener un salario que le permitiera comprar ese coche (el 5 de enero de 1914 Henry Ford había anunciado pomposamente el salario de *Five-Dollars-Per-Day*). Aparentemente las cuentas salen, pues el aumento de la producción, gracias a la mayor productividad, se acompaña de un aumento de la demanda, gracias a los mayores salarios. Sin embargo, de nuevo las apariencias engañan, ya que el impulso a la demanda, mediante el aumento del poder de compra de los trabajadores, se constituye realmente a través de su acceso al crédito (que en realidad no incrementa su capacidad adquisitiva sino que la anticipa). Y en adelante el endeudamiento de los trabajadores debilita su posición, al quedar más subordinados a la empresa por su necesidad acrecentada de ingreso para hacer frente a la devolución del crédito (esto provoca que se limita su posibilidad de organización, movilización o incluso simplemente de renuncia a hacer horas extras, etc.).

Lo mismo ocurre cuando se sitúa como factor decisivo la incorporación, por ejemplo, del petróleo como principal recurso energético o de las innovaciones técnicas o todos ellos juntos. Porque una cosa es que formen parte del engranaje a través de la cual se materializa el proceso de recuperación y crecimiento, como efectivamente ocurre, y otra muy distinta pretender que, aunque sea combinadamente con otros elementos de rango similar, permitan una caracterización rigurosa del período 1945-1970. Esta pretensión no deja de ser una quimera, porque dicha caracterización exige un análisis tan profundo como para llegar a las relaciones sociales decisivas en torno a las cuales se verifica efectivamente el fundamento de ese crecimiento: las relaciones que vinculan en primer lugar a la clase capitalista con la clase trabajadora, para la producción de plusvalía suficiente. Y, en segundo lugar, las relaciones que vinculan a los distintos capitales entre sí, para el reparto de dicha plusvalía de cara a la apropiación individual de sus fracciones, en tanto que ganancias particulares de cada uno de ellos. Y todo esto en el marco del estadio histórico del capitalismo durante esos años, que hemos caracterizado como imperialista. No se trata de un asunto cualquiera. Es una cuestión absolutamente central, la más importante y decisiva porque remite precisamente, y de

63. Paul Boccara (1974); *Étude sur le capitalisme monopoliste d'État, sa crise et son issue*, Ed. Sociales, París. Mandel, Ernest (1969); *Ensayos sobre el neocapitalismo*, Era, México, 1971. En ambos casos subyace una posición política que puede calificarse de muchas formas pero en ningún caso de posición independiente de clase. Desde una perspectiva no directamente política, hay otros análisis del período que tampoco sitúan en el centro de la explicación los factores de base que van a exponerse en los siguientes apartados, imprescindibles a nuestro modo de ver para una correcta caracterización de dicho período y su significado histórico. Véanse, por ejemplo, Baran, Paul A. y Sweezy, Paul M. (1966); *El capital monopolista*, Siglo XXI, México, 1968, Palazuelos, Enrique, ed. (1986); *Las economías capitalistas durante el período de expansión, 1945-1970*, Akal, Madrid. Aglietta, M. (1976); *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

forma directa, al carácter del estadio imperialista y, por tanto, a los límites del capitalismo. Plantea, en definitiva, la discusión acerca de su capacidad actual de desarrollo de las fuerzas productivas o, por el contrario, la necesidad de superación del orden capitalista<sup>64</sup>.

Precisamente por su trascendencia, no vamos a responder de forma inmediata a esta cuestión, sino que lo haremos a través del conjunto de esta segunda parte del libro, para su adecuada argumentación. Pero sí podemos anticiparla, de forma resumida, de acuerdo a lo explicado teóricamente en el capítulo tercero (el carácter contradictorio de la acumulación capitalista, derivado de la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia), de acuerdo asimismo a lo expuesto históricamente en el capítulo cuarto (la configuración del capital financiero oligopólico que, actuando a escala mundial, da lugar al estadio supremo del capitalismo, el imperialista) y de acuerdo por último a los antecedentes recientes presentados en el capítulo quinto (la destrucción creciente de fuerzas productivas que, en dicho estadio, exige la acumulación del capital; destrucción para la que ya no bastan las crisis, provocándose hechos tan brutales y devastadores como las guerras mundiales).

Parafraseando la mencionada fórmula, debe precisarse, en definitiva, que ni son treinta, ni son gloriosos. Sobre la base de los hechos, el período 1945-70 se revela inequívocamente como una huida hacia delante. No se trata de que las cuentas no salgan para completar treinta años (máxime considerando que prácticamente todo el primer decenio posbélico es, en esencia, de recuperación y considerando, asimismo, que desde mediados de los sesenta ya hay elementos de declive, al menos relativo)<sup>65</sup>. Se trata sobre todo de que la base del crecimiento radica en unas condiciones históricas excepcionales, conjuntamente con el recurso masivo a medios artificiales. Únicamente así se escenifica la ilusión de un capitalismo desembarazado de sus contradicciones. Pero su carácter ilusorio se acaba mostrando en toda su magnitud con el estallido de la crisis en los primeros años setenta.

## 2.2. Condiciones excepcionales de la posguerra

En el capítulo tercero se ha explicado que las crisis que son un resultado inevitable de la acumulación capitalista, al mismo tiempo desempeñan, al menos potencialmente, una función de saneamiento: destruyendo valores (fuerza de trabajo y medios de producción, por despidos y cierre de actividades), crean eventualmente las condiciones para restaurar la rentabilidad y, así, reanudar la acumulación. Pero en el capítulo cuarto también hemos explicado que esta secuencia no se da de forma automática, así como que, de hecho, en el estadio imperialista la situación es cada vez más complicada al respecto. O dicho de otro modo, la destrucción de la crisis no es suficiente para revertir las dificultades, aunque sólo sea transitoriamente, lo que acaba conduciendo a procesos mayores de destrucción. En este sentido, desde el punto de vista del proceso de acumulación la Segunda Guerra Mundial, a la que se llega como resultado de las contradicciones capitalistas que se

64. Véase Boisgontier (1977). En el último apartado del capítulo octavo volvemos a esta cuestión, incorporando para ello el balance de los acontecimientos más recientes que, sin duda, aporta luz sobre al respecto.

65. Para sumar los treinta años se puede tomar el período 1941-1971, pero implicaría incluir cuatro años de guerra. Considerar el lapso 1945-1975, supondría incorporar cuatro años posteriores a la ruptura del patrón dólar-oro de 1971. Por tanto, incluso condecorando solamente estos aspectos, ya se constata la falacia de hablar de "treinta años" de un desempeño económico "glorioso".

expresan en una competencia interimperialista descarnada, supondrá una importante palanca para la recuperación, por tres razones: a) los espacios que la destrucción de la base productiva abre en torno a su reconstrucción; b) la magnitud de la tasa de plusvalía, gracias a que durante la guerra se suspenden las garantías democráticas y las conquistas obreras (además de un debilitamiento de las organizaciones de la clase trabajadora, que son perseguidas de forma sistemática; aunque en muchos casos salen fortalecidas de la guerra gracias a su papel en los movimientos de resistencia) y c) la intensificación del pillaje de las economías dominadas.

En el primer apartado de este mismo capítulo se han expuesto datos suficientemente ilustrativos de la magnitud de la destrucción bélica: cincuenta millones de muertos, enormes caídas de la producción en sólo dos años, de hasta dos tercios en Alemania y de la mitad en Japón o Francia (en cinco años en este caso) (Maddison; 1992: 213). En estos tres países hay un dato muy significativo: el PIB francés de 1944 es el más bajo desde 1890; el japonés de 1945, el menor desde 1920. Y el alemán de 1946, el más reducido desde 1897. Por otra parte, resulta prácticamente incontable la destrucción en la industria, las infraestructuras, la actividad agrícola, ganadera, pesquera, forestal, etc.

El comercio internacional (es decir, el mercado mundial) también se hunde: las exportaciones del Reino Unido caen un 75,5% entre 1937 y 1943, situándose en un nivel 84% inferior al de 1913. Las exportaciones francesas caen un 90% entre 1938 y 1945, las alemanas un 97,5% en el período 1937-1945 y las japonesas un 97,9% entre 1937 y 1946. Esto significa una enorme caída desde 1913 (un 84% inferior en el Reino Unido, un 90,9% menor en Francia, un 98,4% en Alemania y un 86,5% en Japón, donde se había tocado techo en 1937, cuando habían sido un 425% superiores a aquel año 1913) (Maddison; 1991, 210-211).

Respecto a la tasa de plusvalía, durante la primera posguerra es muy elevada, pudiéndose hablar de una sobreexplotación de la fuerza de trabajo. Esto se debe a las especiales circunstancias del momento histórico. En primer lugar, porque en el contexto de la guerra las garantías laborales han sido suspendidas, en mayor o medida, en todos los países. Pero aún más en los países con regímenes fascistas u ocupados por éstos, donde los sindicatos y partidos obreros han sido perseguidos y hasta eliminados, o al menos descabezados, diezmados y su actividad prohibida. En segundo lugar, porque la orientación política de las direcciones de las principales organizaciones es de cierre de filas con sus burguesías nacionales respectivas (de "paz social"), de acuerdo a lo acordado en Yalta y Potsdam. Y en tercer lugar, por la presión del enorme ejército industrial de reserva, constituido por desempleados y subempleados, en un contexto en el que lo que está en juego para gran parte de la población es la supervivencia.

Resultado de todo esto es la contención del salario real en unos niveles reducidos, máxime teniendo en cuenta que algunos de los factores que provocan la inflación se concentran especialmente en productos de primera necesidad:

los precios se disparan por la escasez de oferta pero también por la especulación, el contrabando, el control monopólico de determinados mercados, etcétera). Entre 1938 y 1945 los precios crecen un 27,9% en EE.UU., un 48,4% en Gran Bretaña, un 293,5% en Francia, un 15,1% en Alemania, un 372,4% en Japón, un 1.794,5% en Italia y un 73,7% en Holanda. Y entre 1945 y 1948, los niveles de inflación aumentan respectiva-

y porcentualmente 31,6 en EE.UU.; 48,4 en Gran Bretaña; 361,8 en Francia; 44,1 en Alemania; 30.699,8 en Japón; 153,4 en Italia y 24,2 en Holanda<sup>66</sup>.

La conjunción de ambos elementos, la destrucción de la base productiva y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, constituye por tanto un factor decisivo para explicar la recuperación y crecimiento del período. Máxime en Alemania y Japón, donde sus mayores ritmos de recuperación y crecimiento, se explican asimismo por tratarse de las economías más devastadas y donde el movimiento obrero enfrenta más obstáculos<sup>67</sup>.

Es importante precisar una cuestión que puede parecer contradictoria. Por una parte, estamos planteando la sobreexplotación como clave de la elevada rentabilidad, que es el requisito imprescindible para todo proceso de acumulación. Pero por otra parte, habíamos señalado cómo la contención de la explosividad social (requisito también necesario para la acumulación), tarea a la que se aplican las direcciones de las corrientes mayoritarias del movimiento obrero, se logra al precio de concesiones. Concesiones no deseadas por las burguesías, ya que se les impone su aceptación, son arrancadas por la clase trabajadora, aunque esas burguesías las interpreten como una suerte de precio de la estabilidad social. Entonces, ¿hay una elevada tasa de plusvalía resultado de la debilidad del movimiento obrero? ¿O hay una tasa de plusvalía limitada, como consecuencia de las concesiones que la burguesía ha de hacer para lograr la paz social? Ambas cuestiones son compatibles si las observamos desde el único prisma capaz de dar cuenta de la contradictoria y cambiante realidad que es la economía capitalista: desde una perspectiva dialéctica. Analicémoslo.

En primer lugar el proceso de acumulación comienza a recuperarse, desde 1945, gracias en buena medida a unas condiciones muy favorables para una elevada explotación de la fuerza de trabajo. Estas condiciones radican en la debilidad relativa del movimiento obrero, muy castigado durante los años de la guerra, por lo expuesto anteriormente<sup>68</sup>. Además, la magnitud de la devastación económica implica que la principal preocupación de la mayoría de la población sea la supervivencia y, por tanto, cualquier forma de obtener ingresos sea bienvenida, incluso si la explotación que comporta es enorme. Visto desde una óptica individual, ésta es la situación. Pero visto desde una óptica colectiva, de clase, hay más elementos. En efecto, la devastación de la guerra también ha creado condiciones objetivas para el restablecimiento y recuperación de las organizaciones que expresen los intereses de la clase trabajadora.

Se puede sintetizar la contradicción en torno a un punto de partida: el elevado ejército industrial de reserva tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial (a pesar de los millones de muertos, pero espoleado también por los desplazados que, en sus nuevos lugares de residencia, parten de cero tratando de vender su fuerza de trabajo, al igual que los millones de licenciados del ejército que vuelven a la vida civil). Este ejército de reserva tiene

66. Maddison; 1991, 201-202; tomado de Arrizabalo (1997: 54).

67. Véase en el apartado 2.4., la mención a la política antisindical del gobernador de Japón durante la ocupación, el general MacArthur.

68. Es importante el matiz que incorpora la expresión "debilidad relativa". A pesar de todas las persecuciones y el propio contexto de la guerra, adverso para la labor de las organizaciones obreras, el hilo de continuidad con la tradición previa es inequívoco. Y no obedece, salvo marginalmente, a cuestiones ideológicas, sino a dos aspectos prácticos: por una parte, la persistencia de la explotación consustancial a toda acumulación capitalista, que unifica los intereses de los trabajadores; por otra parte, las experiencias prácticas durante la guerra, que incluyen el lugar central del movimiento obrero en las iniciativas de resistencia ante las ocupaciones fascistas, como en Francia y otros países.

un efecto económico negativo sobre los salarios y por tanto favorable para la acumulación; pero, a la vez, tiene un efecto social y político de caldo de cultivo para la explosividad. El primer efecto permite una elevada tasa de plusvalía que aporta al capital un amplio margen de rentabilidad. El segundo efecto le impone la necesidad de hacer concesiones para contener esa explosividad. Estas concesiones son necesarias para la estabilidad política y social. Y son factibles precisamente por la alta rentabilidad (al menos en el corto plazo). O dicho de otro modo: para atenuar el riesgo de explosión social, las burguesías "tienen que hacer" concesiones a la clase trabajadora. Pero a la vez, gracias a los enormes espacios de capitalización rentable (dicho más coloquialmente: espacios de negocio), las burguesías "pueden hacer" esas concesiones.

De momento, porque la contradicción se aprecia en toda su magnitud analizando la cuestión tal y como tiene lugar: dinámicamente. La elevada rentabilidad "inicial" se debe a la devastación de la guerra y a la sobreexplotación. Al limitarse ésta para aliviar el conflicto de clase, se va limitando el espacio para las inversiones rentables. Al final, ya en la década de los sesenta, esta contradicción se encontrará en el origen de la crisis que va incubándose y estallará en los setenta (con todo lo que significa esta crisis históricamente), por la imposibilidad de lograr el necesario aumento de la tasa de plusvalía (para mantener la tasa de ganancia), sin afectar las concesiones necesarias para una relativa paz social<sup>69</sup>. Por eso la crisis señala un punto de inflexión que, políticamente, se expresa en el giro que encarnan en primer lugar Thatcher y Reagan (desde 1979-1981), en el sentido de cuestionar frontalmente aquellas concesiones, que se revelan como un fardo ya inasumible. Este cuestionamiento toma la conocida forma de las privatizaciones, la desreglamentación y, en general, todas los medios directos e indirectos de desvalorizar la fuerza de trabajo. Encuadradas todas ellas en lo que se conoce como políticas de ajuste fondomonetarista, constituyen la expresión más acabada de la noción de huida hacia delante, en tanto que preparan el terreno para sacudidas económicas, sociales y políticas cada vez mayores. Se muestra así en este plano el carácter excepcional de las particulares condiciones de la posguerra y, por tanto, su caducidad como base para estimular el proceso de acumulación, tal y como se verifica posteriormente.

Por último, hay un tercer factor que coadyuva a la recuperación y el crecimiento posbélicos: el pillaje de los países atrasados. La finalización de la guerra restablece el orden imperialista que no sólo durante el conflicto, sino desde mucho antes, se había caracterizado por una relativa desatención hacia las economías dependientes ("relativa" porque no desaparece la histórica extorsión de que son objeto). Esta situación favoreció que en algunos países de América Latina, especialmente en el Cono Sur, se impulsaran los intentos de "industrialización hacia dentro" (la llamada "industrialización por sustitución de importaciones" o ISI).

En contraste, desde 1945 el restablecimiento del orden imperialista, hegemonizado por Estados Unidos, va a reimponer una masiva extracción de plusvalía en estas economías, parte importante de la cual se seguirá transfiriendo al exterior, a través de instrumentos comerciales y financieros:

la escasa pero sostenida salida de recursos financieros de las primeras décadas de la posguerra reflejó, casi exclusivamente, el saldo deficitario originado en remesas de utilidades

69. La tasa de ganancia en las economías avanzadas cae el 2,8% anual en promedio entre 1965 y 1973 (Armstrong, Glyn y Harrison, 1991: 248).

al exterior superiores al aporte de las inversiones directas y de cartera, en el que tuvo incidencia, asimismo, la salida de capital privado de corto plazo<sup>70</sup>.

La CEPAL estima que la transferencia neta de recursos al exterior en 1950 alcanzó el monto de 880 millones de dólares, equivalente a un 13,9% de las exportaciones o a un 1,8% sobre el PIB. En el período 1950-1967 (año éste en el que comienzan a llegar los créditos que desembocarán en la llamada "crisis de la deuda externa"), la transferencia total acumulada fue de 7.456 millones de dólares, es decir, un 5,0% promedio de las exportaciones y un 0,7% del PIB (ibídem: 57, 60, 69, 72, 81 y 84).

Por el lado comercial, el deterioro de los términos de intercambio de las economías dependientes, primordialmente primario-exportadoras, refuerza esta situación de pillaje (el deterioro de los precios relativos no es ajeno a la subordinación exterior de estas economías y el bloqueo que ésta supone para una acumulación capitalista relativamente análoga a la de las economías más avanzadas). De acuerdo a la Comisión de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (*United Nations Conference on Trade And Development, UNCTAD*) en la década de los 50, este deterioro alcanza una proporción del 16,0% y en la de los 60, del 11,0%, con un total acumulado del 25,2%<sup>71</sup>.

El desmoronamiento de los antiguos imperios coloniales, especialmente el británico y el francés, se extiende a lo largo de todo el período, plasmándose en numerosos conflictos que confluyen en el proceso de descolonización. Sin embargo, la independencia política no equivale a la superación de la dependencia económica, a pesar de lo cual sí permite poner en marcha, en algunos casos, una orientación económica diferente, como en el caso del impulso de la industrialización argelina desde 1962.

En resumen, el pillaje de las economías subdesarrolladas, que se intensifica en el contexto de la posguerra frente al período inmediatamente anterior, contribuye al proceso de recuperación y crecimiento durante los años cincuenta y buena parte de los sesenta, pero como la destrucción de la guerra y la sobreexplotación laboral, tampoco puede ser identificado como un factor estable o sostenible indefinidamente, sino que en torno a él se generarán graves conflictos.

### 2.3. Medios artificiales de crecimiento

En el marco de la estabilidad monetaria internacional impuesta por Estados Unidos en Bretton Woods, y de una relativa estabilidad política y social en cada país, gracias a la colaboración de los partidos y sindicatos socialdemócratas y estalinistas, la recuperación y el crecimiento se apoyan no sólo en las circunstancias extraordinarias de posguerra, sino también en otros factores y especialmente en dos mecanismos que calificamos de artificiales: la economía de armamento y el recurso masivo al crédito. En tanto mecanismos artificiales que son, obviamente no van a resolver las contradicciones que son consustanciales al capitalismo, pero sí van a contribuir al sostenimiento del crecimiento durante algunos años. Tras el estallido de la crisis ambos mecanismos no sólo van a persistir sino que, de hecho, se amplificarán. Muestran así la necesidad capitalista de huir

70. CEPAL (1991); *La transferencia de recursos externos de América Latina en la posguerra*, Santiago de Chile, pág. 19.

71. Naciones Unidas da unos resultados similares: 15,8%; 11,5% y 25,4%; datos tomados de Palazuelos, ed. (1986: 331).

hacia delante, ya que sí abren espacios de apropiación de ganancia para determinados capitales, pero lo hacen al precio de nuevas y mayores destrucciones de fuerzas productivas (guerras, crisis y una batalla permanente por la desvalorización de la fuerza de trabajo). Es el caso de la dinámica belicista del imperialismo estadounidense, relanzada una vez más desde principios del siglo XXI. Y, desde luego, de la expansión financiera que se plasma en las burbujas cuyos pinchazos marcarán el estallido de la crisis en 2007-2008.

#### 2.3.1. El gasto militar: ¿crecimiento o destrucción de las fuerzas productivas?

Ningún fenómeno social puede ser comprendido de forma ajena a la lógica económica que rige la sociedad de que se trate. En el caso del militarismo y las guerras no sólo no es distinto, sino que su sentido económico aparece directamente, en primera instancia, pues sus objetivos son asegurar mercados donde vender mercancías y en los que aprovisionarse de recursos, establecer áreas de influencia bajo control colonial o neocolonial, encontrar espacios de inversión, etcétera. Es decir, objetivos económicos. En el capitalismo se añade que todo esto es susceptible de convertirse en objeto de negocio particular, de acumulación privada rentable. El militarismo es, de hecho, un pilar de la acumulación capitalista, especialmente en circunstancias adversas, inherentes a su estadio imperialista: *"cada una de las crisis a las cuales el imperialismo ha hecho frente en el curso del siglo XX no ha sido resuelta más que por una sola cosa, el militarismo"*<sup>72</sup>.

El gasto militar es una forma particular de gasto público. Sin embargo, aunque comparte algunos rasgos con otros tipos de gasto público, como el realizado en educación, sanidad o cobertura de desempleo, tiene algunas diferencias esenciales que le confieren un papel muy especial. En primer lugar, porque su extensión obedece principalmente a una exigencia de la clase burguesa o, más específicamente, de una fracción de ella, que busca un respaldo a su posición como tal, como clase dominante, tanto nacional como internacionalmente. Justo al contrario, por tanto, de gastos sociales como los mencionados, que también tienen un sesgo de clase, pero en este caso de la clase trabajadora, que con ellos pretende protegerse ante los embates del mercado (dado que los precios de mercado harían inaccesibles para ella muchos tratamientos sanitarios o niveles educativos, o les dejarían sin ingreso alguno a quienes caen en el desempleo; además, el empleo generado con el gasto militar no es mayor que el que podría generarse, si se le diera otro uso productivo a los recursos empleados en él)<sup>73</sup>. Añadidamente, el distinto carácter de clase de ambos tipos de gasto público se refuerza por el hecho de que el gasto militar es, prácticamente de forma absoluta, un espacio de negocio privado, mientras que el gasto social sólo lo es de parcialmente, al menos hasta que comienza a expandirse la gestión privada de los servicios públicos sociales (con lo que de amenaza para su adecuada continuidad supone).

En segundo lugar, el gasto militar presenta una diferencia esencial con otros tipos de gasto público porque tiene un efecto directo sobre las fuerzas productivas, en la medida en que no

72. Conferencia de Paul Sweezy en Montreal, en septiembre de 1981 (citado en Gill, 1983: 386).

73. Una valoración positiva del gasto militar por parte de la clase trabajadora de una potencia imperialista, supone necesariamente un episodio de alienación, ya que le alinea con la clase cuyos intereses son opuestos a los suyos. En el capítulo quinto se ha explicado esto con relación a la subordinación de los partidos obreros a sus burguesías respectivas, en las principales economías europeas en 1914.

sólo ocupa recursos que, por tanto, se desaprovechan para otros posibles usos orientados a su desarrollo, sino porque su valor de uso es necesariamente destructivo: bien porque no se empleen, de modo que su obsolescencia haga desaparecer su valor, bien porque se utilicen efectivamente, cuyo resultado no es otro, claro, que la destrucción masiva de valor.

Antes de entrar en detalle, conviene precisar una cuestión teórica de primera importancia, relativa al carácter del Estado en una sociedad capitalista. El Estado es, en toda sociedad de clases, una de sus principales expresiones superestructurales (que, como se ha explicado en el segundo capítulo son los aspectos no directamente económicos pero que, junto con ellos, completan los elementos necesarios para comprender la dinámica social). El Estado burgués o capitalista es, por tanto, una de las principales expresiones de la superestructura burguesa o capitalista. Como tal, tiene una función principal, constitutiva de su condición: contribuir a garantizar la reproducción de la base material de la sociedad capitalista, es decir, que el proceso de acumulación se lleve a cabo de la forma más fluida y amplia posible (por eso, su primerísima tarea es la de asegurar los derechos privados de propiedad, especialmente de los grandes medios de producción<sup>74</sup>). Por tanto, esta función no obedece a los intereses de la mayoría de la población a la que dice representar, sino que choca con ellos. Y choca, asimismo, con el hecho de que en las filas de la clase burguesa se comparten intereses frente al trabajo, pero hay una encarnizada pugna interna, y cada vez mayor, por la competencia que necesariamente enfrentan sus distintos integrantes, los capitales individuales.

De modo que los Estados burgueses se convierten cada vez más en garantes de los intereses de determinadas fracciones del capital, aunque, por definición, respalden los intereses de la clase capitalista en su conjunto ante las reivindicaciones de los trabajadores. Los Estados pueden hacer concesiones a la clase trabajadora, institucionalizando sus reivindicaciones como elementos del propio Estado, que se constituyen en conquistas (seguridad social, reglamentación laboral, sistemas públicos de salud y educación, etc.), ante el riesgo de que una movilización pueda desembocar en un estallido revolucionario. Pero tiene un límite infranqueable: aquél que comprometa la rentabilidad necesaria para la continuidad de la acumulación. Lo primero, las concesiones arrancadas, se corresponde, por ejemplo, con la experiencia histórica europea de los años que siguen al año 1945. Lo segundo, su cuestionamiento frontal desde finales de los años setenta, una vez que la crisis que estalla en los setenta permite constatar su carácter de fardo inasumible (desde la perspectiva del capital). Por eso, la pretensión de un Estado representativo de los intereses del conjunto de la población, cuando de una sociedad clasista se trata, es o bien una ingenuidad o bien una manipulación interesada, pues, en última instancia, "el Gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa"<sup>75</sup>.

En definitiva, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial los gastos militares suponen un importante elemento de estímulo a la acumulación, pasando de 13.000 millones

74. Por eso el Estado moviliza todos sus recortes cada vez que, por ejemplo, el gobierno de otro país nacionaliza activos de una empresa de su nacionalidad. Es el caso de la actuación del gobierno español en mayo de 2012 ante la nacionalización de Repsol-YPF en Argentina. Otra cuestión es la probabilidad de éxito de estas acciones, que depende, entre otros factores, del rango internacional del Estado de que se trate, de su gobierno en un momento determinado, de sus alianzas exteriores, etc.

75. Marx y Engels (1848: 113). Gill (1996: 271-272) caracteriza las conquistas obreras como "cuerpos extraños", para dar cuenta de su carácter contradictorio con el principio constitutivo del Estado burgués de favorecer la acumulación capitalista. Véase el apartado 2.2. del cuarto capítulo del presente libro.

de dólares en 1950 a 22.300 en 1951, 44.000 en 1952 y 50.400 en 1953, es decir, casi cuadruplicándose en tan sólo cuatro años<sup>76</sup>. Máxime teniendo en cuenta lo mencionado sobre la supuesta "pax americana", en un período en el que no sólo la "preparación para la guerra" sino las propias guerras siguen produciéndose, incluso de gran magnitud como las de Corea o Vietnam, además de los numerosos conflictos bélicos regionales o de menor escala relativa.

Así, incluso después de la posguerra (1955-1990), el gasto militar sigue representando una magnitud considerable del PIB. Según el Instituto Internacional de Investigación sobre la Paz de Estocolmo (*Stockholm International Peace Research Institute*, SIPRI), es del 3,5% para el conjunto de la OCDE (24 países entonces); el 7% en EE.UU.; el 9%; en los países del Este; el 6%; en los países subdesarrollados y el 11% en los del Oriente Medio (tomado de Gill; 1996, 822).

Además, la concreción de este gasto en términos de negocio privado se plasma de forma muy concentrada: "a finales de los años sesenta, diez grandes empresas acaparaban el 30 por 100 de los gastos estatales de carácter militar-industrial y cien grandes contratistas llegaban a concentrar las dos terceras parte de ese gasto"<sup>77</sup>. De hecho, esta expansión militar de EE.UU. ni favorece a los trabajadores estadounidenses ni a la pequeña burguesía:

no significó una mejora de las condiciones de vida del pueblo norteamericano (...) se tradujo en una pérdida real de salario real de los trabajadores, como consecuencia de la gran inflación (...) así como por el aumento de los impuestos directos e indirectos. En cambio, las ganancias de los monopolios aumentaron espectacularmente (...) concentración y centralización (...) como contrapartida, quebraron miles de pequeñas y medianas empresas y 500 pequeños bancos comerciales<sup>78</sup>.

La segunda especificidad del gasto en armamento radica en su condición destructiva, más allá de que sea un espacio de generación y/o apropiación de plusvalía para determinados capitales. El único efecto de arrastre que se deriva del gasto en armamento, es el eventual desarrollo tecnológico que pueda transmitirse al sector civil y el estímulo de la demanda que aporta por los ingresos que se generan en él (ganancias y salarios). Sin embargo, ambos efectos se obtendrían también y en mayor medida si los recursos destinados a él se dedicaran a otros sectores: en el caso del desarrollo tecnológico, podría programarse directamente como objetivo y no como ocurre en este sector, donde al no ser así, solamente una parte de dicho desarrollo es reconversible para la actividad civil y más tardíamente. Y en cuanto al empleo, es evidente que su multiplicador sería mayor si se concretara en otros ámbitos como, por ejemplo, la educación o la sanidad (en el primer caso, por cualificar la mano de obra presente o, sobre todo, futura; en el segundo, por asegurar la disponibilidad de dicha fuerza de trabajo en las mejores condiciones físicas y mentales posibles). Es importante precisar que no estamos haciendo una aproximación moral a esta cuestión del gasto militar (ni a ninguna

76. Palazuelos, ed. (1986: 157).

77. Palazuelos, ed. (1986: 160).

78. Gravina, Héctor (1994); "Condiciones históricas de la conferencia de Bretton Woods", *Cuadernos de América Latina*, nº 15, ACEI-SODEPAZ, Madrid, pág. 23. Gauthier (2009: 65) explica que en EE.UU. las pequeñas y medianas empresas desaparecen a un ritmo del 10% anual, mientras que sólo 500 firmas industriales llevan a cabo un tercio de la actividad económica y, en los sesenta, dos quintas partes de su producción la realizan en el extranjero.

otra), cuya conclusión sería obvia acerca de su indeseabilidad. Nuestro análisis tiene una pretensión científica, tratando de dilucidar con él qué significa la expansión del gasto militar, en general, y en el período posbélico en particular:

no se trata de saber si los gastos militares y la formidable acumulación de medios de destrucción a la cual conducen son racionales desde el punto de vista de las necesidades de la población o desde los intereses de la humanidad. A este respecto, la respuesta es inmediata. Los gastos militares son completamente irracionales, negativos. Destruyen vidas humanas y fuerzas productivas. Son una amenaza para la supervivencia de la humanidad. Implican un enorme desperdicio de recursos que podrían ser utilizados en otros fines, etc. (...) Desde el punto de vista del capital, los gastos militares son racionales. El capital necesita del militarismo que es para él una fuerza de arrastre incluso siendo simultáneamente para él un gasto parasitario. Considerados bajo este aspecto, los gastos militares no pueden ser reemplazados por ningún otro gasto público (Gill, 1991, 657).

Sin embargo, hemos caracterizado al gasto militar como un medio artificial de crecimiento. Por una parte para considerar lo que sin duda suponen limitaciones de su financiación. El gasto militar, como el gasto público en general, no es una carta que se saca el capital de la manga. Su procedencia es, como la de todo gasto, la explicada en el tercer capítulo: el producto disponible (el trabajo social, el valor, que compone la totalidad de recursos a repartir y a consumir). Por tanto, este gasto estatal sólo puede financiarse, aparte de por su actividad directamente productiva, a través de la punción que realiza sobre los salarios y sobre las ganancias, en determinadas proporciones.

De modo que, como tal, el gasto militar ni resuelve ni podría resolver los problemas de la rentabilidad, ya que finalmente se acaba requiriendo un aumento de la tasa de plusvalía, para compensar la presión a la baja de la tasa de ganancia. Por tanto, el gasto público puede estimular de forma directa la acumulación, sí, pero con efectos inevitablemente limitados. No es sólo eso sino que, desde la perspectiva del capital privado, la intervención del Estado resulta, en el mejor de los casos, un medio indirecto para el aumento de la tasa de plusvalía, suponiendo que el resultado conjunto de sus fuentes de financiación (salario o ganancia) y el destino que se le dé a los recursos obtenidos (salario indirecto o ganancia indirecta) favorezcan un aumento de su participación en el ingreso total. Pero, si tal es el caso, a efectos de las cuentas del capital no se aporta nada que no se pudiera hacer por otros medios. El problema de fondo sigue intacto, por más que de forma coyuntural parezca al menos atenuado.

Pero la razón por la que se le considera un medio artificial no es sólo la de su financiación. Se debe también, y especialmente, a su condición de fuerza destructiva. Tanto en el capítulo segundo como en el cuarto se ha insistido en el carácter social de la categoría teórica de fuerzas productivas. El gigantesco nivel de fabricación de armamentos no puede ser considerado un desarrollo de las fuerzas productivas, porque en realidad son fuerzas destructivas. No por una consideración moral, sino porque económicamente lo son, aunque en el corto plazo y desde la perspectiva de los capitales que se valorizan en él, sea efectivamente el medio para lograrlo<sup>79</sup>.

79. Véase la cita de *La ideología alemana* que se reproduce en el último apartado del capítulo octavo (Marx y Engels, 1845-46: 81).

El capitalista francés, como el norteamericano, no produce por producir, sino para obtener beneficios. Se halla siempre dispuesto a limitar la producción, e inclusive a destruir los productos manufacturados, si como consecuencia de ello aumenta su parte en la fortuna nacional<sup>80</sup>.

O dicho de otro modo, que el gasto militar sea perfectamente coherente con las necesidades del capital no impide que, a la vez, sea contradictorio con la perspectiva de la acumulación más allá del corto plazo. Porque el capitalismo es contradictorio y en su estadio imperialista las contradicciones son cada vez más inmanejables. Es importante recalcar este carácter del gasto en armamento, que en un sentido es análogo el de las propias crisis. En efecto, las crisis desempeñan un papel terapéutico de saneamiento, desde el punto de vista de la acumulación del capital, en tanto que destruyen valores para frenar la sobreacumulación, la acumulación no rentable. El gasto militar drena recursos para otras actividades de forma permanente pero, periódicamente, como las crisis, es el instrumento para disparar la destrucción mediante su utilización en las guerras. Destrucción que, sin embargo, abre espacios para la acumulación rentable al liquidar buena parte de la base productiva, tal y como precisamente lo hemos visto en el apartado anterior, respecto a las condiciones excepcionales de la posguerra. Pero este efecto positivo constituye en realidad una terrorífica huida hacia delante:

la guerra constituyó el factor imprescindible del desarrollo capitalista (...) Desde la perspectiva de la **clase capitalista** (...) el militarismo se ha hecho hoy imprescindible (...) El impulso del desarrollo capitalista ha convertido al militarismo, también, en enfermedad capitalista" (Luxemburg, 1900, 65-66, negrita suya).

Esto es, el gasto militar sostiene políticamente la dominación, de clase e interimperialista, e impulsa la acumulación... pero de una forma insostenible:

El militarismo es también, en lo puramente económico, para el capital, un medio de primer orden para la realización de la plusvalía, esto es, un campo de acumulación (...) Prácticamente, el militarismo, sobre la base de los impuestos indirectos, actúa en ambos sentidos: asegura, a costa de las condiciones normales de vida de la clase trabajadora, tanto el sostenimiento del órgano de dominación capitalista —el ejército permanente— como la creación de un magnífico campo de acumulación para el capital (...) Sólo que, (...) al llegar a una cierta altura, las condiciones de acumulación se transforman para el capital en condiciones de su ruina (Luxemburg, 1912: 114, 123 y 125).

Además, el gasto militar no existe de forma aislada, desconectado de los otros elementos que constituyen las bases insostenibles de la recuperación y el crecimiento posbélicos. En particular, el gasto militar se vincula muy estrechamente con el sector financiero y cada vez más (sobre todo desde principios de los ochenta), lo que agudiza el carácter contradictorio de ambos factores<sup>81</sup>:

80. Trotsky (1939); *El pensamiento vivo de Karl Marx*, Losada, Buenos Aires, 1962, pág. 32 (primera parte disponible en [www.marxists.org/espanol/trotsky/1939/el-pensamiento-vivo-de-karl-marx-por-trotsky.pdf](http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1939/el-pensamiento-vivo-de-karl-marx-por-trotsky.pdf)).

81. En concreto recibe un gran impulso de uno de los principales referentes del giro drástico de la política económica que es el presidente estadounidense

la economía de armamento permite ampliar la producción y por tanto mantener la actividad creciente de varios sectores industriales, pero no corresponde al proceso normal del capital. Es una manera de destruir capital descontando una parte de la renta nacional (el impuesto) para destinarlo a un 'consumo improductivo'. Pero, financiado por el déficit presupuestario (para no aumentar la presión fiscal), se convierte también en una de las principales componentes de la 'economía de endeudamiento' que caracteriza la economía mundial (Cize y otros, 1990: 133).

### 2.3.2. La expansión del crédito: aumento desmedido de la actividad financiero-especulativa

En el tercer capítulo se ha explicado la importancia de la actividad financiera en la economía capitalista. Por una parte, porque mediante el crédito se hace posible un aumento de la capacidad de consumo presente, tanto productivo como improductivo, respecto a los recursos efectivamente disponibles antes del acceso a dicho crédito. Por otra parte, porque las finanzas como tales son un ámbito en el que los capitales pueden obtener ganancia. Precisamente por esta razón, la actividad financiera se orienta cada vez más hacia el terreno puramente especulativo, en el que no parece haber límite para su expansión, a diferencia del crediticio, directamente conectado a la actividad productiva o comercial. Sin embargo, el límite existe y es estricto: la masa de plusvalía total que finalmente es idéntica a la masa de ganancia total. Pero como la economía capitalista no es una economía ordenada, sino el resultado de las decisiones individuales de los capitales igualmente individuales, ¿por qué habrían de renunciar éstos a obtener ganancia en el circuito  $D \rightarrow D'$ , apropiándose de parte de la plusvalía generada en la economía, incluso si lo hacen sin conexión directa alguna con la actividad productiva o comercial y por tanto se introduce tensión a la reproducción económica?

En el párrafo anterior están contenidas las dos razones fundamentales por las que se expande la actividad financiera en el período posterior a 1945. La segunda de ellas, el desarrollo de la actividad financiera especulativa, se va a disparar a partir de la ruptura de la convertibilidad dólar-oro en 1971, la crisis y las políticas desreglamentadoras, de modo que la abordaremos más adelante, en el capítulo octavo. La que sí es decisiva en el período 1945-1970 es la expansión del crédito, especialmente al consumo.

En efecto, gracias al crédito se hace posible, temporalmente, una suerte de cuadratura del círculo: la demanda aumenta de forma relativamente paralela al aumento de la oferta, lo que hace posible, también temporalmente, la venta necesaria para completar el paso final  $M' \rightarrow D'$  del circuito  $D-M \dots P \dots M' \rightarrow D'$ , sin que aumentos salariales cuestionen una tasa de plusvalía suficiente (como en el ejemplo mencionado antes del *Five Dollars Per Day*). Pero el crédito tampoco es una carta que se saque de la manga. Aunque habitualmente se presenta el crédito como el traslado temporal de renta futura a consumo presente, en realidad el crédito es una redistribución no en el tiempo, sino en el presente entre distintos sujetos. Porque, conviene recalcarlo una vez más, el total del valor, el total del trabajo social que lo fundamenta, es un límite infranqueable: no se puede repartir ni consumir más de lo producido. Lo que sí

ocurre a menudo son procesos de ilusión monetaria: aparentemente se amplía la capacidad de compra por encima del nivel de renta efectivamente existente, pero detrás hay un aumento de la cantidad de moneda (en realidad, de su representación) que, por ello, pierde valor. Es el caso del dólar que, oficialmente, siguió valiendo 1/35 parte de una onza de oro hasta el 15 de agosto de 1971, cuando entonces su valor real no alcanzaba ni a 1/500 parte de ella. Estamos hablando de la noción de "burbuja", es decir, de una amplia separación del precio de un activo respecto a su valor real, separación de la que habrá quien gane valor y quien lo pierda, especialmente con su inevitable pinchazo final. O dicho de otra manera mucho más sencilla: el crédito tiene el límite obvio que le impone el hecho de que finalmente alguien tiene que pagarlo (o no cobrarlo).

Posteriormente y a medida que el espacio para la acumulación rentable en el ámbito productivo va limitándose, fracciones crecientes de capital se destinarán, cada vez más, a obtener la ganancia en la esfera puramente especulativa de la actividad financiera. Pero de momento nos concentramos en la actividad financiera que permite completar el engranaje del crecimiento en este período, la actividad crediticia.

En el capitalismo actual, el sector privado está habilitado para aumentar la cantidad de dinero existente en la economía mediante su política de crédito:

los bancos juegan un papel central y específico en las economías monetarias porque ellos pueden suministrar liquidez a los prestatarios, en cantidades brutas y en el momento solicitado, sin que esta liquidez sea descontada de un ahorro preexistente<sup>82</sup>.

El criterio que rige esta forma de emisión no es el de las necesidades de la producción o el comercio, sino el de la propia búsqueda de maximización de la ganancia del sector privado "emisor". Este proceso no es productivo y por tanto no crea valor nuevo. Sin embargo, los capitales de este sector sí obtienen más ganancia. Si no se crea más valor, esto es, si no hay más producto a repartir, ¿cómo pueden aumentar su ganancia unos determinados capitales? Obviamente, sólo hay dos maneras: o modificando el reparto de la plusvalía entre los distintos segmentos del capital (de manera que los sectores "emisores" se apropien de parte de la plusvalía generada en otros ámbitos) o aumentando la parte que se queda el capital respecto a la del trabajo (reduciendo el costo de éste, es decir, incrementando la tasa de plusvalía, la explotación).

¿Cómo se consigue llevar a cabo este proceso? A través de varios mecanismos, entre los que destaca el inflacionario, pues la multiplicación del crédito (por parte del banco emisor o de capitales privados), sin relación con las posibilidades de la "economía real", implica una desvalorización de la moneda. Como ya se ha explicado, no se está dando pábulo aquí a la "teoría cuantitativa del dinero" (teoría que considera que el nivel de precios depende exclusivamente de la cantidad de dinero existente en la economía), ya que nosotros partimos de la producción, plano en el que se dilucida el valor, que constituye el principalísimo determinante del precio. Aunque la moneda estadounidense, el dólar, esté respaldada *de facto* por la economía estadounidense (su valor, su productividad, la cualificación de su fuerza de trabajo, su desarrollo tecnológico), por lo que sin duda resulta más solvente que las monedas de las economías más atrasadas, el dólar no es la verdadera moneda mundial, ni siquiera durante el período

<sup>82</sup> Reagan: sólo en los cinco años que van de 1981 a 1985, los gastos militares aumentaron en EE.UU. un 60% (Gill, 1996, 660).

<sup>82</sup> Aglietta, Michel (1995); *Macroeconomie financière*, La Decouverte, París, pág. 38.

1945-1970. Por eso, su valor, el valor del dólar, puede oscilar a la baja a medida que se emiten más dólares. Este fenómeno, que se presenta como una suerte de confirmación de la teoría cuantitativa del dinero, en absoluto lo es, porque lo que esconde en realidad es un deterioro, al menos en términos relativos, de la economía real que está detrás del dólar:

la inflación, que tiene su origen en la política de crédito, por tanto de creación de moneda contable, permite a los capitalistas apropiarse directamente, mediante el alza de precios, de una mayor cantidad de plusvalía. Es un medio de desvalorización de la fuerza de trabajo (descenso del poder de compra). También es un medio para las capas monopolísticas del capital de tomar en su beneficio una parte de la plusvalía en detrimento de las pequeñas empresas industriales, agrícolas o artesanales (Cize y otros, 1990: 133).

Este mecanismo inflacionario se intensifica paulatinamente como consecuencia del creciente debilitamiento de la posición competitiva de EE.UU. respecto a Japón y ciertas economías de Europa occidental:

estos dólares depositados en los bancos comerciales fuera de EE.UU. son convertidos, bajo el nombre de euro-dólares, en la base de un enorme mercado de préstamos, por tanto de creación de dólares, que escapa a las reglamentaciones nacionales, alimenta el endeudamiento y favorece la especulación sobre las divisas" (Cize y otros, 1990: 135).

El capital dedicado a la intermediación financiera acumula un crecimiento entre 1945 y 1965 del 750%, período en el que el PNB y el producto industrial sólo crecen apenas una cuarta parte (un 190% y un 200% respectivamente) e incluso el crédito bancario menos de dos tercios, el 480%<sup>83</sup>. Así, en EE.UU. la deuda total de las sociedades privadas no financieras pasa de 157.000 millones en 1960 a 369.000 millones en 1970 (a 877.000 millones en 1980 y a 2.375.000 millones en 1990), mientras la tasa bruta de ahorro nacional en porcentaje del PIB se va reduciendo durante los decenios respectivos (en promedio) del 19,8 al 19,5 y al 17,4<sup>84</sup>.

El significado de este incremento de la actividad crediticia sin base en la economía real tendrá las mismas implicaciones que el de la política armamentista: coadyuva al sostenimiento temporal del crecimiento mediante mecanismos que sin embargo, simultáneamente, están socavando las propias bases del crecimiento. En el caso del crédito, el semanario *Business Week* lo resumía certeramente en febrero de 1988, al afirmar que la "larga prosperidad ha sido construida sobre una montaña de deudas"<sup>85</sup>.

#### 2.4. Un caso paradigmático: el "milagro japonés"

La economía japonesa es con la que más marcadamente se identifica el crecimiento durante el período 1945-1970, hasta el punto de que se habla de ella como "milagro" (junto a la

83. Aglietta (1976: 204). El dato del 750% se refiere exactamente a los "capitales reunidos por los intermediarios financieros (excluyendo los créditos bancarios, pero incluyendo los departamentos de trusts de los bancos) o que buscan inversión directa en el mercado financiero (excluyendo las inversiones extranjeras de capital)".

84. Datos de la Reserva Federal estadounidense; tomados de Aglietta (1995: 6 y 47).

85. Tomado de Torres (1995: 138).

República Federal de Alemania, donde se acuña el término *Wirtschaftswunder* o milagro económico). Es cierto que su crecimiento es muy superior al promedio, aunque también lo es que el punto de partida era más bajo y, por tanto, una mayor parte de ese crecimiento es en realidad recuperación<sup>86</sup>. Por otra parte, la mejor posición competitiva del capital japonés también se explica por la debilidad relativa de Estados Unidos. No obstante, vale la pena detallar en mayor medida el trasfondo de este supuesto "milagro".

Entre 1946 y 1970 el PIB japonés aumentó anualmente a un ritmo medio del 9,6%, más de cuatro veces el estadounidense (2,2%) y el británico (2,3%) e incluso cerca del doble del alemán occidental (5,4%) (Maddison, 1991: 149-152). Sin embargo, hay que tener en cuenta que la producción se había estancado durante la primera parte de la guerra y se desplomó al final (tan sólo en el año 1945 el producto cayó a la mitad). De hecho, el nivel previo no se alcanzaría hasta 1953.

El proceso de acumulación es muy intenso en Japón, como se aprecia en el indicador de existencias netas de maquinaria y equipo, que aumenta, entre 1950 y 1973, a un ritmo promedio anual del 9,6%, frente a un 9,4% en la RFA, un 5,2% en Gran Bretaña y un 3,8% en Estados Unidos (Maddison, 1991: 193-194). El contraste con EE.UU. muestra la existencia de diferencias importantes entre ambos, en cuanto al carácter muy "consumista" de la economía americana, frente a la muy "ahorradora" asiática (metafóricamente suele decirse que el frigorífico estadounidense es más grande que la cocina japonesa entera).

Otra diferencia considerable entre ambas economías se encuentra en las exportaciones. Entre 1945 y 1970 el volumen de las exportaciones de Japón aumentó a un ritmo promedio anual del 21,7%, frente a un 8,2% de Gran Bretaña, un 4,4% de EE.UU. (el volumen de exportaciones de la RFA crece el 24,5%, ayudado también por el desarme arancelario en la entonces CEE). Sin embargo, estos datos son engañosos por el bajísimo nivel de partida en el año 1945. Si se toma solamente el crecimiento acumulado desde el año respectivo en que se recupera el volumen máximo de exportaciones de preguerra, los datos son: Japón, desde 1958, un 16,5%; la RFA, desde 1956, un 10,1% y Gran Bretaña, desde 1955, un 4,4%. EE.UU. no redujo su volumen de exportaciones por debajo de los niveles de preguerra (Maddison, 1991: 210-213).

Este último indicador es importante porque explica el giro de 180 grados que experimenta la posición exterior de ambas economías: mientras en 1945 EE.UU. tiene superávit comercial y Japón déficit (como la RFA), desde el inicio de los setenta la situación se invierte al presentar déficit la economía estadounidense y la japonesa superávit (igual que la alemana occidental). Ahora bien, sería muy simplista pretender explicar este giro apelando únicamente a la idea de dos modalidades de acumulación, una más "consumista", la de Estados Unidos, y "otra más ahorradora", la de los otros dos. Detrás de este desigual desempeño hay factores de fondo cuya consideración es imprescindible para comprenderlo cabalmente. Particularizando la cuestión para la economía japonesa, ¿cuáles son los fundamentos de su comportamiento, supuestamente "milagroso"?

86. Aunque en la RFA es mucho mayor el "efecto recuperación" pues el aumento promedio anual del PIB en 1947-1950 es del 16,7%, frente a un 7,7% en 1950-1960 y un 4,2% en 1960-1970. En Japón, sin embargo, los datos respectivos son 9,7%, 8,9% y 10,5% (de hecho, en el período 1960-1970 el PIB japonés aumenta un 170,2% acumulado, mientras el alemán occidental lo hace un 51,0%, el estadounidense un 50,6%, el francés un 71,9% y el británico un exiguo 32,3%). Cálculos realizados con datos procedentes de Maddison (1991: 149-152).

El primer factor explicativo del crecimiento japonés es, como ya se ha explicado, la tremenda situación de devastación, de destrucción de fuerzas productivas, que supuso la Segunda Guerra Mundial. Además de la caída de la producción a la mitad, también ya citada, en 1945 Japón sufrió una pérdida de población de 954.000 personas (Maddison, 1991: 163). Se trata de una devastación económica acompañada por un gran retroceso político y social, en el marco de la ocupación estadounidense que, entre el 2 de septiembre de 1945 y el 28 de abril de 1952, configura el país como un "protectorado" al mando del general MacArthur.

En segundo lugar pero no menos importante, se encuentra la sobreexplotación de la mano de obra japonesa. El control extranjero y militarizado de la economía japonesa impuso una legislación laboral muy restrictiva contra todo derecho de los trabajadores. Un ejemplo es la declaración de MacArthur contra la huelga general convocada para el 1 de febrero, hecha pública la víspera:

Con la autoridad que me ha sido investida como comandante supremo de las potencias aliadas, he informado a los líderes sindicales reunidos con el propósito de llevar a cabo una huelga general que no permitiré el uso de esa devastadora arma social en la situación actual de penuria y pobreza de Japón y, por consiguiente, les he ordenado que se abstengan de cometer tal acción<sup>87</sup>.

Pero ante la persistencia de la conflictividad, en un contexto en el que se producen incluso numerosos procesos de control obrero de la producción, MacArthur mantiene una orientación antisindical que en 1949 desemboca en la "purga roja", un programa de despidos masivos de militantes obreros del sector público y de empresas privadas. Este marco general de persecución sindical coadyuvará a establecer decenas de miles de sindicatos de empresa, que atomiza a la clase obrera organizada, facilitando su división y cooptación. Sin embargo hay experiencias de coordinación y puesta en marcha de iniciativas generales como las negociaciones salariales anuales (las "ofensivas de primavera" o *shuntō*).

Además, sobre las condiciones laborales ejerce una fuerte presión el elevado contingente de población desempleada y subempleada, especialmente en los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra, a pesar de la enorme pérdida de vidas humanas<sup>88</sup>. Sin embargo, tras la pérdida de población en 1945 (casi un millón de personas), en los veinticinco años que transcurren hasta 1970, Japón tuvo un incremento de población muy importante, del 37%, lo que le supuso pasar de una población de 76 millones a 104, es decir, 27 millones más, un promedio anual superior al millón (Maddison, 1991: 163 y 165). Además, desde el punto de vista de la mano de obra disponible en la industria, hay que considerar también el trasvase de población del sector primario al sector industrial y de servicios, debido al intenso proceso de capitalización agrícola.

El resultado de estos factores es un deterioro de las condiciones laborales y, en general, de toda la situación social, que se expresa económicamente en un aumento de la tasa de plusvalía. No ya por la involución del salario real, sino directamente por el aumento de jornada laboral.

87. Tsuru, Shigeto (1993); *El capitalismo japonés*, Akal, Madrid, 1999, pág. 38.

88. Igual que Alemania, donde el desempleo que en 1938 era solamente del 1,3% de la población activa por el tirón de la industria militar, alcanza en 1950 el 8,2%, casi como en 1934 (8,3%) y sólo en 1957 conseguirá reducirse por debajo del 3% (exactamente a un 2,9%) (Maddison: 1991, 174-175).

En la década de los cincuenta, el número de horas anuales trabajadas por persona aumentó en Japón el 7,0%. En la RFA, en 1950, era de 2316, un 1,4% más que en 1929, lo que suponía un 24% más que en EE.UU. (Maddison, 1991: 179). Todavía en 1955, la duración media de la jornada laboral semanal en la RFA era de cincuenta horas (es decir, ocho más que en EE.UU.) y hasta 1956 no se alcanzó el nivel salarial de 1938 (Gill, 1983: 370).

El elevado grado de explotación de la fuerza de trabajo en Japón choca con la extendida idea de que el mercado de trabajo japonés es muy garantista, gracias al llamado sistema de "empleo de por vida" (relacionado a su vez con la búsqueda de la mayor productividad posible en el marco de una organización "toyotista" del trabajo). En primer lugar porque esta modalidad sólo afecta a una parte reducida de toda la fuerza de trabajo. En particular, no protege a los trabajadores empleados en las pequeñas empresas, a las que habitualmente subcontratan tareas las grandes empresas industriales. Tampoco protege a la mano de obra de apoyo, coyuntural pero a la que se recurre a menudo, que es contratada de forma muy precaria como con la figura del *arubaitō* (empleo a tiempo parcial y, por extensión, empleo precario en general). En 1983, los salarios en las empresas de menos de treinta empleados eran, en promedio, un 57% inferiores a los de las empresas de más de cien (Cize y otros, 1990: 215). Y en segundo lugar, porque este sistema se utiliza más como instrumento de control de los trabajadores que como medida de seguridad para ellos. Asegura relativamente el empleo, pero con una evolución salarial que comienza con remuneraciones muy reducidas, que sólo alcanzan niveles mayores a partir de permanecer muchos años en la misma empresa, lo que penaliza la movilidad de los trabajadores. Asimismo, es frecuente que se jubile a los trabajadores a los 55 años, pese a que no pueden acceder al cobro de la pensión hasta los 60, de modo que los trabajadores de estas edades se ven abocados a situaciones tanto de desempleo como de subempleo (Gill, 1983: 377):

entre las personas a la búsqueda de un empleo, la proporción de los de más de 50 años es sensiblemente más elevada que en otras partes. Esta situación resulta de las estructuras de la economía japonesa, donde las grandes empresas garantizan el empleo hasta la jubilación, pero la pensión no permite vivir (...) de suerte que los trabajadores de edad buscan reocuparse en las subcontratas con un salario netamente inferior a la media<sup>89</sup>.

La destrucción de la guerra y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo constituyen dos pilares del "milagro" japonés, a partir de los cuales se configuran los elementos mediante los que se materializa el crecimiento. Por una parte, el sujeto que va a conducir el proceso de acumulación, es decir, la forma particular que adopta el capital financiero dominante en Japón: grandes conglomerados industriales-financieros que, además, están directamente respaldados por una sistemática intervención del Estado que programa las bases de la reindustrialización, en colaboración con ellos, y buscando un espacio específico en el mercado mundial. Por otra parte, la financiación de la industrialización a gran escala, cuya fuente se encuentra en el elevado ahorro interno, tanto público como privado, así como, durante los primeros años tras la guerra, en la recepción de capitales del exterior, todo lo cual hace posible una tasa de inversión muy elevada.

89. Revista francesa *Expansion*, octubre de 1978; tomado de Gill (1983: 378).

La reconfiguración del capital financiero en Japón es un factor crucial para explicar la recuperación y el crecimiento del período. Esta reconfiguración se apoya, además de en una elevada tasa de plusvalía, en la sistemática programación del Estado, para la que un instrumento crucial es el Ministerio de Comercio Internacional e Industria, constituido como tal en 1949 y habitualmente conocido por sus siglas en inglés, MITI (*Ministry of International Trade and Industry*). El MITI orienta la actividad industrial en conexión con la búsqueda de una determinada inserción exterior, que se caracteriza por el alto contenido tecnológico de las mercancías japonesas, apoyado en una importante política de I+D, que en 1971 alcanza ya el 2% del PIB: 4.041 millones de dólares, 8,3 veces más que los 488 millones de dólares gastados en importación de tecnología (Palazuelos, ed., 1986: 182). El elevado grado de conducción estatal de la economía japonesa entonces se lleva a cabo a través de medidas muy contundentes, a pesar lo cual se mantiene un cierto desconocimiento de ella:

Un país "X" mantuvo atado al dólar su tipo de cambio nominal por más de veinte años; en quince de esos veinte años existió un estricto racionamiento gubernamental de divisas; los exportadores debían remitir sus divisas al gobierno en un lapso no superior a los diez días; las reglas de distribución del intercambio externo no eran explícitas y la burocracia pública favorecía en la asignación de divisas a los sectores que el gobierno deseaba estimular; durante catorce años los privados no tuvieron accesos a divisas para turismo. El mercado doméstico de capitales estaba altamente regulado, sin vínculos con los mercados internacionales; el gobierno siguió explícitamente una política de crédito barato que combinaba techos a la tasa de interés con asignación administrativa del crédito. Como es conocido pero poco difundido en el debate, este país "X" es Japón entre 1950 y 1964 y difícilmente puede encontrarse un caso de desarrollo nacional tan exitoso y sometido a mayor cantidad de 'distorsiones' al paradigma neoliberal<sup>90</sup>.

Éste es el marco en que se conforman los poderosos conglomerados industriales y financieros mencionados, resultado de la elevada concentración del capital que va generándose. Estos nuevos conglomerados, que reciben el nombre de *keiretsu*, son la forma que adopta el capital financiero en Japón, sucediendo a los viejos *zaibatsu* del período anterior a la guerra, que eran grupos económicos más limitados, directamente liderados por familias.

En cuanto a la financiación de la acelerada reindustrialización, por un lado se dispone de un elevado ahorro interno pero, por otro lado, también existe un acceso privilegiado a recursos procedentes del exterior. El ahorro público se explica en buena parte por el escaso gasto social y militar<sup>91</sup>, lo que aporta una doble ventaja competitiva a los capitales japoneses o a los extranjeros colocados allí. Frente a Europa occidental, por el menor salario indirecto que supone ese escaso gasto social, y frente a Estados Unidos, por el menor consumo

90. Sachs, J. (1987); *Trade and exchange policies in growth-oriented adjustment programs*, Banco Mundial-FMI, Washington D.C.; tomado de Rosales, Osvaldo (1988); "El neoestructuralismo en América Latina", *Pensamiento Iberoamericano*, n.º 14, Madrid, julio-diciembre, pág. 399. Esta gran intervención del Estado es interesadamente ninguneada por la mayoría de los economistas burgueses, para poder mantener la demonización de la acción pública ante el "riesgo" de reivindicaciones obreras y democráticas de otros tipos de intervención estatal; aquellos que imponen ciertos límites u obstáculos a la explotación.

91. Sin embargo, en Japón sí se produce armamento en este período. La forma de burlar la prohibición contenida en los acuerdos de posguerra, será la producción de piezas que no son ensambladas en territorio japonés (al menos "legalmente") y que por tanto no tienen consideración de armamento.

improductivo debido al menor gasto armamentista. En el sector privado empresarial hay una alta tasa de ahorro e inversión por la asimismo elevada tasa de plusvalía; ahorro que permite afrontar los requerimientos de innovación tecnológica del tipo de industrialización emprendido. Y el ahorro privado de las familias también obedece a una sólida razón económica y no fundamentalmente, como a menudo se defiende, a una cuestión cultural: los trabajadores necesitan financiarse por sí mismos todos aquellos bienes y servicios que el Estado no asegura, ni siquiera subsidia, y que además resultan muy caros, como la vivienda y la enseñanza. En definitiva, "la fuerte propensión a ahorrar de los japoneses no es en absoluto un rasgo de su mentalidad, sino una cuasi-obligación" (Cize y otros, 1990: 218).

A esta disponibilidad de recursos fruto del ahorro interno, se añade, durante los primeros años, la recepción de capitales procedentes de Estados Unidos. Como ocurre con los que llegan a Europa, se envían por razones tanto económicas como políticas. Económicamente por la necesidad de mercados en los que dar salida a los capitales estadounidenses. Políticamente, para asegurar el "blindaje" de Japón en el bloque capitalista mediante el desarrollo económico, ante la proclamación de la República Popular China en 1949 y el consecuente riesgo de extensión de procesos que pudieran afectar los intereses estratégicos de EE.UU. en la región. Este factor se reforzará considerablemente durante la guerra de Corea (1950-1953).

En definitiva, todo lo expuesto configura a Japón como un escenario privilegiado para la acumulación capitalista, lo que se plasmará en una acelerada reindustrialización. Al final y como en toda economía capitalista, el elemento nuclear es una suficiente rentabilidad que, inevitablemente, ha de basarse en una tasa de plusvalía igualmente suficiente. En Japón esto se verifica claramente: la participación de los beneficios en el valor añadido, que da una indicación de la tasa de plusvalía es, en la industria manufacturera entre 1960 y 1974, del 55%; mientras, en la RFA es del 35% y en EE.UU. del 26%. Y la rentabilidad del capital hasta 1973, medida como el peso del excedente bruto de explotación respecto al stock bruto de capital, son respectivamente del 35%, 18,5% y 20% (Cize y otros, 1990: 209).

En definitiva, la recuperación y el crecimiento de la economía japonesa, que se plasman en un intenso proceso de industrialización (que, además, aporta a los capitales japoneses o establecidos allí una posición muy competitiva), no tienen nada de milagrosos. Tienen explicación, no es idílica y, finalmente, su sostenimiento no deja de estar subordinado a las contradicciones capitalistas a escala mundial. Así, tras el estallido de la crisis en los primeros setenta (incluso con una caída absoluta del 1,2% del PIB en 1974), Japón acabará experimentando graves dificultades para el crecimiento, a pesar de lo cual, todavía en 1990 el capitalismo japonés mantenía su posición, aunque dejando a la luz sus fundamentos últimos:

la débil progresión del poder de compra, la reestructuraciones industriales, un trabajo precario que enmascara el desempleo han permitido al capitalismo japonés preservar su ventaja relativa sobre sus competidores (Cize y otros; 1990, 237).

Sin embargo, el estancamiento se instala de modo que en los quince años que van de 1992 a 2006, ambos incluidos, el promedio anual de crecimiento de la producción es de un exiguo 1,05% (Maddison, 1991: 152).

Este declive tiene lugar a pesar de un aumento considerable de la tasa de plusvalía,

impulsada por la presión de un ejército industrial de reserva que se despliega rápidamente por la mencionada conformación del mercado de trabajo:

mientras que, según las cifras oficiales, el número de los sin empleo no pasa de 1.200.000 sobre una población activa de 53 millones, el desempleo oculto y el subempleo golpean a casi cuatro millones de personas (...) Desde sus inicios, la recesión ha entrañado el despido de un millón de mujeres, las cuales han renunciado sin ruido a toda actividad profesional (...) En total, visible u oculto, el desempleo alcanzaría a cerca del 9% de la población activa<sup>92</sup>.

Pero no sólo por estas formas de desempleo y subempleo, sino también por el cuestionamiento de los aspectos positivos, para los trabajadores, de la figura del "empleo de por vida":

Al nivel de la empresa, más que por la supresión de empleos directos, es ante todo por la congelación de la contratación y la disminución del tiempo de trabajo, como se ha reducido la masa salarial (...) así como por las transferencias internas de trabajadores entre puestos de trabajo, talleres o incluso hacia las filiales (...) Pero, de manera más decisiva, todo un arsenal de medios menos visibles se ha puesto en marcha, afectando principalmente a las categorías 'marginales' de mano de obra: las mujeres, los trabajadores mayores, los trabajadores precarios (empleados con contrato de duración definida, estacionales, por día) que representan de hecho una parte considerable de los efectivos de los grandes grupos, relativizando así fuertemente el alcance del sistema de "empleo de por vida"<sup>93</sup>.

Finalmente, desde los años ochenta se van a imponer en Japón, como en la inmensa mayor parte de los países del mundo, lo que caracterizamos como políticas de ajuste fondomonetarista<sup>94</sup>. Con esta imposición del ajuste acaba de constatarse el carácter limitado y excepcional del caso japonés, en absoluto "milagroso" (de forma análoga al alemán, más allá de sus particularidades). Se avala así la desmitificación de la supuesta "edad de oro" del capitalismo, que en realidad es una inevitable "huida hacia delante". A su vez, el balance de esta experiencia aporta elementos importantes a la discusión acerca de si el capitalismo, a las alturas de 1945 y ahora también, tenía o tiene capacidad de desarrollar las fuerzas productivas. O si, por el contrario, cada vez son mayores las tensiones que la supervivencia del capitalismo ejerce sobre ellas, tesis esta última a la que apuntan, de forma inequívoca, los hechos que han caracterizado el recorrido de la economía mundial durante las últimas décadas.

## 2.5. Alcance y significado del "período de recuperación y crecimiento" 1945-1970

A la luz de todo lo expuesto a lo largo de este capítulo y como ya se ha anticipado, se constata que no la identificación de este período como una suerte de "edad dorada" del capitalismo,

92. *The Economist*, agosto de 1978; tomado de Gill (1983: 377).

93. *Le Monde*, noviembre de 1980; tomado de Gill (1983: 377-378).

94. Estas políticas ya están apuntadas en el Informe Maekawa de 1986, elaborado a petición del primer ministro Nakasone, y en el "Informe económico sobre Japón de 1988" de la OCDE, en el que se plantea que "es ya el tiempo, sin duda, de acelerar la puesta en marcha de políticas de ajuste estructural, en un momento en el que el vigor de la demanda permite soportar mejor el peso del ajuste" (Cize y otros, 1990: 239).

sólo se puede sostener partiendo del laxo criterio de compararlo con otras épocas, ciertamente más convulsas. Pero incluso en este caso, se requeriría una descontextualización histórica, que permitiera eludir la relevancia de un hecho decisivo: su ubicación entre medias de, por una parte, los años treinta y primeros cuarenta (es decir, la crisis y la Segunda Guerra Mundial) y, por otra parte, los años setenta y siguientes (la nueva crisis y la marcha hacia tiempos cada vez más traumáticos). Por tanto, no es solamente que el análisis riguroso del período 1945-70, más allá de ciertas apariencias, refute toda visión complaciente de su contenido, sino que su recorrido es deudor de la particularísima herencia de la guerra, dicho en sentido amplio, y que este recorrido acaba desembocando, de forma inevitable, en una nueva gran crisis. Por citar un solo ámbito, especialmente significativo, que además desmonta un tópico muy extendido: el entramado monetario impuesto en Bretton Woods no tuvo una aplicación ni fácil, ni inmediata (sin perjuicio de que sí llegó a constituirse en un importante elemento de relativa estabilidad, sobre todo en comparación con otras situaciones históricas, previas y posteriores). Y, finalmente, acabó desmoronándose como resultado de su excepcionalidad y, por ello, imposible mantenimiento.

Dicho de una forma muy simplificada: no debe menospreciarse la importancia de este período de recuperación y crecimiento a escala mundial, que se mantiene durante aproximadamente dos décadas. Pero tampoco pueden obviarse sus vaivenes, asimetrías y, especialmente, su trayectoria de más a menos, que pone de relieve, inequívocamente, su carácter limitado o, como se ha expresado anteriormente, con fecha de caducidad. No pueden obviarse porque son precisamente estas características las que permiten entender su significado histórico: no se trata de ninguna edad dorada, sino de una huida hacia delante, como muestra la herencia que deja a su finalización en los primeros años setenta. A saber, una situación de máxima inestabilidad e incertidumbre, expresión de las crecientes contradicciones del capitalismo en su estadio imperialista, que sólo unas excepcionales circunstancias habían permitido camuflar.

En términos políticos, se puede resumir de la siguiente manera: incluso reconociendo los aspectos positivos de las conquistas democráticas y obreras que se institucionalizaron entonces, especialmente en buena parte de los países europeos, un balance riguroso desde la amplia perspectiva de que se dispone actualmente, muestra que la humanidad perdió entonces una oportunidad histórica: la de poner el conjunto de las capacidades científicas y técnicas disponibles al servicio de un verdadero y creciente bienestar del conjunto de la población. De los polvos de aquel período se derivan los lodos del actual.

En el siguiente capítulo se va a analizar específicamente la forma en la que, desde la segunda mitad de los sesenta, se va incubando ya la crisis. La exposición se va a concentrar sobre todo en dos factores relativos respectivamente a la pugna interimperialista y a la lucha de clases. Se trata por una parte del debilitamiento de Estados Unidos, más absoluto que relativo, de modo que pese a no ser cuestionada realmente su hegemonía por ninguna otra potencia, sí se constata su impotencia para conducir a la economía mundial en una senda más o menos sostenida de crecimiento. Y por otra parte, de las dificultades cada vez mayores para contener la lucha de clases y, por tanto, la preservación de las costuras del orden imperialista. Ambos factores son expresión de la mencionada agudización de las contradicciones inherentes al estadio imperialista del capitalismo.

En conclusión, el alcance de este período es tan limitado como se ha argumentado *in extenso* en los apartados anteriores. De dichas limitaciones se colige su significado esencial:

el período 1945-1970 no es un ejemplo de las posibilidades del capitalismo, sino que revela la imposibilidad de éste para impulsar un desarrollo general de las fuerzas productivas. Puesto que, incluso partiendo de las privilegiadas condiciones para la acumulación que se configuran en el final de la Segunda Guerra Mundial, esta acumulación sólo tiene lugar de una forma restrictiva y convulsa, confluyendo finalmente en el agotamiento definitivo que supone el estallido de la crisis en los primeros setenta. En definitiva, el significado de este período es el de constatar la imposibilidad de un capitalismo progresivo una vez entrado en su estadio imperialista, donde las fases de crecimiento van a estar acompañadas previa y/o simultáneamente de procesos de destrucción de fuerzas productivas cada vez mayores.

### 3. La crisis de los setenta: "¿y ahora qué?"

Las costuras del orden imperialista establecido desde 1945 parecían bastante sólidas. Pero sólo lo eran relativamente, en comparación con la situación de 1918, ya que ese orden aparentemente estable se apoyaba en unos pilares con fecha de caducidad, por su carácter excepcional y artificial, tal y como se ha expuesto en los apartados anteriores. Detrás de todo ello permanecían en todo momento, como no podía ser de otro modo, las contradicciones del modo capitalista de producción en su estadio imperialista.

De manera que el estallido de la crisis en los primeros años setenta no constituye un episodio excepcional en la trayectoria de la acumulación capitalista, sino al contrario, la vuelta a una normalidad inevitablemente caracterizada por convulsiones que, además, son cada vez mayores. La frase que aparece en el título de este apartado, "¿y ahora qué?", pronunciada por un asesor de Nixon el 15 de agosto de 1971, tras la decisión de suspender la convertibilidad dólar-oro, es muy significativa: concentra toda la incertidumbre acerca del desempeño futuro de la economía capitalista mundial y, de hecho, expresa la impotencia de los máximos responsables de la que paradójicamente seguía siendo la principal potencia imperialista.

#### 3.1. Caducidad de las bases del crecimiento y maduración de la crisis desde finales de los sesenta

El primer requisito para comprender bien una crisis es comprender bien previamente aquello que entra en crisis, es decir, caracterizarlo rigurosamente. En este caso, para entender bien la crisis que estalla en los primeros años setenta, primero se debe haber entendido bien el carácter del período anterior, tarea a la que se han dedicado los apartados anteriores. En ellos se han identificado las bases últimas del crecimiento, de una forma tal que, en realidad, el estallido de los setenta puede calificarse como la "crónica de una crisis anunciada". Porque, efectivamente, esas bases se apoyaban en las condiciones excepcionales de la posguerra y en medios artificiales de crecimiento, en un marco de relativa estabilidad, pero insostenible en el medio o largo plazo, tanto en el plano de las relaciones internacionales, especialmente monetarias, como de la situación política y social en los distintos países. Sólo de esa forma pudo materializarse un período de crecimiento relativamente amplio en el marco del estadio imperialista del capitalismo.